THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

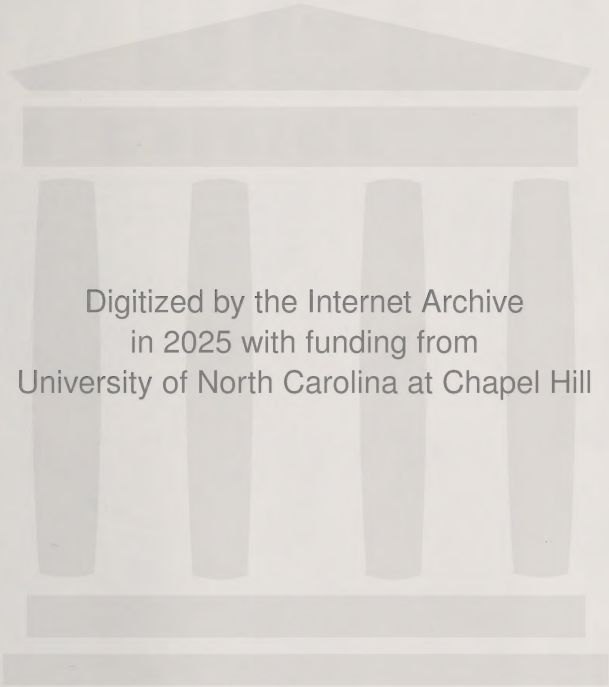
PQ6601
.R37
E8
1929

a 00000 04596 2

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
APR 24 1990			
	APR 07 '90		

Form No. 513


Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/laespuelanovela00arde

AQUÍN ARDERIUS

BINDER'S BOARDS

LA PUELA

2ª EDICIÓN

NOVEL

UNIVERSITY MISSOURI 19 LIBRARY

L A E S P U E L A

NOVELAS DE JOAQUÍN ARDERÍUS

MIS MENDIGOS (agotada).
ASÍ ME FECUNDÓ ZARATHUSTRA.
YO Y TRES MUJERES.
OJO DE BRASA.
LA DUQUESA DE NIT.
LA ESPUELA (2.ª edición).
LOS PRÍNCIPES IGUALES.

PRÓXIMO A PUBLICARSE:

JUSTO EL EVANGÉLICO (novela de sarcasmo cristiano).

glc
C

JOAQUÍN ARDERÍUS

PQ6601
.R37
E8
1929

LA ESPUELA

(NOVELA)

(2.ª EDICIÓN)

CENTRAL DE EDICIONES Y PUBLICACIONES
ALCALÁ, 65

COPYRIGHT BY
JOAQUÍN ARDERÍUS,
MADRID, 1929

Imp. de O. Hernández y Galo Sáez. – Mesón de Paños, 3. – MADRID

868
Ar28es

T-9-42 Bn

A mi fraternal amigo José Díaz-Fernández: pasa por este libro como por un camino hollado y rememora.

448269 58

I

Unas veinte mesitas tendría el comedor de la pensión.

Almorzaban los huéspedes.

Tras los cristales de las ventanas veíase una niebla densa, constelada por estrellas blancas, de nieve, que corrían a la fragua del sol para dorarse.

Otra gran niebla, también muy densa, producida por el tabaco de los comensales, enturbiaba el ambiente de la estancia, casi borrando la vajilla, los muebles y las figuras humanas.

Únicamente se destacaban con potencia las verrugas de lumbre de los cigarrillos.

Los diarios de la mañana habían dado la noticia de la muerte de Rodolfo Valentino.

Hablaban en alta voz de unas mesas a otras, y los labios movíanse como celajes

de admiración que titilaran en el ocaso del sol de la pantalla.

Súbitamente, las miradas se dirigieron a la puerta y batieron los párpados, como para meter los ojos en aquella grieta de un negro de abismo que acababa de abrirse en la espesura gris del ambiente: era un nuevo huésped.

Avanzó unos pasos. Detúvose en el centro. Escudriñó para hallar una mesa desocupada en donde sentarse.

Todas tenían a alguien.

– La mesa del señor es aquélla.

Y el camarero señaló con un dedo.

– ¿Aquélla?

– ¿No le gusta al señor? Va a ser compañero de la señorita Amalia. Es la más guapa de la pensión. Mírela...

– ¡Imbécil!

Y el poeta Luis Morata se dirigió a la mesa en que comía la más guapa de la pensión, cortándole la palabra al camarero con la hoja del improperio:

– ¡Tenga cuidado! ¡A poco si me vierte usted la salsa encima! – gritó la señorita Amalia, ante el peligro de ver manchado su soberbio traje de crespón, con aplicaciones de rosas, a causa del empellón que Luis dió a la mesa al sentarse.

Él, sin atender a la joven, desdobló la servilleta y echósela por los muslos. Apartó con violencia los platos. Abrió un libro que llevaba en la mano y se puso a leer.

El espectro de Rodolfo Valentino, hecho por arte de ultratumba una mosca invisible, seguía libando en los lacrimales de los huéspedes de la pensión.

– ¡Qué asco!

Luis lanzó la exclamación casi imperceptiblemente, sin apartar la mirada de las páginas, indignado por la índole de la conversación.

Amalia hizo un mohín de burla.

Él la miró airado.

Resistió ella la mirada con ademán provocativo.

Los pabellones de las orejas de Luis tiraron de los extremos de su boca, y sus labios, de color de ladrillo, se arremangaron, descubriéndole las encías hasta las raíces. Los dientes, de gajo de almendra, brincaron en una risita sarcástica.

– ¡Qué hombre más estúpido! – murmuró Amalia.

A él, ya sin reír, pero con aquella mueca suya de labios enrollados hacia fuera, como columpios que pendieran de sus orejas, mos-

trando la impudicia de su boca, fulgurábanle las pupilas en relámpagos de rabia y voracidad sexual.

– Es usted cínico de verdad.

La carátula de Luis, carátula de poeta injerta en sátiro y víbora, que los cinceles de sus nervios le tallaban en ciertos estados anímicos, intensificó los relieves. Su rabia y su lujuria, hechas hoguera, salían en mechones verdes y violetas por sus fosas orbitarias, como por las claraboyas de una torre encantada las lenguas de un fuego que devorara artistas transformados en serpientes y chivos por el arte de una hechicera.

– ¡Cierre usted esa bocaza, feo!

La boca de Luis no pudo abrirse más, porque sus orejas habían llegado al máximum de la fuerza; pero su voluntad dió un aletazo de deseo.

– Me está usted poniendo nerviosa y le voy a tirar una copa a la cabeza.

Luis levantó una de sus manos, que tenía cruzadas sobre el libro, y con flema, hija de la mayor nerviosidad, mesóse los cabellos de crin de potro añal, al tiempo que sus dientes se encallaron unos contra otros, coléricos.

– Bueno. Mire, mire, déjeme a mí en paz.

Siga usted leyendo ese libro de chicos que tiene delante.

Él, como un niño enfebrecido en una riña, que de pronto sintiese que se burlaban de su juguete predilecto y acudiera, dejando plantado al enemigo, para hacer sus alabanzas, cerró la boca, apagó su fuego, dióle a sus facciones una expresión pueril y, arqueando las cejas, dijo con un acento en el que el asombro y la dulzura iban abrazados, mostrándole el libro:

–¿*Caminantes*, de Lidia Seifulina, es un libro de chicos?

– Lidia... ¿qué? – interrogó ella, con ironía.

– Seifulina. ¿Usted sabe quién es Lidia Seifulina?

– No. ¡Ni quiero!

– ¡Imbécil!

– Le advierto a usted que no tengo por qué aguantarle sus groserías. En serio le digo que le estrello una copa en la cabeza. ¡Hemos terminado!

– Hemos terminado. Pero ¿por qué ha dicho usted que este libro es de chicos? ¿Lo ha leído usted acaso?

– Sí, hombre, sí; antes que usted, y antes de que usted supiese que existía.

– ¡Qué embustera!

–¡Y usted... tan pelmazo que da risa!

Y trató de ocultar una sonrisilla que se le marcaba.

–¡Vaya, que quieres también tomarme el pelo!

–¡Qué fresco! ¡De «tú»! ¡Como si nos conociésemos toda la vida! ¡Así mismito! ¡Me parece muy bien! ¡Es usted muy fino!

–Bueno, bueno; déjate de susceptibilidades. ¿Por qué dices que este libro es de chicos?

–Pues ¿por qué va a ser? ¿No está usted viendo esa pareja de peleles que tiene pintada la portada? ¡Pues por eso, hombre, por eso!

–Eres tonta.

–¡Ande! ¡Ande, hombre, ande! Cómase la merluza que tiene en el plato, que se le va a poner como esas frutas de porcelana que se ven en los escaparates.

Y Amalia púsose de pie, con un «Ariston» en los labios, dispuesta a marcharse.

Una mano de Luis cayó sobre el vestido de la joven, reteniéndola.

Estuvieron los dos unos momentos silenciosos, contemplándose.

Él no soltaba el crespón negro, y ella, ante el temor de rasgarlo, permanecía inmóvil.

A él habíanle vuelto sus nervios a tallar la

carátula, pero sin los injertos de víbora y sátiro. El mismo modelado, pero el fuego interior que se traslucía no era el mismo. Ni rabia, ni sexualismo se calcinaban en su espíritu. Ni por sus fosas orbitarias salían las lenguas de lumbre verde y violeta. Hogueras doradas brotaban de sus ojos, hogueras de incendio de mies de trigo.

Luis mostraba en aquellos instantes una cara de poeta, deformada hasta lo grotesco por la hinchazón que le producía su cerebro enfermo de tumores estéticos.

Amalia, en un ademán de desdén, con los párpados entornados y el roto de la boca zurcido de desprecio con la aguja que formaba el «Ariston» humeante, latiéndole los senos, parecía un ancla de sensualismo trágico. A un hombre medianamente experto en calidades humanas, no se le ocultaba que su mar era el Mediterráneo, y el hierro con que la fundieron era de pirata.

Más que morena, casi mulata la piel de su rostro y de sus brazos desnudos, dejaba transparentarse unas irisaciones de nácar: músculos de diamante, sangre carbonizada a las presiones de todas las pasiones, conchas de las aguas latinas adheridas a su osamenta bajo un pulimento de enigma.

No era bella ni fea: era exótica.

Poseía el misterio del imán que atrae a los hombres que tienen las pilas del sexo en la mente.

Se miraban Luis y Amalia, palpitantes e inmóviles.

Él no soltaba su presa y ella no intentaba libertarse.

Los cuatro ojos, como cuatro colinas volcadas que anhelaran acometerse con sus cumbres, se dirigían con frenesí las pupilas.

Cumbres cubiertas por bandadas de cuervos, preparados para echarse a volar, eran los broches negros de las pupilas de ella.

Cumbres cubiertas por bandadas de águilas, preparadas para echarse a volar, eran los broches pardos de las pupilas de él.

– Como usted no vale la pena de que yo rompa un vestido, si sigue usted pelmazo y no me suelta, le voy a cortar la mano por la muñeca con un cuchillo de esos.

– ¡Pues para que no me la corte!

Y el poeta tiró fuerte, quedándose con un jirón de crespón entre los dedos.

Y Amalia, con el cigarrillo colgante, apenas cogido por los labios y la lumbre casi quemándole el mentón, extendió la mirada

por toda la estancia entornados los párpados:

—Es lástima que no haya usted hecho esta hombría con más espectadores. Ya ve: no queda nadie. ¡Estamos los dos solos!

Hubo unos segundos de silencio, en los que él, en guardia, esperaba la agresión de ella.

—¡Bueno! ¡Bien! ¿Qué culpa tengo yo de no enfadarme por esto? ¡Es tan poco, para mí, que me rompan un vestido! ¡Tengo muchos! ¡Y muchos también de prueba!

—¡Estúpida!

—Como me es usted tan indiferente, tampoco me hieren sus pretendidos insultos.

—¡Tú eres una chula despreciable!

—Si hubiese gente delante que le pudiera oír, mi amor propio se encolerizaría y me tiraría a sacarle a usted los ojos. Pero así, solos, sin testigos, sus palabras tienen el mismo valor que el ruido que pudiera hacer un gato que lamiera esos platos.

Luis arrojó el crespón al suelo. Apresándole por una muñeca, le dijo, imperativamente:

—¡Siéntate ahí!

—¡Eh! ¡Eh, caballerito, don Fulanito! ¡Suélfeme usted ahora mismo!

– ¡No quiero! ¡Y te vas a sentar ahí, en esa silla, porque a mí me da la gana!

Ella dejó salir una carcajada insolente.

– ¡Tienes la misma risa canalla de las burguesas! ¡Burguesa!

– ¿Es que es usted acaso algún príncipe? ¡Con qué desprecio mira a los burgueses! ¡No sabía yo que tan exquisito aristócrata compartía conmigo esta mesa! ¿Es usted un príncipe de verdad?

– ¡Yo soy un m...!

– ¡Y además un príncipe... muy limpio!

– ¡Te odio a ti, odio a toda la gente de tu casta, a toda tu despreciable ralea burguesa! ¡Sí, porque a ti no hay más que verte, tú eres una burguesa de nacimiento!

– ¡Y tú, el príncipe heredero...!

– ¡A mí, tienes que hablarme tú con respeto! ¿Sabes? ¡De mí a vosotros hay mucha diferencia! ¡Yo soy un hombre que trabaja con ésta!

Y Luis se dió una palmada en la frente.

– ¡Poeta! ¡Ya pensaba yo! ¡Ja, ja, ja! ¡Poeta! ¡Ja, ja, ja!

– ¿De qué te ríes, imbécil? ¡Sí, poeta! ¡Y verdugo, que seré muy pronto de todos vosotros! ¡Porque, para que lo sepas y te vayas preparando, a este régimen lo tiene una

mano preso del gaznate para ahogarlo, y uno de los dedos de esa mano soy yo!

Y el joven se levantó de su silla, aproximando con descaro su rostro al de Amalia.

– ¡Eh! ¡Eh! ¡Hable usted lo que quiera, pero más distante y sin apretarme la muñeca!

– ¡Os he de sacar a todos la lengua a fuerza de apretaros!

– Pero mientras tanto... suélteme.

– ¡A menos tengo yo de rozar mi piel con la tuya! ¡Vete!

La soltó, rechazándola.

Amalia, sentándose en su silla, dijo:

– ¡Pues ahora me quedo!

– ¡Que es lo que estabas deseando!

– ¡Está usted listo, pollo! ¡Sus ojos gitanos, que me han ligado!

– ¡Qué más quisieras tú que en mis ojos se pudieran acostar tus labios!

– ¡Ay, qué gracioso es este hombre! ¡Me hace usted mucha gracia!

– ¡Gracia!

– Sí; de verdad.

– *Sí; de verdad.*

– No me remede, que es malo. Es la voz del diablito.

– Qué espíritu más idiota de burguesa tienes.

– ¡Pero vuelta con los burgueses!

– ¡Y no pararé mientras quede uno!

– ¡Ande, que si tuviese usted un Rolls y un buen hotel en la Castellana!...

– ¡Qué pobre mujer eres!

– Todos no podemos ser tan inteligentes como usted.

– Pero, idiota, ¡qué tiene que ver ahora la inteligencia! ¿Ves? No comprendes.

– A usted, yo creo que nadie.

– ¡Arregladas estáis las mujeres de este país!

– ¡Vaya! ¡A usted le gustan más las francesitas!

– ¿Ves? Todo lo tomas por el prisma erótico. ¡No tenéis más que sexo! ¡Pero espíritu, inteligencia, dolor en el alma por la tragedia que nos atormenta en la vida, de eso nada! ¡No lo tienen los hombres, lo vais a tener vosotras! No sois más que bestezuelas en celo o explotadoras carnales.

El poeta, con la cara escarlata, los ojos iluminados y los labios resecos, del color del barro candente, con unos puntitos de espuma en los extremos, hablaba y hablaba, luchando con una de sus manos contra la contumacia de sus cabellos, que se obstinaban en caerse por la frente. Hubiérase dicho que

aquel mechón de pelo, en derrumbamiento crónico, era una rama negra de oscurantismo que se esforzaba por aplastarle el cerebro. Y su pálida mano, una horca de almez que la echaba por alto para librarse de ella.

—¡Así está este pobre país! —seguía diciendo—. ¡«Pollos pera» que ni aun la personalidad definida tienen, porque son híbridos de oso y comadreja; niñas sensitivas con las aficiones atléticas de los bárbaros spores; políticos cobardes, entumecidos de materialismo; artistas mercenarios, que no sueñan porque no duermen acuciados por las necesidades que los enfebrecen; burócratas y obreros, pacientes como mulos de noria; hombres grúas que clavan la garra en el cieno de esta miseria, y de gandules que se mueren de hambre y de vileza contra las esquinas! ¡Y todos, todos, los del automóvil y los de las broncheras como duros en las suelas de las botas, son conservadores! Y las mujeres... ¡Buenas estáis las mujeres! ¡Estas sí que son mujeres!

Y le ofreció la novela rusa.

—¡Qué gran diputado hará usted!

—¡Yo diputado!

—De verdad; se lo digo sinceramente; me ha gustado mucho oírle a usted hablar.

– Si lo dices en burla, peor para ti.

– ¡Pero qué hombre éste! Ni aun estando de acuerdo con él deja esa agresividad de víbora.

– ¡Tú qué has de estar de acuerdo conmigo!

– ¿Por qué no?

– ¡Porque no!

– No veo la imposibilidad.

– Porque tú eres insensible y tonta, y yo siempre estoy vibrando y tengo talento.

– ¡Ah!

– ¡Pues claro!

Amalia fijó sus ojos en la portada del libro y leyó en alta voz:

– Lidia Seifulina.

– Si tú fueras como esa mujer, sí que estaríamos de acuerdo.

– ¿La autora de este libro es una mujer?

– ¡No lo estás viendo, idiota!

– Si me gusta usted, es por lo galante que es conmigo. ¿Es usted así con todas las mujeres?

– ¿Cómo?

– Así... tan adulador.

– La mujer que espere a que yo la adule, está lista.

– ¡Vaya, que es usted un castigador casti-

zo! Pero eso no va muy bien con un poeta redentor.

—Vente a mi cuarto—jadeaba él, ciego y sordo por la lujuria.

Ya el poeta había recobrado su fisonomía de sátiro, y en sus ojos en tempestad se encabritaban olas de amatistas y esmeraldas.

Alargaba los enlutados brazos por encima de la mesa, y sus dedos, como sanguijuelas, se movían con el afán de clavarse en el escote de Amalia.

Cuanto más se esforzaba en su empeño todo él, más se adelgazaba, hasta parecer una sombra.

Ella, en un gesto enigmático, esquivaba los zarpazos, echándose hacia atrás en la silla y blandiendo el libro.

—A que te muerdo los labios—dijo el poeta, levantándose.

—¡Y yo le rompo a usted la cara de una bofetada!

Y se levantó furiosa.

—Me parece que vamos a salir los dos de aquí esta tarde hechos cisco.

—Es increíble que un hombre con su talento se ponga tan estúpido.

—Pero ¿es que yo tengo talento?

– ¡Sí, mucho! ¡Y está usted creído de ello! Pero también es usted muy cargante.

– Don Luis; en su cuarto lo está esperando un señor, que desea verle – dijo una criada, asomándose a la puerta.

– ¡Pobre señor! ¡Lo compadezco! – exclamó Amalia, echándose las manos a la cabeza.

– Dígale que voy en seguida.

– Tantísimo gusto en haberle conocido... y en verle desaparecer – y al mismo tiempo, Amalia alargaba una mano al poeta.

Él la apresó entre las suyas con fuerza. Arqueó el torso poniéndolo rígido, metióse una mano por el escote del chaleco y se rascó con frenesí el pecho. Paseaba la punta de su lengua por las combas de sus labios. Y sus ojos cerniéronse, voraces, sobre los senos de ella.

– ¡No sea usted tonto, que le doy una bofetada que le parto la cara!

– ¡Cursi!

Y soltándola con violencia, salió precipitado del comedor, dando un portazo.

– ¿Qué hay, Rodrigo? – preguntó Luis a su visitante, al entrar en el cuarto.

—Muchas cosas.

—¿Has visto esta mañana a Ángel?

—No. Me echo ahora por primera vez a la calle.

—¡Te lo habrás pasado en la cama! ¡Eres un bárbaro! A ti te va a perder la cama.

—¡Si me levanté a las nueve, hombre! Y estuve todo el día trabajando.

—Yo creo que no llegamos a tiempo hoy. Debe ser muy tarde.

—¡Qué va a ser tarde! Serán... las cinco.

—¡Nada: las cinco! Pues no llegamos a tiempo.

—Nos sobra más de media hora, hombre.

—Eres formidable. Siempre llegas a todos los sitios con una media hora de retraso.

—No me había fijado en tu cara. ¿De dónde vienes?

—¿Por qué?

—Mírate al espejo.

Luis sonrió malicioso, y se pasó la mano por la frente:

—Debo estar algo encarnado.

—¡Rojo!

—Estas mujeres me van a matar.

—Tú dices que a mí me va a perder la cama, pero veremos lo que hacen contigo las mujeres.

–Esta de esta tarde, es de lo más peligroso que yo me he echado a la cara.

–Anda, ponte el gabán y el sombrero y vámonos.

–Bueno. Tomaremos un taxi.

Cuando Amalia se quedó sola en el comedor, la expresión de indiferencia de su rostro tornóse melancólica.

Estuvo unos segundos rememorando, vaga la mirada.

Después, fijó sus pupilas en el áncora de su relojito de muñeca. Agarró el jirón de crespón y la novela y marchóse a su cuarto.

Apenas entró en su habitación, Amalia encendió un pitillo.

O era que los radiadores despedían un calor exagerado, o que la sangre de ella hervía, porque le resultaba imposible respirar en aquel ambiente.

Se fué a la ventana y la abrió de par en par.

Sacó la cabeza a la intemperie.

Ya el día había muerto y la caldera del espacio comenzaba a teñir el aire de negro, para que la noche se vistiera de luto.

Ya las luces de la Gran Vía brillaban sobre

el fondo del suelo, nevado, como estrellas en un presidio de nieve.

Y habíase disipado la niebla, y en el cielo raso, del color de los ojos de los gatos, había tirados un lucero y una luna llena.

A Amalia érale grato aquel aire glacial, y aspiraba aire entre chupada y chupada del pitillo.

II

– ¿Quién le ha dado a usted permiso para entrar en mi cuarto?

– ¿Y a usted quién se lo dió para tomar mi libro, cuando me lo dejé ayer tarde olvidado en el comedor? Vengo a por él y a decirle que es usted muy fresca, señorita.

– Tome y márchese inmediatamente. Y le ruego muy seriamente que no se permita ninguna confianza conmigo. Mejor dicho: que se haga usted cuenta de que entre nosotros no se ha cruzado ni una sola palabra, ni buena ni mala. Usted por su camino y yo por el mío. No nos hacemos falta uno al otro.

Hablaba Amalia con tal serenidad, con tal porte de respeto, que Luis quedóse unos segundos perplejo, silencioso, sin alargar ninguna de sus manos para coger el libro.

– Vamos, hombre, tome usted.

El poeta no agarraba el libro. En el centro de la estancia, con las manos en los bolsillos del pantalón y el rostro apagado, sin sus hogueras orbitarias, ni los columpios de su boca, pálida la tez, recién peinado, en orden su ropa, mostrábase tímido.

Luis no era el mismo de la tarde antes.

Aquella agresividad, aquel fuego, ora de cólera y erotismo, ora de ideas sociales y de arte, apagado por completo, lo despojaba de personalidad.

Allí estaba, frío, pusilánime, en su enclenque ser, vestido correctamente, como un muelle de un sillón.

No parecía un poeta. Ni aún un cadáver de poeta.

¡Ni siquiera una larva de poeta!

Daba la idea, en el aspecto físico, en aquellos instantes, de esos mozos que, criados desde la infancia en las minas, recorren las madrigueras encorvados, la lámpara de petróleo en la mano y la espuerta a costillas. Apenas llegan a los quince años, ya la decrepitud los cristaliza, todavía con los rostros imberbes.

¿Qué le pasaba?

¿Se había enamorado?

No.

El poeta no se había enamorado.

El amor es pasión, y la pasión es fuego y Luis no ardía.

El poeta, en tales instantes, era un pigmeo espiritual.

En cambio, ella estaba magnífica.

Con aquella mujer se había equivocado el poeta. Para él, siempre la mujer había sido el frenesí de su exacerbado sensualismo.

Nunca se había quedado prendido a ninguna con el espíritu.

Como almas, las despreciaba.

Y lo enloquecían como materia.

Decíalo él siempre, tocándose el cuerpo: «Esta carne, estos huesos, esta sangre, mis ojos, todo mi ser palpable, es para ellas, pero a mi espíritu, jamás le darán un arañazo. ¡Mi alma es para mi cerebro, y mi cerebro es para mi arte, para mis doctrinas sociales!»

El poeta se vanagloriaba, entre sus amigos, de ser inmune al amor.

Y era verdad, el poeta no se enamoraba.

Anhelaba la posesión de la hembra con arrebatos de orate, y caía sobre ellas con voracidad de manada de lobos que se dejan matar por saciar el hambre.

Era hiperbólica, constituía ya una enferme-

dad su lujuria; pero en aquel instante, ni la lujuria le estremecía los nervios.

–¡Vamos, hombre, tome usted!

–Se lo regalo.

–No, muchas gracias. Pienso comprarlo esta tarde, cuando salga.

–Va usted a tirar el dinero.

–¿Por qué?

–Pues porque a usted no le va a gustar ese libro.

–Pues se equivoca usted, porque sí me gusta. Lo he ojeado esta madrugada, y hay un tipo de mujer que me interesa muchísimo.

–¿Elena?

–Creo que sí. Creo que se llama Elena.

–¡Es formidable! Esos secretos de la mujer, esos estados anímicos que describe Lidia Seifulina aquí, en *Caminantes*, sólo son posibles a una mujer. Y a una mujer genial.

El poeta, sin una causa visible, pues nada habíale tocado la cabeza, quedó despeinado.

Sus nervios, ya en tensión, habíanle encabritado los cabellos.

Quedó con la cabeza enmarañada. Cayóle el mechón por la frente, que su mano, hecha una horca de almez, lo tiró por alto para despejarse la frente.

Le asomaron las rosetas molares; las lla-

mas rubias de incendios de mies de trigo comenzaron a asomarle por las fosas orbitarias; los labios se le hicieron columpios; una espiga de luz lo atravesó de pies a cabeza, y el poeta apareció como un poeta.

–¿Y ha ojeado usted el capítulo segundo? – continuó diciendo –. Creo que sí. Creo que es el capítulo segundo, cuando Elena quiere hablar con Alejandro, por aquella calle sin empedrar...

–Sí. Ese capítulo lo he leído íntegro. ¡Oh! ¡Es formidable! Yo nunca he leído, no solamente leído, ni oído siquiera expresar el sentimiento de una mujer enamorada, con tanta verdad. ¡Eso, sólo una mujer enamorada puede expresarlo en su justo valor!

–Y una mujer que, además, haya pasado por tal estado psicológico.

–Con todo su talento se equivoca usted. Yo, por mi parte (no sé lo que les sucederá a las demás), no necesito pasar por los trances para comprenderlos. Ya ve usted, ¿qué puede saber una mujer como yo de esa clase de amor tan honesto, tan doméstico que siente Elena por Alejandro? Y, sin embargo, después de leer esas páginas, yo puedo asegurarle a usted que es ese el verdadero amor de la mujer hacia el hombre. Todos

esos otros amores que vea usted, son luces de bengala. No hay más amor de verdad que el de la clase que siente Elena por Alejandro. La mujer que ame sinceramente a un hombre, tiene que amarlo así, con ese egoísmo.

—Si usted se enamorase, ¿se enamoraría así?

—¡Oh, no siga usted! ¡Yo no me enamoraré nunca, hijo! ¡Yo llevo el corazón blindado! ¡Yo sería terrible en el amor! Deje usted; no hablemos de eso. No hay corazón de hombre, no ha nacido el hombre que pueda resistir el fuego de mi corazón enamorado. Anoche, después de leer ese capítulo, lo estuve pensando. Me di cuenta de lo que yo sería. ¡Oh! ¡Yo llegaría hasta lo absurdo! ¡Yo sería una obsesa! El hombre a quien yo amara tendría que ser un autómata de mi locura. Yo sería su esclava; pero él tendría que ser la muñeca en donde yo fuera enrollada. Ni gloria, ni dinero, ni belleza, ni salud, ni aun juventud le dejaría tener. Como es natural, tendría que ser un hombre joven y de mérito. ¡Yo no me iba a enamorar de un pingajo! Pues bien, una vez que fuera ya mío, mío, le haría que se maquillase y se pusiera una peluca blanca, completamente blanca, para que le diera al mundo la sensa-

ción de que era un anciano centenario. Y yo haría lo mismo, ¿sabe usted? Y mal vestidos, hechos unos pordioseros, nos echaríamos a andar por los caminos. Yo, con el secreto de su juventud y de su valía, y él con mi secreto. A la orilla de un río y a la luz de la luna o del sol, nos lavaríamos la cara y nos quitaríamos las pelucas, y después de soltar una carcajada muy grande, riéndonos del mundo, él me daría su tesoro oculto y yo le ofrecería el mío. Después, de una bolsita que yo llevaría, sacaría pinturas, y vuelta a maquillarnos, vuelta a encasquetarnos las pelucas blancas y vuelta a andar por los caminos.

Amalia había dejado el libro sobre la mesa, y hablaba y hablaba sin freno, como obedeciendo a una dinámica de misterio.

Luis, pálido, ya con expresión de gran artista, la escuchaba en un gesto de extrañeza enigmática.

—No sé. Pero mis antecesores debieron ser como esos gitanos «anda ríos» que caminan y caminan siempre, sin rumbo, por el mundo. ¡Oh, esto es terrible! ¡Nunca se puede vivir la vida de una! ¡Siempre estamos en la mentira! ¿Usted cree que a mí me gusta esta vida que yo llevo? Estas pensiones, es-

tos trajes, este lujo, este Madrid... ¡Pues me repugna, odio todo esto! ¡Envidio a esas mujeres de las tribus nómadas! Esas de trajes desgarrados, que andan descalzas de noche y día prendidas a sus hombres. Porque yo me he figurado siempre que esas gentes se aman más que las demás. Y hasta me gustaría tener muchos hijos y formar una tribu. Y llevar borriquillos. Y robar, y cortarles ramas a los árboles mejores para estropearlos, y encender lumbres para guisar y calentar a mi familia. Y gozaría viendo a mis criaturitas destrozar los sembrados con sus juegos. Porque en todo eso, en los hijos, en las lumbres, en los destrozos, en todo, vería el misterio de mi pasión cuajada en hechos sobre la tierra. Y cuando más grande fuera todo ello, yo estimaría que más fuerza tenía mi amor. Y mi marido tendría que ser cetrino, como los granujillas de mi pueblo de levante marinero. Porque a mí los hombres blancos no me gustan. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Qué buen humor tengo esta mañana! ¡No crea usted en nada de lo que le he dicho! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

– ¡Corte usted esa risa nerviosa!

– Si es que me río de mi cinismo...

– Todo eso que usted ha dicho, no lo ha leído en novelas. Es su amor, que así se ex-

presa. Usted está enamorada. Dime: ¿de quién estás enamorada?

Luis se echó sobre ella y le apresó un brazo.

–¡Quite! ¡Quite! ¡Suélteme usted! ¡No acerque tanto la cara!

Luis le dió un beso en la boca.

Lucharon a brazo partido.

No hablaban.

Un jadeo fuerte salía de sus pechos.

Cayeron en una butaca.

Él le besó a ella una sien. Le agarró los senos.

Ninguno de los dos tenía fuerzas.

Palpitábanles los nervios hasta hacerles temblar las ropas.

–¡Ay!

De un salto quedóse Luis en el centro de la estancia palpándose un brazo, en una mueca de dolor.

–No. No se mire usted. No es nada. Es un pinchazo que le he dado con este alfiler.

A Luis se le vió la furia en el rostro. Pasóse la mano por la frente.

–¡Pues yo te voy a ahogar!

–¡No se acerque usted a mí! ¡Si intenta usted tocarme siquiera, nos tenemos que matar! ¡A mí, me importa bien poco!

El poeta tosió, frotóse las manos:

– ¡Tú eres una golfa de lo más vil!

—¡Pero qué obstinación la suya de no dejarme tranquila! ¿Por qué no me deja usted en paz, hombre? Se lo digo a usted formalmente: conmigo está usted equivocado. ¡Yo no soy como las demás mujeres!

– ¡Tú eres una puta vulgar! Tú te resistes porque no hemos hablado de dinero. Si te hubiese puesto sobre la mesa algún billete, te hubieras deshecho en mimos.

El poeta buscaba los conceptos que más pudieran herirla, ya que su ética le impedía deshacerla a garfadas.

Amalia, de una carterita, sacó un billete de cien pesetas, y prendiéndole fuego, encendió con él un pitillo.

– Fume usted también, hombre, y saque de esta cartera billetes mientras queden, y encienda con ellos.

– ¡En verdad que eres asquerosa!

– ¡Mil pesetas le doy si se va usted!

Ella había perdido el freno, y lo excitaba a pelear.

– Las acepto.

Amalia abrió un armario de lunas.

– Mil pesetas, caballero – y le dejó el billete al poeta en la mano.

–¿No llorará usted si me quedo con él?

–Si algo me puede hacer llorar a mí, es soportar su antipatía. Y hace mucho tiempo, desde que asomó usted por esa puerta, que está usted aquí demás; pero desde que ha tomado usted ese billete, no sé qué vocablo emplear para calificar su presencia aquí. Usted, que es escritor y maneja palabras, debe conocerlo.

Luis lanzó una carcajada sarcástica. Sacó un pitillo, y con las mil pesetas le hizo arder.

Abrió la puerta y desapareció.

–¡Por fin!

III

El poeta llevaba aquel billete que quemó, hecho una hoguera, achicharrándole el espíritu.

Le parecía una venganza impropia de él.

¡Venganza!

Sólo la palabra venganza lo enloquecía.

Él se imaginaba no haber nacido con el sentimiento de la venganza.

Cuando hablaba o anhelaba internamente destruír, no era venganza lo que le inyectaba los ojos y le ponía crispados los nervios con arrebatos homicidas, sino amor y ética humanos.

Como un matemático que borrara cifras tras una incógnita, trabajaba por eliminar clases sociales en busca de la perfección de la vida humana.

Con su imaginación de aumento veía todas las cosas en un tamaño universal.

La copa que formaban su carne y sus huesos era mezquina para su espíritu.

Buscaba la perfección de la vida humana y él era imperfecto.

Aquel billete ardía y ardía, dilatándole el alma y constriñéndole el cuerpo.

En su estado normal, siempre veía ciclópeas las cosas; pero en las horas de crisis las percibía tan enormes, que le desaparecían los confines.

Estaba insoportable una semana.

Dábales puntapiés a los muebles de su cuarto.

Insultaba a los transeuntes que le rozaban la manga del gabán.

Una agresividad insoportable se desencadenó en él contra los amigos.

No encontraba clase buena de tabaco; constantemente compraba cajetillas que tiraba apenas empezadas.

Promovía broncas por la comida.

Le era imposible terminar un artículo: todos le parecían detestables.

Suspendió sus cotidianas visitas a los amigos políticos: olvidó su ideal revolucionario.

A la humanidad veíala muerta sobre la tierra: ya no le interesaba.

Sólo él existía en el mundo: ni ciudades, ni campos, ni mares, ni siquiera luz notaba que le acompañara.

Una inmensidad negra de pesimismo y la hoguera que formaba el billete, dándole latigazos, y en cuyas llamas se pintaba la cara de Amalia en mil colores, lo envolvía.

¿Es que hasta entonces no había pecado el poeta con arreglo a la doctrina de su ética?

Diariamente delinquía y él no lo ignoraba.

Su afán era perfección, aunque él fuera imperfecto.

Siempre le produjeron inquietud, hasta furia contra sí mismo, incluso pena, las acciones que él cometía en desacuerdo con sus doctrinas.

Sus arrebatos sexuales eran la madre de sus pecados.

¡Qué hacer!

El alma del poeta, casi siempre reconcentrada en el pensamiento, fundíase en una luna, cuyas dos caras eran de espejo. Dos espejos en los que, en uno, se miraban las consecuencias tristes de su pasión carnal, y en el otro, el boceto de la humanidad perfecta.

Cada acción mala que consumaba, de las que él quería extirparles a los hombres, era una sacudida que recibía su espíritu, poniéndose a vibrar como las cuerdas de un instrumento al arrancarles notas una mano bárbara.

Pero cuando se pasaban algunas horas quedábase ya en calma.

Una semana llevaba el poeta con el espejo de cara a la perfección humana empañado, y con el que se reverberaban sus malas acciones, retratándolo con el pitillo en la boca, en una vibración sin fin.

Sobre su mesa de trabajo escribía y escribía cuartillas que, una vez llenas de renglones, las estrujaba, tirándolas al suelo.

Se abrió la puerta, y una criada anunció:

–Don Rodrigo.

–Que pase.

–¡Hola! ¿Qué hay?

–Aquí, viendo si puedo hacer un artículo.

–Y esta tarde, ¿no vienes tampoco allá?

–No puedo.

–No me gusta eso, Luis.

–¿Qué es lo que no te gusta?

–Que hayas abandonado a nuestros amigos.

–No digas tonterías. Yo los tengo tan presentes como siempre. Es que no puedo. No

tengo tiempo. Ya ves, son las cinco y antes de la seis tengo que tener certificado este artículo, del que no he podido escribir aún ni una línea.

–¿Y ayer? ¿Y anteayer? ¿Y el otro? ¿Y el otro?

–Te voy a ser sincero: ¡estoy harto de conspirar! ¡No vamos a ningún lado! Somos muy pocos. No tenemos dinero, y ellos lo tienen todo. ¡Más que hemos hecho, Rodrigo!

–Toma esta carta.

–Trae. No tengo fe ninguna.

El poeta púsose a leer la carta. Pasaba la vista con avidez por las líneas cifradas.

Rodrigo se sentó.

–Fíjate. Dice que no dejemos de ir esta tarde.

–Sí. Esto parece algo.

–Ahora no falla.

–Toma. ¡Tengo más mal humor!

–¿Qué te pasa?

–Nada. Pasarme, no me pasa nada. ¡Que estoy en pleno furor de neurastenia! ¡Es la crisis más fuerte y más larga de toda mi vida! A mí siempre me ha durado esto un par de días. Pero ahora llevo una semana...

–Sí que llevas unos días... Anoche te pasaste con Lucas.

– ¡Es un imbécil!

– Estuviste atroz.

– Luego me pesó. ¡Estas mujeres, Rodrigo!

– ¿Otra más?

– No. Pero este es otro negocio. Es rabia contra mí mismo. ¡Fué una vergüenza! ¡Y no sé cómo yo hago ciertas cosas! ¡Y es esta manía sexual! Me metí la otra mañana en el cuarto de una mujer formidable que hay aquí y me tiré a besarla. No me dejó y promovimos una bronca. Y la bronca terminó encendiendo yo un pitillo con un billete de mil pesetas que me ofreció ella de despecho. ¡Fué un asco! ¡Fué la acción de un granuja, de un macarra!

– ¡Luis, tú estás enamorado!

– No digas idioteces.

– ¡Tú estás enamorado!

– ¡Te estás volviendo tan idiota como los otros!

A Rodrigo lo había retratado con justeza el poeta en una crónica que escribió de la tertulia de sus amigos. Decía en ella, al describirle sentado en el diván del café, que parecía que trepaba por su bastón a la caza de una idea, como un simio por un árbol tras un fruto.

Y era verdad.

Rodrigo era un orangután; pero no de los de la salida del origen humano, sino de los de vuelta, de los que vienen ya del hombre en el retorno del anillo de la eternidad.

Allí estaba el orangután de Rodrigo, sentado frente al poeta, con el tórax casi acostado en las rodillas, el gancho de la cayada bajo el mentón y sus manos aferradas a la caña, soportando su corcova.

Allí estaba con su cara cetrina, de pómulos salientes y nariz monstruosa, mirando al poeta con sus ojos de boas enroscadas junto a los breñales de sus espesas cejas.

—¡Estás enamorado!

—¡Necio! ¡No digas idioteces! ¡Te estás volviendo tan tonto como los otros!

Rodrigo sonreía, y la sonrisa cordial en su faz hosca era una paradoja, algo así como si un pez se pasease veloz por el arenoso suelo de una estepa.

A Rodrigo no le herían los insultos del poeta; era zahorí de hombres y hacía tiempo que le había auscultado al poeta la frente y el pecho, descubriendo los tesoros que encerraba.

Para Rodrigo, la agresividad contumaz de Luis era la laja cortante que de canto tienen las montañas que son odres de arcanos preciosos.

IV

El poeta entró en un período intenso de conspiración.

Ya casi se le había apagado aquel fuego de remordimiento que tanto lo estuvo martirizando más de una semana.

De vez en cuando veía a Amalia en el comedor, en compañía de una aristócrata austriaca.

No le preocupaba ella absolutamente nada.

Luis, desde la mañana en que quemó el billete, no volvió a sentarse en la mesa de Amalia.

Una tarde iba tan acosado por un policía, que tuvo que meterse en casa.

En el momento de tomar el ascensor, éste arrancaba.

Esperó.

Mientras que aguardaba, púsose a golpear con la contera del bastón la punta de un zapato.

Con la mirada vaga, pensaba el modo de burlar al agente.

La cancela dió un portazo.

Entró Amalia de la calle.

Él la miró, y ella esquivó la mirada.

Quitóse Amalia un guante. Púsose a jugar con un solitario de brillantes, dándole vueltecitas en el dedo. Silbaba quedo un «charlestón».

Bajó el ascensor.

Se metió en él Luis.

—Haga el favor de no cerrar la puerta. Voy a pasar. Usted me perdonará, pero es que llevo mucha prisa.

Ya los dos dentro, Luis apretó el botón.

Subía y subía la jaula, con zumbido de abejorro, al último piso de un rascacielos de la Gran Vía.

Ni ella ni él hablaban. No se miraban tampoco.

A Amalia, a pesar de ponerle zapatillas de goma para que no se le sintiera, se le oía el jadeo pasearse por su pecho.

Luis, encajado en un ángulo, miraba al suelo meditabundo.

—¡Qué estupidez de hombre! ¿Verdad?

El poeta, a las palabras de Amalia, levantó la cabeza.

–Decía usted...

–¡Me ha puesto indignadísima!

–No sé a lo que puede referirse.

–¡Se ha puesto pesadísimo!

–¿Quién?

–Pues, esa sombra... que ha llevado usted toda la tarde detrás.

Él clavó en ella su mirada con agresividad.

–Este no es momento de que le explique... Vamos a llegar en seguida. Si usted me da su palabra de ser el hombre austero de ideas.., sin recordar en nada el loco de la otra...

–¡No siga! ¡Puede estar usted tranquila absolutamente! ¡Me es usted completamente indiferente!

–Me alegro mucho. Le invito a pasar a mi cuarto y hablaremos de cosas serias.

El poeta frunció el ceño y enrolló los labios.

Llegaron al piso.

Ella marchó delante por el pasillo, y él la siguió.

Entraron los dos al cuarto de Amalia.

–Siéntese usted. Yo voy a quitarme el sombrero y el abrigo.

Se dejó caer el poeta en una butaca.

Amalia, como una fiera que se despellejase a sí misma, se despojó de su soberbio abrigo de pieles. Avanzó unos pasos y quedó en el centro de la estancia, con una túnica de seda del color del plumaje de las tórtolas.

Iba muy escotada y con los brazos desnudos.

Su pelo a lo *garçon*, sin ondular, muy negro y muy lacio, le daba a su faz morena y aguileña cierta expresión de enigma.

–Voy a apagar unos segundos la luz.

Le dió una vueltecita a la llave.

Abrió de par en par la ventana.

–Venga usted.

Él se acercó.

–¿Ve? Allí lo tiene usted, junto a aquella columna. Ese no le deja en toda la noche.

Cerró la ventana y encendió la luz.

–Siéntese usted aquí: a mi lado. Vamos a hablar como dos buenos camaradas.

El poeta, silencioso, con expresión de aparente confianza, obedecía.

–Bien, bien–frotándose las manos, nerviosa–. Encenderemos primero un pitillo. Tome usted de estos míos.

–No tengo ganas de fumar.

– Bueno, no se enfade. No hemos venido a pelearnos. Lo he traído aquí, para que acabemos siendo unos buenos amigos, nada más que unos buenos amigos ¿eh?

– No me interesa ni eso.

– Puede ser que alguna vez le interese, pero como una buena amiga.

Montó Amalia una pierna sobre otra. Posó las manos en el muslo. Contemplóse sus pulidas uñas. El pitillo, en el centro de la boca, permanecía apagado.

Luis ya iba impacientándose.

– Bueno. ¿Qué le digo yo a usted ahora? – encendió el pitillo –. No le oculto que estoy azoradísima. Sinceramente se lo digo: temo, me estoy dando cuenta de ello en estos momentos, temo que usted interprete una curiosidad de mujer, transformada en una acción generosa, por una astucia innoble. ¿Qué garantías podría yo ofrecerle, que avaloraran mi proceder honrado?

– No sé a qué pueda usted referirse. Pero su misma lealtad, si la tiene usted, le vale. Explíquese usted.

– ¿Mi lealtad?

– Si la tiene usted...

– ¿Y cómo le puedo yo convencer a usted de que la tengo?

–Con que exista en usted, le basta. Yo le aseguro que la apercibiré.

–Cuando se va a hablar con la verdad, encanta hacerlo con hombres tan inteligentes como usted. Bueno... Pues... toda la tarde he ido siguiéndole a usted. Mi palabra que no me han inducido ni el amor ni el odio. Al principio, meramente curiosidad, y después, simpatía, más que simpatía por sus ideales. ¡Y he estado a punto, dos o tres veces, de insultar a ese esbirro que tiene usted ahí abajo, junto a la columna!

–¿Se refería usted a eso en el ascensor?

–¿Cree usted que he pecado de imprudente con atreverme...?

–Si lo que le impulsa a usted son las ideas, no. La prudencia no existe cuando se sienten ideales.

–Yo no le voy a decir a usted si tengo un ideal o no lo tengo: ¡no me creería usted! ¡Usted no ve en mí nada más que una cocota para hombres opulentos!

–Hablando con toda sinceridad: no se ve en usted otra cosa.

–¿Ve usted? Esta noche no me enfado por muchas cosas feas que me diga usted, porque habla el hombre de talento, serio, puro, no el loco desenfrenado del otro día.

Él sonrió un poquito halagado.

– Pero parezca yo lo que se quiera, cocota o lo que sea, con hechos yo le demostraré a usted otra cosa. ¿En qué puedo yo serle útil, empezando en este momento? ¡No me arredro ante la misión más arriesgada!

– Nada... No hay nada que hacer.

– ¿Desprecia usted mis servicios, o es que no se fía de mí? Es eso: no se fía usted de mí.

Amalia se frotó las manos con pena.

– O es usted muy ingenua, o es usted una gran intérprete de papeles.

– Usted, con su talento, ¿no adivina? Antes me dijo usted que si yo era leal, usted lo percibiría. ¿Soy leal o no lo soy? Necesito saberlo para seguir o cortar esta entrevista.

– Ya hablaremos otro día.

– ¿Piensa usted salir antes de cenar?

– Y a usted, ¿qué le importa?

– Si usted penetrara en mis sentimientos, sería absolutamente imposible que me tratase de esta forma tan cruda.

El poeta íbase poniendo por instantes más nervioso y su tez manchándose de lamparones rojos. Sacó un lápiz del bolsillo del chaleco y comenzó a hacer rayitas en la cajetilla de pitillos.

–Voy a creer que yo, siendo una mujer, buceo en las almas más que usted: porque yo sé lo que usted piensa y siente ahora mismo, y usted no sabe lo que pasa por mí. Si lo supiera, ya me habría confiado la misión que ése que hay abajo no le deja hacer.

Luis frunció más el ceño.

–Lo he ido observando toda la tarde y he comprendido que deseaba usted entrar en algún sitio, en el que no quería usted meterse a la vista del policía.

–Pero usted, ¿por qué me ha seguido?

–Empecé por curiosidad. Mire: cuando salió usted después de almorzar, yo bajé la escalera detrás de usted. Dió la coincidencia de que yo también salía en ese momento. Y usted, ¿cómo no me vió? ¡He pasado toda la tarde un miedo horroroso de que me descubriera! Yo iba al final de la calle Mayor, a casa de una amiga mía, y como hacía tan buen tiempo, me fuí a pie. Y usted llevaba el mismo camino. ¿A que es verdad?

–Es verdad.

–Usted iba con ese amigo suyo de las cejas tan grandes que viene mucho a verle.

–Sí, Rodrigo.

–Se separaron ustedes cerca del cine San Miguel.

– Sí.

– Ya por la mitad de la calle Mayor vi al policía y también que usted lo había notado. En fin, no se me ha escapado ninguno de sus movimientos. No me lo niegue usted: su deseo era ir a algún sitio y ha tenido usted que meterse a la fuerza en casa. Yo no despierto ninguna sospecha. ¿Quiere que yo vaya a ese sitio por usted?

El poeta se rascó nervioso una sien y buscó algo en la mirada de ella.

– ¿Soy leal, o una simuladora que trato de hacerle una traición?

Luis tomó maquinalmente un pitillo de la cajetilla de ella y le arrimó una cerilla.

Lanzaba grandes bocanadas de humo, pero no le contestaba.

– ¡A ver esa percepción tan fina que tiene usted! ¿Soy una mujer falsa, o una mujer leal?

– ¡Una mujer leal!

– Entonces...

Amalia se levantó. Temblaba. Sus dos senos, como dos caballos que atrancados en una cuesta arriba, agobiados por un peso superior a sus energías, dieran y dieran con las rodillas en tierra a las pechugadas de vanas arrancadas, se esforzaban por salirse de su cuerpo en sacudidas violentas.

– Son las seis y cuarto – dijo él, mirando su reloj y levantándose.

– Las seis y diez llevo yo.

– No puede usted entretenerse. Tiene que estar en la calle de Santa Isabel, cinco, segundo izquierda, a las siete.

– Santa Isabel, cinco, segundo izquierda.

– ¿Se le olvidará a usted?

– ¡No me haga tan frágil de memoria!

– Pregunte por Sita.

– Sita. No se me olvida.

– Es un tipo formidable. La recibirá a usted con un pijama a rayas chillonas y en babuchas moras. Es un hombre bajito, gordo y con lentes. Las niñas de sus ojos son como hélices que giraran veloces: no se sabe nunca hacia dónde miran. Y en su cara gigantesca, de nariz chata y boca de hipopótamo, cuyo cutis es idéntico a la piel de los cerdos sacrificados, es muy característico un bigote recortado a lo *Charlot*. ¡Oh, es grotesco, pero de un caudal de vida tan humano! ¡Es un ex-hombre ya, por dentro con las huellas de todas las tragedias de la vida; pero su aspecto le dará a usted la sensación de un banquero! ¡Es una paradoja social hecha hombre! Es muy conveniente que usted sepa cómo es. Si al preguntar por él, se lo nega-

ran, dice usted que va de parte de *Pluma*. Cuando hable con él, no necesita decir más que no esperen a *Mano*, porque esta noche le es imposible ponerse el guante. Que se lo comunique a los *Dedos*.

–¿Nada más?

–Nada más.

–Voy a ponerme otro abrigo y otro sombrero distintos... por si las moscas...

Amalia sacó de un armario un abrigo de piel de gacela y se enfundó en él, púsose un turbante de raso verde con una media luna de brillantes en el frontal.

Los dos en el centro de la estancia,

Él, enjuto, retorcido, rígido, vestido de negro, se levantaba del suelo como una raíz de enebro.

Ella, flexible, ágil, vibrando en nerviosidades fulmíneas, muy ajustado el abrigo. Y con el rollo verde que le ceñía las sienes, parecía una gacela encabritada con un jirón de césped enganchado en la testa, dispuesta a roer la raíz de enebro.

–Quisiera presenciar la entrevista.

–¿Por qué?

–No parecerán ustedes dos conspiradores. Parecerán: él, un canalla plutócrata, y usted, su vil amante.

Amalia soltó una carcajada y la media luna de brillantes tembló, como un bigote de sarcasmo.

–Bueno, bueno. ¿Usted me espera aquí?

–No. Yo me voy también en seguida; la espero a usted en el teatro de La Latina. Entre usted por la puerta del bar, y, al fondo, está la puerta del escenario. Pregunta usted por Caminos. Es un actor. Y allí, en su cuarto, la espero.

La gacela se echó a bajar escaleras a brinquitos, como si descendiera por unas peñas.

–¡Habrá que recurrir a estas mujeres, porque la juventud de este país está perdida! –pensaba el poeta, entrando a su cuarto.

–A la glorieta de San Bernardo –le dijo Amalia al chófer del taxi que tomó en la puerta.

V

Cuando Amalia llegó a la glorieta de San Bernardo, despidió al automóvil. Miró el reloj. Eran las siete menos cuarto.

Descendió por las escaleras del «metro» y tomó billete a Antón Martín.

– ¿El señor Caminos? – preguntaba Amalia en la puerta del teatro de La Latina, ya de regreso de su entrevista con Sita.

– Pase. Ahí dentro le dirán a usted dónde está su cuarto.

Anduvo y desanduvo pasillos, hasta que un hombre vestido de mecánico le indicó el cuarto.

Dió unos golpecitos en la puerta.

– Adelante.

Encontróse con el poeta en el camerino

del actor. Estaban con él dos hombres más.

–Rodrigo y Ariza. La señorita Amalia– dijo Luis, haciendo la presentación.

–Aquí a Rodrigo le conozco mucho de vista: de encontrarme con él allí en la pensión.

–Sí, es cierto; nos hemos visto varias veces.

Ya sentados, en unos minutos de silencio en los que llegaban del escenario las voces de los actores, Amalia paseó la mirada por el cuarto.

Pendían de las paredes las prendas más diversas. Junto a una sotana y un manteo, con su teja en lo alto, unos pantalones raídos, de pana, y una camiseta a rayas. En otra percha, un uniforme de general y un traje de sport. En otra, una levita manchada y un frac flamante. Por los rincones, una cayada de pastor, un florete, un sable, un paraguas y un junco de puño de marfil, de los que usan los «pollos pera».

Junto al espejo del tocador colgaban: una peluca blanca; otra negra, pero muy calva; otra rubia, con raya en medio, y otra melenuda, de bohemio. No faltaban algunos bigotes y algunas barbas.

–Qué, ¿ha visto usted a Sita?

Amalia hizo una inclinación de cabeza.

–No necesita usted andarse con reservas. Los tres somos camaradas. ¡Está usted en la matriz de la conspiración!: es, precisamente, este camerino.

Amalia sonrió.

–¿Le dió usted el encargo sin olvidar nada?

–Sin olvidar ni lo de *Pluma*, que necesité decirle, ni lo de *Mano no puede ponerse esta noche el guante*. ¿No es así?

–Así.

–Pero ¡oh, qué hombre más interesante! Me recibió después de negárseme, tal y como usted me lo había pintado: con su pijama a rayas verdes, blancas y moradas, y sus babuchas moras... Y algo más llevaba, que usted no me anunció. Me recibió con la chaqueta del pijama desabrochada, con toda su peluda pechuga al aire.

–Este Sita es formidable–exclamó el poeta.

De repente se abrió la puerta, y el espectro de Felipe II penetró en el cuarto.

–¡Pero, Ángel! ¿Cómo te vistes tú con ese traje de monarca?

–¡Soy un hombre despreciable, Luis! ¡No! ¡Ni siquiera un hombre despreciable! ¡No

soy ni aun hombre! Tener que encarnar las cosas que más odio: rey, cura, juez, general, burgués, esclavo. ¡Soy un miserable! ¡Un hombre de mis ideas no puede con dignidad soportar por más tiempo esta parodia! ¡Pero he terminado esta noche! ¡Ahora mismo me despido de la compañía! ¡Hay que ser duro! ¡Yo, después de todo, llevo ya de propina diez años de vida! ¡Nadie se muere de hambre! ¡De aquí en adelante, yo no soy nadie más que yo, Ángel Caminos, el anarquista puro! ¡Y no he de trabajar tampoco en nada! ¡Mi temperamento no me permite trabajar! ¡Yo robaré, desvalijaré a los rentistas para mi sustento cotidiano, hasta que triunfemos! Entonces sí trabajaré; porque en un régimen de equidad es obligatorio el trabajo. ¡Aunque no! ¿Qué es eso de trabajar? ¡Tal martirio humano hay que arrancarlo de la vida! ¡Muera el trabajo en la sociedad de los hombres! ¡El trabajo no lo quiero, ni aun para las bestias! ¡A ese vocablo lo quemaremos en la misma hoguera! ¡No se volverá ni a escribir más en la eternidad! Es necesario por amor a los hombres del mañana, que ni siquieran sepan que ha existido. ¡Ya lo sabéis, amigos! ¡Hermanos! ¡Porque yo, por mi parte, os quiero como hermanos! ¡Ya lo sa-

béis; trabajo será sustituído por colaboración! ¡Y trabajadores por colaboradores! ¡Sí, todos colaboradores de la gran historia de la humanidad sobre la tierra! ¡Placer, deleite, será esa colaboración repartida entre todos! ¡Hasta las bestias sueltas de los yugos por la férrea mano de la mecánica, embellecerán los paisajes con sus cabriolas!

Felipe II gesticulaba declamando en el centro del camerino, como si en los siglos de su sepultura la tierra le hubiese vuelto loco.

—¿Es serio que yo me maquille con esas barras grasientas?

Fijó su mirada en Amalia.

Enmudeció.

—La señorita Amalia. Ángel Caminos—dijo el poeta, aprovechando el silencio del actor.

Se estrecharon las manos.

—Aquí tiene usted al mejor de todos nosotros. ¡Es el más abnegado! Lo que ha hecho, hace y hará por la causa, no somos capaces de hacerlo ninguno de nosotros. ¡Es único este Ángel! Un poco romántico... Pero un alma extraordinaria.

El poeta terminó sus palabras dándole una palmada en el hombro al amigo abnegado.

Bajo los pelos postizos de la regia carátu-

la, el óvalo de la faz auténtica de Ángel, encallando los dientes, se hizo una circunferencia perfecta, y sus ojos, como dos cangilones de noria, descendieron al fondo de su espíritu y sacaron dos lágrimas.

Dos lágrimas transparentes que, sesgando la ternilla de su nariz, se clavaron en el bigote histriónico.

Aquellas dos lágrimas anarquistas, clavadas en el lomo del bigote espectral del poderoso monarca, parecían dos larvas puras palpitando en la cumbre de una montaña de Oro.

Quitóse la montera de terciopelo negro y descolgó de su cuello el Toisón de oro.

—Con su permiso, señorita; voy a desnudarme.

—Sí; hágalo con toda libertad.

Ya despojado de la vestimenta real y con su pantalón de «corte» puesto y en mangas de camisa, libre también de la peluca, empezó a despegarse la barba.

Muy cerca del espejo, hacía muecas de dolor, resoplando con angustia.

Tiraba remiso del crepé. Su nariz batía las aletas. Las pupilas de sus ojos, como cerezas en almíbar, brillaban bajo el jarabe del lloro.

Su calva era símbolo de su ideal político: sin fronteras. La frente se le combaba hasta la nuca, sin la grieta de un cabello. Gotas de sudor andaban, semejantes a tortugas de gelatina, por un desierto de cera.

– Debe ser muy penoso ¿verdad?

– Algo penoso es, señorita.

Quedó su faz sin pelo de teatro, igual que macizo de margaritas limpio de malas hierbas.

Enjabonóse bien. Sumergió la cabeza hasta el cuello en la palangana. Una toalla pía, como piel de caballo, enjugó su cutis. Con un cepillo ordenó las dos fajas de pelo anillado que por encima de sus orejas lo engalanaban.

– ¡Vaya! ¡Ya soy un hombre! ¡Pero qué hombre, Luis! ¡No alcanzo las alturas de los genios, ni tampoco me encuentro en las capas de los hombres vulgares! ¡Tengo alientos de superhombre; pero me falta el suficiente talento! ¡Esa es mi tragedia! ¡Esa es mi tragedia! ¡Esa... y mis ansias de procrear! ¡Un hijo! ¡Un hijo, Luis! ¡Muchísimos hijos, muchísimos!

– Aquí Ángel – dijo Luis a Amalia – haría una gran pareja de amor con usted. Suspira por una mujer con quien tener hijos.

–No sé por qué dice usted eso, porque yo no suspiro por ningún hombre con quien tener ni muchos ni pocos hijos.

–No hace muchas tardes, Amalia...

–¡Ah!... Se refiere usted a todas aquellas tonterías que estuve diciendo la otra tarde. ¡No haga usted caso! Yo algunas veces me pongo a charlar y a charlar cosas absurdas, cosas que no siento. Yo soy así. Ya me irá usted conociendo. Y, además, lo que le dije a usted fué haciendo la salvedad de que yo pudiera enamorarme, cosa que también le aseguré imposible.

–¿Por qué es cosa imposible?

–Porque sí, Ángel.

–Permítame usted, señorita; esa no es una razón que me convenza.

–Porque sí... porque yo no puedo enamorarme. Por muchas razones. La primera, porque yo hago de mí lo que quiero, y yo no quiero enamorarme. ¡Para qué! No merecen ustedes la pena!

Los cuatro amigos exclamaron, sonriendo:

–Muchísimas gracias.

–No. Compréndanme. No es desprecio. No es tampoco desviación... ¡Yo soy muy hembra! Por esa parte no hay peligro. Les voy a hablar a ustedes con toda sinceridad.

Es que tengo la certeza de que no hay hombre con fuerza bastante para resistir mi amor. ¡Yo soy muy exagerada para todo!

–¿De dónde has sacado esto, Luis?

–Del mundo, Ángel.

–Pero usted, unida a un hombre por el amor, ¿le gustaría tener hijos?–interrogó Ángel, con vehemencia.

–¡Pero si el que yo me una a un hombre por el amor es cosa imposible!

–Bueno, usted dice que es imposible porque no existe hombre capaz de aguantar su pasión de usted. Pero supongamos que lo hubiese y se enamoraran ustedes mutuamente, ¿desearía usted hijos?

–¡Oh! ¡Sí! ¡Muchísimos, muchísimos hijos! ¡Llevarlos en mi vientre! ¡Amamantarlos yo! ¡Educarlos yo misma a mi manera! Pero, ¡oh!, qué tonterías me ha hecho usted decir, Ángel.

–¡Usted es una mujer perfecta! ¡Permítame que le bese la frente!

–Bésemela usted, si quiere.

Y el actor dióle un beso de hermano a la joven.

–Aquí Luis no piensa como usted–dijo Amalia, sonriendo.

–¡Yo qué he de pensar así! ¡El amor pier-

de con los hijos su eficacia de placer! ¡El amor no es otra cosa que energía fatal de los sexos! ¡Para que el amor dé los grados suficientes que producan la gran pasión, es forzoso atajar esa energía; que se remanse y se desborde! ¡El amor nace del fracaso de los sexos! La naturaleza toca en los sexos como una mano en dos timbres para que se abra la puerta de la Vida y seguir colocando esfinges en la galería humana. El misterio del amor está en que la Naturaleza apriete y apriete los botones; pero que la puerta no se abra. La Naturaleza se vale del amor para continuar su obra de dolor ciega y absurda; niéguesele la obra y ella seguirá apretando y apretando los botones como prócer colérico en la cancela de su palacio, ante la desobediencia de sus criados. Criado en rebeldía de la Naturaleza es el amor en su máxima potencia. Ángel, la mano del placer acaricia tan fascinadora como en los pechos de los esclavos que han tronchado contra sus rodillas el látigo del tirano. ¡Y el hijo es el látigo del tirano que azota el lomo del esclavo sumiso!

Ángel se quedó perplejo. Admiraba mucho al poeta.

Pero ella precipitóse a decir:

–No me ha convencido usted, Luis. Todo

eso es muy bello; pero son malabarismos de poeta nada más. Yo, de manera más torpe, claro está, podría contestarle, y quizás le ganara con la fuerza de la verdad.

—No lo persuadiría usted, Amalia. ¡Este es un sensual! Al amor no le da más sentido que voracidad de sexos. ¡Este es un lobo carnicero de mujeres!

Rodrigo, mesándose sus cejas, díjole al poeta:

—Me has gustado esta noche, Luis.

VI

El cráneo del poeta era un yunque. Dos brazos con sendos martillos forjaban hipótesis para sacar las consecuencias más antitéticas.

«¡Me ama!»

«¡Me odia y quiere probarme que es más inteligente, más valerosa..., en fin, superior a mí! ¡Estúpida!»

«¡Me inquieta como ninguna otra mujer me ha inquietado en el mundo! ¡Es de una atracción carnal extraordinaria!»

«¡Es de una antipatía sin límites!»

«¡Qué fuego tiene en sus labios!»

Y así, construyendo piezas de pensamiento, los brazos descargaban golpes y golpes contra el cráneo del poeta.

¿Era amor?

¿Era odio, consecuencia de una venganza de ramera?

¿Era de verdad ideal social de mujer, fanatizada por una doctrina?

¿Qué fuerza secreta movía a Amalia a colaborar con el poeta en la obra revolucionaria?

Si era amor que latía en su espíritu, ¿por qué no lo corporizaba?

¡Ella era libre!

Si era odio que le bullía en las entrañas, ¿por qué no se hacía serpiente y se le enrollaba en espiral desde los tobillos a la garganta y le besaba en las niñas de los ojos?

¡Ella tenía constantemente las llaves de la prisión del poeta!

¡Ella no tenía conciencia!

¡Ella no tenía temores!

¿Por qué no lo hacía?

Si era por el ideal, ¿por qué aquel lujo, aquellas costumbres, aquella vida?

El proceder de Amalia era un enigma.

Ni aun a un café consentía Amalia entrar con Luis.

Comían en la misma mesa de la pensión.

Salían juntos a pasear algunas tardes.

La relación era entre ellos de una fraternal camaradería.

Algunas veces, en su soledad, el poeta se apostrofaba y hasta se burlaba de sí.

Era un juguete ridículo de aquella mujer.

Esa era la propia opinión del poeta.

¿Qué diferencia había entre su amistad con Amalia o con la que ésta tenía con cualquiera de sus amigos?

Ninguna.

El orgullo de su masculinidad se resentía.

¡Una mujer no es otra cosa que una mujer: el remo compañero del que forma el hombre en la barca que navega por la Nada, en la pesca de los seres!

Sólo cuando se boga en busca de Mónadas, el hombre se siente hermano gemelo de la mujer y se agita al mismo ritmo...

Fuera de esa labor, ella queda espetada en la orilla como un pararrayos de fuego de hombre, mientras él, hecho un tigre, corre tierra adentro, cruzando llanos y trepando montañas, para aullar insolente desde las cumbres.

Una visión análoga tenía el poeta de lo que debe ser el hombre y la mujer en el mundo.

Pero ahora él veíase de brazo mellizo de Amalia, hollando, campo adentro, tierra de una bestia que no se le parecía a los tigres.

¿O él habíase también quedado en la ori-

lla, como tantos otros que le servían de mofa, encadenado de algas y recostado contra el pararrayos?

¿Es que él había descendido a mujer, o ella ascendido a hombre?

El poeta estaba indignado; pero con una indignación muda, con la que hacía cilicios para ceñirse el alma.

Una tarde, de regreso de un paseo con Amalia, al despedirse de ella, se metió en su cuarto y se echó en la cama.

No encendió la lámpara. En la semioscuridad vió el *film* de su paseo.

Por una avenida caminaban remisos los dos.

Él, con su cayada al brazo, metido en su gabán marengo, bajo las alas de su ancho sombrero negro.

Al contemplarse, rememoró el símil que de él había hecho su maestro de estética: «Parece usted un pastor de ovejas negras.»

Amalia, a su lado, con un lujoso abrigo de pieles, hablaba serenamente.

Quedóse fijo en los fantasmas.

Se analizó en espectro.

Analizó también el espectro de Amalia.

Atento a la cara de ella, la vió exacta, como la tenía en carne aquella tarde. Dema-

crada, demacrada. Más cetrina. Pero de un tono singular. Como si reverberara en una pulida placa de cobre. Ojerosa. Los labios los había intensificado de color, pero disminuído de perfil, semejantes a dos cristales con las huellas recientes de un homicidio. Las cejas, negras, arqueadas y finas, le parecieron las uñas de un cuervo. La nariz aguileña, más descarnada, era como un imán de vicio. Transparentábasele por la piel un verde finísimo, con la escala de todos los matices.

Aquel rostro que veía el poeta era un rostro inverosímil. Un rostro satánico, con las virtudes potenciales de un fruto carnal.

—Es una manzana arrojada por Lucifer para que muerdan en ella todos los castos de la tierra. ¡Eres una redentora de invertidos! ¡Y hasta posees el misterio de reverdecerles el sexo a los eunucos! —pensó Luis, levantando con una de sus manos el talud de cabellos negros, que le tapaba el sepulcro de los recuerdos.

Ya con su frente despejada, en una resurrección de remembranzas, llevó su vista al espectro de él.

—La has tenido así veces y veces y no la has mordido.

Se acordó de sus ansias de voracidad por Amalia, gemela a la sed que sienten los mares por los ríos, y se hurgó con el dedo meñique un oído.

Era muy característico en el poeta aquel hormiguero que le nacía en el oído derecho en toda génesis sexual.

Donde él notaba la primera inquietud del deseo, era en el oído.

Después las hormigas hacíansele ingenuos leones, criminales panteras, refinadas hienas y toda la fauna de la selva del celo del macho.

A sus leones, a sus panteras, a todas sus fieras de lujuria, las dejaba saciarse hasta la borrachera con la calidad de instinto de cada una.

En la ceremonia del placer encendía las lámparas con las luces de todos los colores. Desde la roja muy roja, que alimenta el aceite que da el mozo viril de la aldea, hasta la policroma que sale del hombre gastoso de la urbe.

Y hasta improvisaba sistemas.

Como todo artista de excepción, era un anormal, y su anormalidad consistía en el frenesí de su sexo.

Aquella tarde seguíanle bullendo las hor-

migas en el oído y su dedo agitábase como queriendo producir el huracán que a su soplo metamorfoseara los insectos en fieras.

¡Para qué!

La presa era impalpable, y las zarpas y las bocas, al acometer, sólo hubiesen conseguido mortificarse contra las paredes.

Pero no hacía aún media hora que Amalia, en carne de la que brota sangre si se le araña, había ido a su lado en un rozar continuo de brazos, tal como él la estaba viendo. Y también le había picado el oído, desperdigándosele las hormigas por las venas.

Cruzó de repente los brazos. Se recostó sobre la oreja de la codicia. Mordió el hilo de la almohada. Se alargaron sus piernas en escalofríos de deseo.

Con los ojos entornados, se encaró con su espectro.

—«Parece usted un pastor de ovejas negras.» ¡Un pastor, sí; pero un pastor sin ovejas!

Y por primera vez puso un tachón a un concepto del maestro.

—¡Un pastor, sí! ¡Pero un pastor enlutado por la muerte de su rebaño! ¡Eso es lo que yo parezco! —Y mirando el suntuoso abrigo de pieles de Amalia, continuó pensan-

do: –¡Pero, además, un pastor esclavo de ese lobo que me ha devorado mi rebaño de osadía!

Toda la tarde había ido conteniéndose, hablando de política y de cosas triviales.

–¿Es principio de degeneración o milagro de mujer extraordinaria esta prudencia estúpida que yo tengo? ¡Te he de dominar como dominan los vagabundos a sus lobos, y al son de mi pandero has de bailar todas las danzas! ¡Te he de transformar esos pelos del abrigo que cubre tu cuerpo en hierba lozana! ¡Y a ti te he de convertir en una colina, y bajo tu piel de prado, has de brincar por el mundo, mordida por mis caprichos!

Unos golpecitos en la puerta hicieron desaparecer a los fantasmas.

Luis, con el telón de la puerta ante los ojos, murmuró, desperezándose:

–Adelante.

Se entreabrió la puerta y una criada dijo, asomando la cabeza:

–La señorita Amalia le espera a usted en la sala. Dice que necesita hablarle con urgencia.

En el ambiente ya negro de la estancia, los ojos del poeta dieron dos fogonazos, uno verde y otro violeta.

Al mismo tiempo, un puñal invisible le abrió una herida roja a la negrura.

¿Sería la lengua del poeta que se paseaba por los columpios de sus labios en un regodeo de esperanza ante un festín inminente?

Al asomarse Luis a la sala, Amalia se adelantó a decirle:

– Perdóneme usted que le moleste. No me he acordado esta tarde de decirle que me marcho a Barcelona. No quiero marcharme sin despedirme de usted, y por eso le llamo.

– ¿Que se va usted?

– Sí. Esta noche mismo, en el exprés de las nueve.

– No me habló usted en todos estos días de ese viaje.

– Ha sido cosa de esta mañana. Por una carta que he recibido de mi madre. Me dice que se encuentra algo enferma, y voy a cuidarla.

– ¿Ha tenido usted esta mañana carta de su madre?

– Sí, carta de mi madre.

– ¿De su madre de usted, Amalia?

– Sí, de mi madre. No sé por qué le extraña a usted tanto.

–¡Pero si una tarde me dijo usted que no tenía familia ninguna, que estaba sola en el mundo!

–¿Le dije a usted eso?

–Me lo dijo usted, Amalia.

–Pues... le mentí. Yo tengo mi madre. Y una madre muy guapa. Más guapa que yo, y joven todavía.

–Y ya confesado por usted de que usa la mentira..., ¿no será ahora cuando me miente?

–¿Qué? ¿Que no vive mi madre? ¿Que le estoy engañando en este momento?

–¿No pudiera ser?

–¡No, señor! ¡No puede ser! ¡Eso precisamente; no puede ser!

–¿Se ha molestado usted?

–¡Me dice usted que le estoy engañando!

–Si no me engaña hoy, me engañó la otra tarde.

–No sé.

–¿Lo duda usted?

–No lo recuerdo. No quiero contradecirle. Lo que sí le aseguro es que no tengo hábito de mentir.

–Bueno; sea por su madre o por lo que sea, ¿es de verdad que se va usted esta noche?

–¿Para qué le he llamado a usted, sino para despedirme?

– ¿Y cuándo piensa usted volver?

– ¡Ah!, no sé. Depende... En fin. Es cosa que no puedo precisar. ¡A lo mejor me voy para toda la vida! ¡Sueño con un viaje a América!

– ¿Usted qué es, Amalia?

– ¡Ah qué gracia! Ya lo está usted viendo: una mujer, ni guapa ni fea.

– Déjese usted de bromas. Le hablo en serio. ¿Usted qué es? ¿De qué vive usted? ¡Yo necesito saber la interioridad de su vida! ¿Usted de qué gasta, Amalia? ¡Usted me interesa!

– Pues... ni yo misma lo sé.

– Séame usted franca, Amalia.

– Vaya, le voy a descubrir el secreto: todas las madrugadas viene un pajarito a mi cama y me trae en el pico una carterita llena de billetes.

– ¡Qué estupidez!

– No me gusta verlo a usted enfadado. Fuera de bromas. Ahora le voy a hablar serio: Yo tengo rentas. Ya lo sabe usted.

– ¡Es usted una mujer imposible!

– ¿Es que yo no tengo cara de tener rentas?

– ¡Dime todas tus cosas, frenesí mío!

Luis le estrechó a Amalia una mano ya con fiebre.

– No se ponga usted tonto que lo dejo aquí plantado. Nosotros no podemos ser nada más que unos buenos amigos.

– ¿Nada más que unos buenos amigos?

– Nada más. ¡Qué gesto pone usted, hijo! ¿Es que no le interesa esa clase de relación conmigo?

– ¡A mí, en absoluto!

– ¡Pues adiós para siempre!

Y Amalia desapareció dejando a Luis en la sala.

VII

– ¿Qué es de Amalia, que hace cuatro o cinco días que no la veo?

– Se fué el lunes a Barcelona.

Y Luis, contestándole con voz trémula a Ángel Caminos, dirigió la mirada al suelo.

Iban por la calle de Toledo, ya pasada la media noche.

El Norte dábales pescozones con su mano de hielo.

Desierta la vía.

Faroles y faroles a ambos lados del arroyo: centinelas de un mismo regimiento convertidos sus brazos, sus piernas y su tronco en un pilar cilíndrico, en una posición rígida, eterna, bajo un cráneo de monstruo.

Tras los vidrios, las luces de gas irradiando bigotes de luz: mostachos fatuos de plebe soldadesca en una mueca irónica.

Una esquina solitaria...: proa formada por las hojas de dos cuchillos que embistiera contra los faroles.

Un hampón tose, maldice y anda calle arriba.

Tres busconas discuten en la boca de una calleja.

Dos palmadas.

–¡Voy!

Ángel y Luis, silenciosos, marchan dotando de palabra con la suela de sus zapatos a las losas de la acera.

Estrellas en el cielo.

Linterna en la barriga de los serenos.

Las estrellas, no son estrellas.

Las linternas, no son linternas.

Ni tampoco son serenos los serenos.

La noche es un tirano de vicio, lleno de lacras, de vino, de lujuria y de crímenes, en el que la dignidad humana nunca ha existido.

Se entretiene en coger con sus manos embetunadas plumas de oro que vuelan por el aire, de un ave asesinada: ¡A la Libertad la han matado!

Va colgando plumas en las panzas de las acémilas de las llaves como si fueran unos cencerros: ¡Condecoraciones a los carceleros!

Las linternas, no son linternas.

Las estrellas, no son estrellas.

Ni tampoco los serenos son serenos.

La noche es un tirano rufianesco, dominador de un ejército de faroles y de un pueblo de hampones y prostitutas.

—No nos sigue nadie ¿verdad?

—Me parece que no, Ángel. Yo no veo a nadie.

—Después de las nueve de la noche se nos quitan todas las sombras y ya no se ve ninguna hasta el día siguiente, ¿te has fijado?

—Seguramente nos ordenan que nos sigan; pero no querrán molestarse.

Luis empujó la cancela del café de San Isidro y los dos amigos entraron.

Algunas mesas veíanse ocupadas. Otras albeaban solitarias.

—Luis.

—¿Qué?

—Este café es muy bueno para nuestras citas.

—Me gusta.

—Aquí es difícil determinar las personas: domina una gran confusión.

—Sí. Estos espejos lo multiplican todo. Son unos buenos colaboradores.

Y hablaban quedo, al tiempo que dirigían

la mirada a todas las mesas, andando por el salón.

—No veo a ninguno.

—Bueno. Nos sentaremos nosotros.

—Aquel rincón está bien.

Se quitaron el sombrero y el abrigo y pidieron café.

—Y hemos descubierto un gran sitio.

—Teniendo cuidado de variar de turno, podemos reunirnos aquí varias veces.

A poco llegó Rodrigo.

Después Ariza.

Unos minutos más tarde aparecieron Roca y Blanco.

Eran estos dos últimos dos seres singulares.

Roca, un mozo de unos veinticinco años, de mediana estatura, forzudo, todo músculo; la cara rasurada, con facciones afirmadoras de una firmeza que inspiraba temor. Caíale el párpado del ojo derecho casi por encima del pómulo, como un signo que proclamara su tremenda voluntad.

Blanco era alto, curvado ligeramente hacia atrás, y daba la idea de una ballesta en tensión que estuviera siempre dispuesta a ser disparada.

Tenía ojos azules, que se le tornaban par-

dos en ocasiones, y no pocas veces cubríaselos una niebla roja. Su bigote rubio, a la borgoñona, dábale a su faz de facciones correctas, cierto aire mundano.

– Mucho tarda Romero – dijo Roca.

– ¿Le habrán echado mano? – advirtió Ángel.

– Míralo por allí – observó Luis.

Romero, más que un conspirador, parecía un pollo de cabaret.

Tenía aún menos años que Roca. Vestía con exagerada elegancia. Alto, fino, estilizado, con esclavas de oro en las muñecas.

Se destacaba de aquel grupo de hombres, todos vestidos con corrección, pero de una modesta sobriedad.

Sin embargo, se traslucía por su cáscara de frivolidad una esencia depurada de valor. Era como un ánfora lujosa, llena de un veneno que con sólo olerlo matara.

– Y por fin...

– Mañana al amanecer, Luis – se precipitó a decir Blanco.

– ¿A quién le falta pistola? – preguntó con su voz atiplada Ángel.

– ¿Usted tiene, Rodrigo? – interrogó Roca.

– No.

– Mañana te daré yo una – dijo Ángel.

–Ya lo saben ustedes tres. Ustedes irán con los otros amigos, dirigiendo el grupo.

–Luis y Rodrigo sí, pero yo voy con ustedes. ¡Blanco, no se le olvide a usted que me tiene que proporcionar un caballo! ¡Yo a galope por las calles proclamaré la Libertad!

–En ningún momento de tu vida dejas de ser actor – dijo Luis.

–Bueno, usted proporcióneme el caballo y no haga caso de las bromas de estos.

–Usted tendrá caballo, e irá a mi lado.

Roca se cruzó de brazos. Su labio inferior de tan rígido, de tan inanimado, parecía una cuña de piedra clavada en su cara. La frente se le tiñó de rojo.

–Doscientas bombas de mano, cuatrocientos fusiles, cien pistolas, todo, todo el armamento lo tengo yo. Mi gente está dispuesta. Caminos lo sabe. Él lo está viendo todos los días. No falta nada. ¡Pero que no pase como otras veces! Me parece que mañana de madrugada es ya tarde. ¿Quién puede esperar tanto tiempo? ¡Esta misma noche es cuando nos debemos echar a la calle! ¡Si tenemos toda la fuerza! Los hombres, las bombas, los fusiles, las pistolas...

Y Ariza siguió hablando con su voz sin matices, monótona, como pisadas de reloj

en el tiempo. Había pegado los codos a las caderas y en sus manos en alto movíanse los dedos, chocando unos contra otros en un ritmo mecánico. No movía los ojos y las pupilas, en una expresión vaga, parecían estar ciegas.

–Me voy. Me espera Sita – dijo Roca, interrumpiendo a Ariza.

–Espérate, hombre, que no hemos quedado en nada.

–¿En qué vamos a quedar, Blanco? Éstos que se vean mañana por la tarde con Ariza.

Poco a poco, fueron saliendo, hasta quedar Luis, Rodrigo y Ángel solos.

Ya el café estaba casi vacío.

Caminos, repantigado en un diván, fumaba, echando grandes bocanadas de humo en unas muecas grotescas.

Rodrigo, con el bastón entre las piernas, aferradas sus manos a la caña y con el mentón sobre el gancho, pensaba.

Luis había sacado un lápiz y tiraba rayitas y rayitas en el mármol.

–¿Estáis optimistas?

Luis hizo un gesto de duda.

–¡Mañana será esto Rusia! – exclamó Caminos, a la pregunta de Rodrigo.

–¿Tú crees? – interrogó Luis.

–¡Ya lo verás!

–¡Nos lo han asegurado tantas veces que se hacía! – dijo Rodrigo.

–¿Es que tú dudas ahora? – preguntó Caminos.

–Me lo temo.

–¡Qué lástima qne no se encuentre aquí Amalia!

–¿No has tenido noticias de ella?

–¡Ni me hacen falta!

–Te voy a ser sincero: me alegro que se haya ido y que no vuelva.

–A ti poco te debe importar eso, Ángel.

—Sí me importa.

–¿Por qué?

–¡Por ti!

–¿Por mí?

–¡Esa mujer a tu lado, te inutilizará!

–¡Bobo! ¡No digas bobadas!

–Desde que la conociste, has perdido la mitad de tus bríos. ¡Pareces otro!

–¡Qué pobre hombre eres! ¡Una mujer me va hacer a mí perder los bríos! ¡A ti sí que te tiene perdido la pianista!

–¡Si esa mujer me diera los hijos que yo sueño!

–¡Míralos: en unos momentos como es-

tos y entregados a las mujeres! – manifestó Rodrigo.

– ¡Mañana me verás! – exclamó Ángel.

– No hemos quedado con Ariza en hora y sitio para reunirnos mañana por la tarde – advirtió Luis.

– Él irá por la mañana a mi casa.

– Entonces tú, Ángel, quedas con él en donde tenemos que vernos. Y tú, Luis, espéranos a las tres en tu casa.

Salieron del café.

– Vamos a la puerta de mi casa y te bajaré la pistola, Rodrigo.

– No, hombre. Otra noche.

– Pero si a nosotros no nos hacen falta armas.

– Tiene razón Luis.

– ¿Cómo que no nos hacen falta las armas?

– Nuestra misión es otra que la de pegar tiros – dijo Luis.

– Naturalmente.

– Tiros no: ¡cañonazos!

Luis y Rodrigo acariciaron a Caminos con unas palmaditas en los hombros.

– ¡Eres único!

– Yo soy lo mismo que el abuelo. ¡El abuelo sí que era un hombre único! ¡El abuelo! Cuando se acaben todas estas cosas y

nos quedemos tranquilos gozando el triunfo, os voy a dar las memorias del abuelo escritas por él. ¡Qué libro! No es libro; es un espejo en el que se retrata la vida de un hombre extraordinario. ¡Cuándo podré yo escribir de mí otro tanto!

– Me parece que tú vas a ganarle al abuelo.

– No, Luis. ¡Era muy grande el abuelo! Él fué el primer hombre que penetró en las vírgenes selvas del Chaco. ¡Qué aventurero era! Aquella empresa sólo pudo atreverse a acometerla él. ¡Cuidado que han acudido exploradores en todos los tiempos a América! Ninguno tuvo valor para internarse por aquellas tinieblas de los quebrachales milenarios que nunca fueron traspasados, ni siquiera por un rayo de sol. Y él con sus veinte guaraníes lo atravesó de un extremo a otro, montado en su gran caballo blanco, rompiendo los bordados que las fieras habían hecho con sus zarpas sobre la tierra. Los indios delante, abriendo claraboyas en las copas de los árboles y matando las boas enroscadas a los troncos. Algunas se resistían y entonces el abuelo daba fin de ellas. A mí no, porque a mí no me da nada temor, al contrario, mi pan espiritual es el peligro. Pero para otro hombre que no sea yo, la

lectura de ese pasaje le pone el vello como espinas. En algunos instantes parece hasta inverosímil, y si no fuera porque está narrado por el abuelo, se diría que era mentira. Pero él era la verdad, la fuente donde los hombres más sinceros bebieron unas gotas. No creo que haya libro que supere a las memorias del abuelo. Son la epopeya de un Colón, escrita por un Shakespeare. Aún más, porque esas dos fases del genio convergían en el mismo Ser. El abuelo era tan descubridor como poeta. Si *El Quijote* y *Hamlet* hubiesen sido hombres de carne, y esas obras no fuesen la invención de unos artistas, sino la vida exacta de sus protagonistas, selladas por sus propias manos en el mundo, podrían compararse a las memorias del abuelo.

Se habían parado junto a un farol.

Ángel declamaba, gesticulando bajo su gran redingot a cuadros, de millonario yanqui.

Luis y Rodrigo lo miraban presos de unas esposas de asombro y religiosidad.

Los dos amaban aquella alma hermosa y valiente de Caminos, arrastrada por una fantasía de hipérboles sobrehumanas, siempre emanadas de una autosugestión de verdad.

Ángel, como su abuelo, tampoco mentía nunca. Cuantos prodigios lanzaba su lengua podrían ser irreales, pero nunca embusteros.

– Y hay páginas de gran terror – siguió diciendo – en las que el miedo y la pena hacen jiras el alma. Y habla de cuando se echó a cruzar un río. ¡Ah, es enorme! En una margen, él con sus indios. En la de enfrente, caimanes con las bocas abiertas aguardándolos. Y en medio, el agua del río, transparente y mansa, dando la sensación de que estaba cortada la tierra de un polo a otro, y que aquello, en vez de ser un líquido que discurriera sobre un lecho, era un telón de aire que caía del cielo de América al cielo de Europa. Necesitaron tocar varias veces el agua y mojarse bien para convencerse de que podían pasar y no desplomarse por el vacío.

– ¡Pero Ángel! – exclamaron los dos amigos.

– ¡Eso dice el abuelo y el abuelo no mentía! Daos cuenta de que se trata de América, el país en donde la Naturaleza se presenta en prodigios sorprendentes. Llegó el instante de echarse al agua y el caballo, asombrado ante la diafanidad y la empalizada de caimanes, relinchaba, despapaba y se dejaba caer sobre las piernas, mientras el

abuelo, con las espuelas, le abría parábolas de sangre en los ijares. Surcaban el aire los cóndores. Los cóndores, que, al señalarse en las aguas del río, no se sabía si se reflejaban en el cielo de América, o allá, en el fondo, por su antípoda el de Europa.

– ¡Estás esta noche infinito!

– Bueno. Esto de los cóndores no lo dice el abuelo. Esta es cosa que se me ha ocurrido a mí para dar una idea de la calidad de aquellas aguas.

– ¡Te admiro con toda mi alma! – exclamó Rodrigo.

– Eres la maravilla más grande que existe – dijo el poeta.

– ¡Estás por encima de la verdad y de la mentira!

A Caminos habíasele puesto furiosa la imaginación y como un mar en tempestad jugaban sus olas de fantasía con todo el Universo.

Echaron a andar; el actor iba en medio, hablando y hablando, haciéndole brincar a la naturaleza a su capricho.

Luis y Rodrigo unas veces reían; otras se llevaban las manos a la cabeza y otras lo abrazaban.

Llegaron a la plaza Mayor.

– Por aquí salimos mejor a la calle de la Cruz.

– ¿A qué vamos ahora a la calle de la Cruz, Ángel? – preguntó Luis.

– Para pasar por casa y darle a éste la pistola.

– Mañana me la darás.

– ¡Di claro que no la quieres y no te andes con excusas!

– Bueno. No quiero que te enfades; vamos a la puerta de tu casa y bájame la pistola.

– ¡Claro! Si no debemos andar ni un paso sin un arma. A lo mejor esta misma noche tenemos que dar tiros.

Ya en la puerta de la casa de Caminos, éste subió, quedándose Rodrigo y Luis en la calle.

Al poco apareció el actor con un envoltorio enorme en la mano.

– Toma.

– ¿Qué me das aquí?

– La pistola. Te la bajo liada en un periódico para que no la vea el sereno.

– Pero ¿esto no es nada más que una pistola?

– Una pistola y magnífica.

– Esto es un cañón – dijo el poeta.

– ¡Le irás a tirar con perdigones!

– Pero querer que éste cargue con esta barbaridad de arma es un absurdo.

– Lleva unas balas como nueces.

– Anda; súbete eso – dijo Rodrigo.

– No sois nada más que unos teorizantes. Queréis transformar el mundo sólo con latidos de frente. ¡Es necesario derribar a muchos para que llegue lo que nosotros queremos! ¡Los primeros dedos que se muevan mañana deben ser los nuestros!

– Bueno. Trae y no continúes el discurso.

Rodrigo cogió el paquete y se lo puso bajo el brazo.

– Pero ¿te lo vas a llevar?

– ¡Se ha empeñado éste!

– Y tú, mañana, tráete otra, porque si no te cuelgo yo otra mayor.

– ¡A mí qué me vas tú a colgar! ¡Yo no soy lo débil que éste!

– Voy a acostarme. Es muy tarde ya. A las once tendré a Ariza en mi cuarto. Y a la pianista la espero o las ocho.

– La recibirás con el manto de armiño que tenías la otra tarde cuando yo estuve a verte – dijo Luis, sonriéndose.

– ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji!

Mientras que Ángel desaparecía por la

puerta, su carcajada sonó aguda, produciendo dentera, como si en el silencio nocturno unas manos traviesas frotasen dos láminas de cristal humedecidas.

VIII

Era la una y aún estaba el poeta en la cama.

Revolución y amor.

No.

Revolución y hambre de mujer.

Revolución, su pan del espíritu.

Amalia, el pan de sus sentidos.

En el reloj que sobre su mesa de trabajo tosía y tosía, como un cráneo de tísico, eran las cuatro y cuarto cuando el poeta, recién acostado, apagaba la luz para descansar.

Apenas la negrura le cegó los ojos, sonrió indulgente y pensó:

– ¡Qué hombre este Rodrigo!

Y lo volvió a ver con su imaginación, como unos momentos antes, cuando se despidieron en la Gran Vía y desapareció por la

calle de Valverde, la cayada al brazo, encorvado, y el pistolón envuelto en tres periódicos bajo el brazo.

Se recostó del lado derecho. No se sintió cómodo. Se revolvió sobre el corazón.

Ni a un lado ni a otro su cuerpo se moldeaba en la lana.

El colchón estaba hecho de burujones que se le clavaban en los costados, en las nalgas y en las sienes, excitándole los nervios en un desvelo sin fin.

¡Malditas camareras las de la pensión!

Ellas estarían roncando sobre sus blandos colchones, como leños roídos por la carcoma sobre el césped.

Le dieron arrebatos de levantarse, coger el bastón y salir por los pasillos abriendo puertas, para sacar a palos de entre las sábanas a los sirvientes y dueños, hasta que su colchón hubiese quedado como balaguero de pluma de colibrí.

Encendió la lámpara, echó las mantas por allo y se bajó al suelo.

Anduvo buscando con la palma de sus manos los defectos de la cama.

¡Aquella noche estaba perfecta!

Ni una lana del colchón sobresalía de otra; llana, llana.

Nunca había encontrado Luis su cama tan bien hecha.

Aquella Sol de ojos azules y muertos, semejantes a dos úlceras de turquí que poco a poco le fueran devorando el rostro, cada día le arreglaba mejor el cuarto.

Era muy guapa... pero tan delgada, de cabellos tan rubios, de tez tan pálida y tan falta de expresión, que el poeta no se decidió a probarla.

Ella sí. Ella se le ofrecía cotidianamente, arrojando los cadáveres de sus ojos a las llamas orbitarias de él.

Pero las pupilas de Sol no eran como las de Amalia.

Las pupilas de Sol caían sobre las del poeta como dos mares helados, enfriándole la sangre.

Allí de pie, en «pijama», junto al lecho, la rememoró.

Fijó la mirada en la blanca sábana y con la vista comenzó a incubarla para sacar la efigie de la camarera.

—¡Eres una estatua de alcanfor!

Y la borró apenas dibujada.

Quedó la sábana alba y desierta.

La vió tan tensa y de una blandura casi etérea, que creyó, como el abuelo de Ángel

ante aquel río maravilloso, que aquello no era un lecho, sino un pedazo de cielo americano que se divisaba por un taladro que tenía la tierra.

¿Y la blancura?

La blancura era la pechuga de un ave fabulosa, que surcaba el espacio del nuevo mundo en aquel instante.

Ya no le ganaba Caminos al poeta a fantasear.

Y también él tuvo que palpar el lecho, como el abuelo del actor el agua, para persuadirse de que se podía dejar caer sin peligro de sucumbir desplomado en el éter.

Pero ¡para qué acostarse! Le iba a ser imposible dormir.

Se tocó el cuerpo para hallar los burujones martirizadores que no lo dejaban entregarse al sueño.

En él estaban.

Su sangre, de tanta hambre de Amalia, habíasele anudado en las arterias: tumores de carne.

Su alma, de tantas ansias de revolución, habíasele cristalizado en diamantes: tumores de espíritu.

Imposible que su cuerpo pudiera tumbarse

sin que aquellos puños dejaran de darle metidos.

Su sangre pedía por revulsivo los labios y los senos de Amalia.

Y su alma ansiaba el alba, venida de allá de Oriente, que trajera el matiz igualitario.

Los tumores de su sangre tendrían que resolverse con el olvido, porque Amalia ya no volvería más.

Los del espíritu sí, porque era inminente la aurora de la democracia.

Le asaltó una duda.

—¿Nos engañarán Ariza, Roca, Blanco y Romero? ¿Nos estarán utilizando traidoramente y la revolución que nos han prometido sólo se quedará en un movimiento en que la burguesía quede tan poderosa como hoy? ¿Será solamente cambio de mangoneadores lo que persiguen?... ¿Nos engañarán? ¡Si no nos son leales, peor para ellos! ¡No quedarán en la historia sus nombres, como desea Roca!

Sintió destemplanza.

Tocó los radiadores de la calefacción. Frío.

Se puso el abrigo.

Encendió un pitillo.

Abrió de par en par la ventana.

La claridad azulina del amanecer, semejante a agua de colada con polvos de añil, cubría a la urbe.

La plaza del Callao parecía un gran barreño, y las prostitutas que pasaban por ella, de regreso de los cafés de la Puerta del Sol a sus antros de Tudescos, daban idea de canillas humanas, recién roídas, que se movían en aquel fondo para borrarse los residuos de sangre.

La mañana chupaba caramelos de hielo y su aliento abofeteaba al poeta.

Se subió el cuello del gabán.

Cruzó los brazos, y sus manos quedaron atenazadas en sus sobacos.

Simultáneamente dirigió la mirada al espacio.

Dos estrellas latían, semejantes a dos ojos que, sacados de sus órbitas, se deshicieran en destellos de odio.

Más a Poniente, una luna en menguante tocaba con el vértice de una veleta, como el bigote de un rufián baratero que, arrancado de su labio, lo pasearan con mofa en la punta de una lanza.

Luis sonrió codicioso y cerró la ventana.

Tomó de la mesilla de noche una tableta

hipnótica y, después de tragársela, se volvió a acostar.

Apagó la luz.

Era la una y aún estaba el poeta en la cama.

Con sigilo se abrió la puerta, y la cabeza de Sol se hundió tímidamente en la oscuridad de la alcoba.

—Señorito Luis, señorito Luis. Que es ya la una.

El señorito Luis era un pijama relleno de yeso.

La joven dió con los nudillos unos golpecitos en la puerta.

Nada sacaba del sueño al poeta.

Encendió la lámpara.

—Es muy tarde. Despiértese usted. Despiértese.

Ni las suaves sacudidas, ni la voz de Sol tenían potencia para arrancar al poeta de aquel banco de una plaza pública en donde se hallaba en tales momentos. Estaba dirigiéndole la palabra a la multitud. No era discurso retórico el suyo. Ni discurso de ningún estilo. Los discursos son palabras, y el poeta

no soltaba palabras. Hojas de cuchillas iba fundiendo con su lengua al rojo, que, al chocar con el aire, sonaban como mandobles sobre cabezas de estulticia. Simientes de una especie de hombres nuevos iba boleando con sus labios, que, al chocar con el aire, sonaban a libertad y trabajo.

Y hablaba y hablaba, rayando el aire con su dedo índice erguido. Algunas veces adelantaba sus brazos hacia la muchedumbre, y sus dedos manteníanse rígidos, perpendiculares, para después tambalearse en todas direcciones, como esos polichinelas cuyos cuerpos son manos de truhanes. Entonces era cuando pronunciaba una frase sarcástica. Quedábase unos segundos en silencio, con aquella mueca suya de sátiro y víbora, para ver cómo su frase mordía en los oídos de la muchedumbre.

Y era como un milagro, como un milagro de virtud venenosa, el mordisco de sarcasmo en los oídos del monstruo policéfalo: todos los rostros enrollaban los labios, sacaban los dientes y tomaban la misma expresión del poeta.

Más que la expresión: el monstruo se quitaba sus miles de cabezas, cambiándola por una idéntica a la del poeta.

Los hombres aullaban. Los aullidos sonaban a andrajos desgarrados.

Ángel estaba muy cerca, sobre un caballo, oyendo a su amigo.

Y sobre un caballo blanco, como el que llevaba su abuelo cuando atravesó el Chaco.

Pero el de él no tenía la piel impoluta: chafarrinadas de sangre hacían a su bruto opositor a cebra.

Estaba destocado el actor. Por su cara no se sabía si lloraba o reía.

Llevaba un pañuelo malva anudado al cuello. Una chaqueta azul. Unos pantalones blancos, de franela; una pernera bajábale hasta el zapato y otra apenas si le llegaba a la rodilla.

A sus manos cubríanlas unos guantes hueso.

Se destacaba como un monigote de mofa.

Verlo daba temor, risa, tristeza, alegría, odio y cariño.

Era como un maniquí en donde hubieran estado colgados los disfraces, todavía calientes, de los actores de una tragedia.

Ariza, Roca, Romero y Blanco, a la espalda del poeta, muy fatigados, le escuchaban con lloro silencioso.

Rodrigo, con la pistola liada en los perió-

dicos debajo del brazo, decíale al oído de vez en cuando:

–Mata, pero no construyas.

De toda la multitud Amalia era la persona que tenía más próxima.

Llevaba el abrigo de gacela, pero con muchos desollones. El turbante verde se le había ido atrás, dándole cierto aire de descoco que contrastaba con su gesto de admiración.

La joven decíale a una mujer del pueblo que llevaba los bolsillos del delantal llenos de piedras:

–¿Lo ve usted, tan delgadito que parece que no es nada? ¡Tiene el talento más grande del mundo! ¡De valiente no hay otro! ¡Y cuando me agarra en sus brazos para besarme es un gigante loco!

Hacía frío.

Eran más de las diez de la mañana y el sol no tenía prisa en salir.

El poeta hablaba y hablaba:

–¡Y ahora es cuando empieza nuestro gran esfuerzo! ¡El triunfo de este avance no significa nada mientras la democracia no esté en dictadura sobre la tierra! ¡Ahora nuestras energías necesitan repartirse por todo el mundo! ¡Hay que convencer al que no lo esté de que nosotros no vamos contra la

propiedad individual! ¡A lo que vamos nosotros es a imponerla! ¡Veo en casi todos los rostros un gesto de extrañeza! ¡Que no os extrañen mis palabras! ¡Sí! ¡Oídlo bien! ¡Nosotros vamos tras la propiedad individual, porque jamás ha existido! ¿Queréis decirme de qué es dueño el hombre en este régimen que ya se hunde en el abismo? ¡En una sociedad en la que el hombre tiene amos, nadie es dueño de nada! ¡No hay amo que no tenga sobre él centenares de amos! ¡No se diga de los siervos netos! ¡No son los hombres dueños de las cosas, sino las cosas de los hombres! Todos sabéis que decía Proudhón: «La propiedad de un robo.» Yo os digo: la propiedad es una mentira. Yo, desde aquí les digo a los ricos: ¡no sois dueños de nada! ¡Usufructuáis, sí, criminalmente la posesión de criaturas, tierras, aguas, comercios y fábricas! ¿Pero la verdadera propiedad? ¡No! ¡Porque si fueseis dueños de todas esas cosas, no existiría fuerza que os las pudiera arrebatar y nosotros os las hemos arrebatado esta mañana! ¡Id a los abogados, a los notarios, a los registradores de la propiedad y a los jueces en reclamación de vuestros derechos! ¡Si han perdido también ellos el usufructo de sus profesiones! ¡Pro-

fesiones de las que haremos uso nosotros por orden de la justicia! ¡Que le quiten a un hombre la mirada y el corazón para que de ellos se sirva otro ser! ¡Esas son propiedades inmutables de los hombres! Hagamos que todas las riquezas de la Tierra sean nuestras como nuestra misma vida! ¡Y seremos propietarios de ellas cuando cada hombre sea dueño de sí! Yo desde aquí, le aconsejo a la ex aristocracia y a la ex burguesía que no conspiren contra nosotros, sino que sean nuestros colaboradores, puesto que ellos son los grandes fanáticos de la propiedad individual. Ya veis en mis palabras ironía. Veis en mis palabras malicia. Pero ¿quién me sujeta? ¡No quiero callarme! ¡Hablaré lo que me dé la gana! ¡Mi palabra es ya soberana!

Y el poeta abrió los ojos y vióse preso de las manos pálidas de Sol.

– Señorito Luis, que es tardísimo.

– Pero ¿no eres un guardia?

– ¿Un guardia?

– ¡Qué lástima que no lo seas!

– ¡Qué señorito Luis este! No sabe ya qué inventar para despreciarme.

– ¿Qué hora es?

– Más de la una.

–¡Idiota! ¿Cómo no has llamado a la hora que te dije?

–He estado aquí varias veces. No me ha oído usted ninguna; ¡dormía usted tan ricamente!

–¡Abre la ventana!

La luz del día entró en la alcoba.

Sol quedóse apoyada a los pies de la cama.

–¿Quiere usted una tacita de café?

–¡No estás mal, Sol!

–¡Y no le gusto a usted! El capricho de usted es la señorita Amalia.

–No estás mal. Eres mona. ¡Si se desprendiera de ti más pasión! ¡Pero eres tan fría, chica! A lo mejor es que los hombres... no son tus caminos. Quizá a ti te guste andar... por las veredas.

La joven se ruborizó.

–Esas dos rosetillas te hacen gracia.

–Es usted muy venenoso.

–Sé franca: ¿te gusta la austriaca?

–¡A ver si se va usted a figurar que yo no soy hembra!

–¿Quién te gusta a ti?

–Usted.

–Ven. Siéntate aquí.

– ¿Para qué?

– Para sacarte brillo en los ojos.

– ¿Qué va usted hacer para sacarme brillo en los ojos?

– Ven y lo verás.

– ¿Para qué me voy a sentar ahí? Usted no puede sacarme brillo en los ojos a mí.

– ¿Que no?

– No. De la única forma que podría usted sacarme brillo en los ojos, sería queriéndome como quiere usted a la señorita Amalia.

– Ven, que te quiero más que a la señorita Amalia.

– ¡Tontín!

– Lo que pasa es que estás ya apagada de tanto como has ardido.

– No, señor. Le juro a usted que no. No sé el placer que puede dar un hombre.

– ¿Quieres que yo te lo enseñe?

– Si usted me quisiera a mí de verdad, sí. Mejor que con ningún hombre del mundo.

– ¿Por qué eres tan helada?

– ¡Porque he nacido así! ¡Qué vamos a hacerle!

– Siéntate aquí, que me gustas mucho hoy.

– Vaya, me voy a sentar.

– Qué redonditos los tienes. Mira: me caben en el hueco de la mano.

– ¿Es que a usted le gustan grandes? ¡Pues la señorita Amalia no los tiene más!

– Si a mí me gustan así: chiquitos.

– ¡Que me hace usted daño!

– Eso quiero yo: que te duela.

– ¡Qué malo es usded!

– Dame un beso.

– Qué tontería.

– ¡Dame un beso!

– Vaya: tome usted.

– Muérdeme los dedos. Agacha la cabeza que te vea la nuca.

– Bueno, bueno: ¡que no soy tan tonta!

– ¡Anda!

– ¡Pero si se está usted riendo de mí! ¡Si yo a usted no le gusto!

– ¡Me tienes ligado!

– Y eso de ligado, ¿qué es?

– Pues... que yo no puedo acercarme a ninguna mujer nada más que a ti.

– ¿Y ha venido a darse usted cuenta hoy?

– Trae la mano y verás cómo tengo la cara.

– Sí; un poquito caliente.

– ¿Un poco caliente nada más?

– No; la tiene usted bastante. Y yo, ¿cómo estoy?

– Vuelve la cabeza y mírate al espejo.

– ¡Ay, qué encarnada! ¡Qué vergüenza!

¡Qué locura estoy haciendo! ¡Yo me voy! ¡Me voy!

Él le tiró de un brazo.

– Pero ¿para qué me quiere usted aquí?

– Acuéstate.

– No, no. Yo me voy. ¡Esto es una locura!

– Acuéstate.

– «Acuéstate»; como si yo fuera una de esas perdidas de la calle. ¡No me hable usted así, que me da pena!

– ¿Es que no se acuestan con los hombres nada más que esas perdidas de la calle que tú dices?

– ¡Ah! Yo no sé de eso.

– ¡Qué inocente eres!

– Ni inocente, ni nada. Yo sé que se acuestan las mujeres con sus maridos. ¿Es que me va usted a hacer su mujer?

– Acuéstate.

– No... No.

– ¡Qué tonta! Estás temblando.

– Me da usted mucho miedo.

– Dirás gusto.

– No, no: miedo, miedo. Se lo juro a usted.

– ¿No dijiste antes que yo te gustaba?

– ¡Ah! ¡Ha sido una broma! Ahora tengo mucho miedo. Déjeme usted que me vaya.

–Vete.

–¿Se va usted a enfadar?

–¡Pues claro, idiota!

–Si yo quiero...

–¡Pues entonces!

–¿Y después?... Usted se queda tan tranquilo, pero una sufre la desgracia. Ya bastante ha habido en casa con Carmen.

Sol hablaba, estrechándose y estrechándose más y más a él, con una mezcla de amilanamiento y pasión erótica.

Al poeta habíasele caído por la frente su característico mechón y ella, entre palabra y palabra, deshilachábaselo cabello a cabello.

Hubiérase dicho que en cada yema de los dedos llevaba un corazón, porque le latían como entrañas.

Él, machacado por las palpitaciones de los dedos de la joven, se entregaba a un éxtasis de lujuria perversa.

De repente sonó un timbre.

Ella hizo como para acudir al llamamiento.

A un leve tirón de él cayó sobre la cama.

Con voz muy débil:

–No salgas a abrir.

Más débil aún:

–No salgo.

La cabeza de la mujer había quedado sobre la del hombre.

Hurgándole él los senos continuaron raspando el acento de sus palabras casi hasta lo imperceptible, que apenas si se les sentía:

–¿Con cuántos hombres has estado así?

–Con ninguno.

–¿No has besado nunca a ningún hombre?

–Besos, sí. Pero sin gusto. Como yo estoy ahora mismo contigo, con nadie.

–¿No temes perderte?

–Siendo tú mi perdición, no.

–¿Ni a verte tirada por las calles?

–Ni a verme tirada por las calles.

–¿Ni a que yo te dé una enfermedad?

–Yo quiero que tú me arrastres por las calles y me enfermes.

–Si por ti no, por tu madre, ¿no lo temes?

–¡Mi madre!

–¡Dime ahora que la odias!

–La odio.

–Quiero yo que le hagas sufrir.

–La mataré por ti. Pero anda. ¿Por qué tardas tanto? ¿Es que no tienes ganas? ¿No te gusto?

–Qué hermosos se te han puesto los ojos.

–¡Adulador!

Se abrió violentamente la puerta.

Volvióse a cerrar con rapidez.

La figura de Sol quedó transformada en la de Ángel Caminos.

– ¡Qué oportuno!

– ¡No lo sabes bien, Luis! ¡Todo se ha ido por tierra! ¡El fracaso es nuestro destino! A Romero, a Blanco y a Ariza los ha detenido ahora mismo la Policía. A nosotros nos andan buscando. Esto es desolador. ¡Estoy loco! ¡Voy en seguida en busca de Roca para ocultarlo! ¡Es nuestro hombre! ¡Y hay que salir a la calle tirando bombas!

– Pero ¿es verdad lo que dices?

– Sí, Luis.

El poeta blasfemó.

Echóse al suelo. Púsose a pasear descalzo.

– ¡Aquí hay un delator! ¡Aquí hay un delator! ¡De todo, de todo, estaba enterada la Policía! ¡En el registro que han hecho en casa de Blanco iban a golpe seguro! ¡Saben cosas que nadie sabía más que nosotros! ¿Quién se las ha dicho?

El poeta se detuvo. Frunció el ceño. Echóse por alto su mechón. Se aproximó al actor. Dejándole caer una mano sobre un hombro, le dijo:

–Esto que me vas a oír ahora no es que yo te esté hablando: es que lo estoy pensando. Como no es cosa que te digo, sino que sólo la pienso, haz cuenta de que no la oyes y olvídalo en seguida: ¡Amalia nos ha delatado! ¡La responsabilidad del descubrimiento del complot es mía! ¡Soy un imbécil! ¡Las mujeres, las mujeres!

Y se frotaba colérico las manos.

–No hago comentarios porque me has dicho que me hiciera la cuenta de que oía y no he oído. ¡Pero de Amalia nunca me he fiado!

–¡No me hables, Ángel! ¡De esto ya no quiero oír ni una palabra más!

–¡Ni una palabra más, Luis! ¡Pero esa era una espía!

–¡Que quede esto entre nosotros oculto para siempre!

Se abrió la puerta. Apareció Rodrigo, diciendo:

–¿Estáis enterados?

–¡Estamos enterados! –exclamó el poeta.

–¡Entre nosotros tiene que haber un delator!

–No debemos pensar mal de nadie hasta que las pruebas lo descubran –manifestó el poeta.

–Yo no doy nombres, pero te aseguro que una mujer nos ha delatado.

–¿Amalia? –interrogó el poeta.

–¿Amalia? –preguntó extrañado Rodrigo.

–Como dices una mujer...

–¡No! ¡Puedes estar tranquilo! ¡Amalia es una mujer leal! ¡Amalia es una gran mujer! ¡Yo me refiero a otra mujer!

IX

Abortó el movimiento revolucionario.

En la cárcel no quedaban ya celdas de detenidos políticos, y muchos de los encartados estaban en las de delitos comunes.

Había un delator. Pero su nombre permanecía en el misterio.

La calumnia hacía sus nidos en las bocas mohosas de los hombres tenebrosos, e incubaba alimañas que salían volando contra los pechos diáfanos de los hombres íntegros.

Amalia estaba descartada. Pruebas y pruebas infalibles habían lavado al poeta las sospechas.

El que no estuviesen en la cárcel Ángel, Luis y Rodrigo, tenían asombrados a los que conocían la intervención de ellos en la conspiración.

Eso tenía loco a Ángel.

A Luis y Rodrigo, más serenos, no les inquietaba tanto.

Ellos sabían que eran leales y fanáticos por la idea.

Úlceras de vileza le saldrían a aquel que lo dudase.

Sin embargo, en algunos momentos, les preocupaba aquella excepción que con ellos se hacía. No acertaban a qué atribuirlo.

Se imaginaban que pudiera ser táctica policíaca.

A Roca no lograron detenerlo. No sabía nadie dónde paraba.

Pasaban las semanas.

Se hacían nuevos trabajos para reincidir en el movimiento.

El poeta, entregado por completo al ideal político, habíase olvidado de Amalia.

¡Revolución! ¡Revolución! ¡Imperio del trabajo! ¡Muerte del capital! Eran esas las voces que retumbaban dentro del poeta.

Casi, casi, dormía por completo su frenesí sensual.

Un mediodía, al regresar a casa, se encontró una carta sobre su mesa de trabajo.

Rasgó el sobre y llevó su mirada a la firma.

Se puso pálido, nervioso, y echóse por alto el mechón.

La carta era de Amalia.

Leyó:

«Luis: Recordarás que mi salida de Madrid fué de noche. Pasé todo el viaje en una vigilia horrible. ¡Siempre aguardando el amanecer! ¡Pero el amanecer no venía! Entré en Barcelona de noche. ¡De noche cerrada! ¡Sin una estrella! Más de un mes llevo esperando a que salga el sol; pero el sol no despunta. ¿Es que ha desaparecido para siempre? ¡Yo me muero de frío, y ando por todos los sitios ciega, ciega! ¡No puedo más! Mañana saldré para ésa. ¡Parece mentira que seas tan negro y calientes e ilumines tanto! Todo lo que me has pedido y has deseado, yo te lo daré. ¿Tendrás resistencia para aguantar esta pasión que llevo empantanada dentro de mí?

Espera a tu

Amalia.»

El poeta releyó tres veces la carta.

La miraba por todas sus caras como a una joya con la que se recrease en arrancarle irisaciones a la luz del sol.

Orgullo de hombre enturbiábale los ojos.

Sus pupilas, faltas de transparencia, habíansele puesto opacas y grises.

Con super-hombría arrojó la carta sobre la mesa.

Una sonrisa malévola le petrificó los labios.

Pero aquellos dos frisos de piedra en los que había quedado su boca, viéronse rotos al estallido de un barreno, produciendo este estrépito de palabras:

—¡Lo que te voy a hacer padecer!

X

Luis se comía el pitillo en un gabinete de la pensión aguardando a Amalia.

–A las siete en punto me aguardas, ahora déjame que me vaya a la cama. ¡No te enfades, monín! Cenaremos juntos y después adonde tú quieras. Pero que sea un sitio reservado en donde podamos hablar ¿sabes? Necesito decirte muchas cosas, muchas. Tengo que confesarme contigo y después tuya para siempre. ¡Hasta las siete!

Esas palabras las pronunció Amalia de regreso de la estación, desapareciendo por el pasillo.

Ya se disponía Luis a salir para darle unos golpecitos en la puerta, cuando ella entró al gabinete:

–¿Estás muy enfadado?

– Tú veras.

– Sí, hijito, es muy tarde. Te he hecho esperar mucho. Pero tú me perdonas ¿eh? Estaba rendidita. ¡Desde la noche que salí de aquí sin pegar un ojo! Anda, vamos a almorzar.

– Almorzaremos fuera.

– Bueno.

– Ponte el sombrero y vámonos. ¡Es un ambiente tan estúpido el que se respira en ese comedor!

– ¿Por qué les tienes esa antipatía a los artistas?

– ¡A esa gentuza les llamas artistas!

– Aguárdame unos momentos.

– ¡A ver si esos momentos son media hora, porque tú las gastas así!

Fué exacta. Cinco minutos no tardó en presentarse ya dispuesta para echarse a la calle.

– ¡Qué! ¿Me he arreglado pronto?

– ¡Regular, regular!

– ¿Adónde vamos?

– Donde quieras.

– ¿Te parece bien el Nacional?

– Sí. Me gusta. Hay unos departamentos con mucha independencia para poder hablar.

Los labios del poeta rivalizaban con el mo-

tor del taxi que los llevaba al Nacional: por cada explosión un beso a Amalia.

Arrinconada en un ángulo del coche la devoraba.

No hablaban.

Sobre los senos de ella las manos de él eran como dos medusas adheridas a dos perlas enormes.

Apretaba y apretaba bárbaramente. Pero los senos iban por grados endureciéndose más y más.

Porque la fiebre lo aturdía, no notaba el poeta el dolor en los dedos.

Corría el auto por el Prado.

Le cogió ella el mentón a él, apartándole el rostro.

Una sonrisa maliciosa se advirtió en la faz de la joven.

—¿En qué piensas?

—En nada, nenito.

—No me engañes. ¿En qué piensas?

—En ver lo canallita que eres.

Y le apartó de la frente el mechón:

—Dime la verdad. ¿De qué te ríes?

—Cuando estemos almorzando te lo diré.

—Dímelo ahora.

—No te imaginarás que es de ti.

—¿De quién?

–No te pongas tonto. Ahora te lo diré.

–No me pongas nervioso y dímelo.

–¡Qué impaciente eres, chico! No quiero verte preocupado; es que pensaba en que si Raimundo nos viera...

–¿Raimundo?

–Raimundo.

–¿Y quién es Raimundo?

–Pues... mi propietario.

–¡Sinvergüenza!

Y con el revés de la mano le dió en la boca.

Quedaron separados.

Él, con el ceño fruncido, mirábase las uñas.

Ella vertía lágrimas, silenciosa.

Se detuvo el auto.

Apeáronse remisos.

Bajaron por la escalera de azulejos, tambaleándose como borrachos.

Entraron al restaurant.

Era en pleno verano y los ventiladores revoloteaban semejantes a pajarracos que llegaran de Siberia.

Torsos de arlequines decapitados, sin brazos, y cercenados por la cintura, daban la sensación de ser aquellas pantallas de cristales policromos, incrustadas en las columnas de nogal. La luz se transparentaba por ellas lo mismo que sangre muerta de ero-

tismo rojo, verde, violeta, dorada y azul.

Una música absurda americana tocaba. A veces acercábase a las orejas para hablarles quedo con gran secreto y otras gritaba como pastores vociferando sobre las cumbres: sugerencias de todos los sonidos; muchedumbre de espectros de todas las voces.

La orquesta era un cementerio en el que sus cadáveres resucitaban por un milagro de arte.

El centro estaba casi desierto.

Los departamentos veíanse ocupados. Parejas y parejas se secreteaban, bebían, fumaban y comían. Daban la idea de pares de jirafas metidos en jaulas de cuadras de reyes.

Era paradójico ver a los camareros, de frac, servir y circular con las carretillas de la comida.

En aquella copa de vermut de vicio, que formaba el salón, los camareros vestían el uniforme de mayor jerarquía burguesa.

Un comunista hubiese visto en los camareros a unos señores que quitaban los platos sucios a las bestias que pacían sobre las mesas

Todo artificial, todo desrealizado: personajes, escenario, música, luz y hasta los corazones.

Afirmación de la doctrina nihilista.

Nada en la Naturaleza es bello ni bueno, y el hombre huye de ella y hasta de sí mismo, horrorizado, por el camino de la Civilización, refugiándose en las caricaturas de papel que recorta con su ansia de perfección.

Una pareja de muñecos grotescos representaban Amalia y Luis.

Romeo y Julieta por la ruta de la Civilización huyendo del alba, de la alondra y de sus propios corazones, amparados en la mofa de la caricatura de trapos pintados de la Naturaleza.

Sí. Amalia y Luis eran Julieta y Romeo en su rodar eterno por el mundo. Iban por el kilómetro: «Año 1926.»

Llevaban el espíritu suicidado, todo materia en retorcimientos morbosos.

Iban como cantando:

«¡Oh amor, amor! ¡Te hemos asesinado! ¡Ya no somos aquéllos a quienes juntaste los corazones hasta fundírselos en uno solo, hace ya siglos, para después separárselos bárbaramente amarrados a la cola de los dos caballos de prejuicios que con ojos de aurora y relinchos de alondra galoparon por horizontes opuestos! ¡Oh amor, amor! ¡El progreso te niega! ¡También niega al sol, a la alondra y a la brisa matutina, caricaturizán-

dolos en esa pantalla de colorines, en esa orquesta y en esos ventiladores! ¡Anda, amarra tus caballos a nuestros corazones para separarlos! ¡Ni tienes tú ya aquellos caballos, ni nosotros corazones! ¡Oh amor, amor, te hemos sustituído por una fermentación de nervios!»

Iguales a dos payasos por la pista de un circo, cruzaron por el restaurant el poeta y Amalia.

Él parecía que había adelgazado en media hora. Su traje, de tan ancho, daba la sensación de que se le salía del cuerpo.

Colgábale suelta la cinta de un zapato. Su negro sombrero, sobre las guedejas que le caían por la frente, era como una cacerola de pintura que le chorrease por el rostro.

Ella vestía un traje de crespón malva, de hechura arbitraria. El sombrero, en forma de cono, lo llevaba encasquetado hasta las orejas.

De su vértice salía una plumita celeste y daba la sensación de que despedía un chorrito de agua.

Miraban en busca de departamento.

Se metieron en una de aquellas jaulas tan perecidas a las de las cuadras de los reyes.

– Los señores dirán.

– Sírvanos el menú.

– Mejor es la carta.

– No, no, el menú. Con la carta no sé qué elegir.

– Bueno, traiga el menú.

Estuvieron unos minutos sin hablar, divorciados.

De súbito dijo ella, suplicante:

– Luis, nenito, tenía que decirte una cosa, pero ya me da miedo.

– ¿Quién es ese Raimundo?

– De eso quería hablarte. ¿Verdad que tú no te enfadas? Dime, nenito: ¿tú me quieres de todas formas? Antes de entregarme a ti quería que supieras esto...

– ¡Dime quién es ese Raimundo!

– Raimundo... ¡Te tengo miedo!

– ¡Que me pones nervioso!

– No te enfades, Raimundo es un señor... que corre con todos mis gastos.

– Vaya; tu querido.

– Sí, Luis: mi querido. Sentía, por ti, darle ese nombre...

– ¿Es que te remuerde ponerle los cuernos?

—Si así fuera, no me encontraría a tu lado. ¡Lo que temo es que tú no comprendas las cosas!

– Enséñame tú a comprenderlas.

–No te burles. Yo no merezco eso. Yo he querido que tú lo sepas todo antes...

–Pero ¿quién te pide explicaciones?

–Mi fidelidad hacia ti.

–¡No me confundas con un «pera»!

–Tómame en serio.

–¿Más en serio?

–Sí, Luis, sí. Es necesario que me atiendas con más formalidad. Mejor dicho: con menos crueldad. ¿Me vas a contestar bien a una pregunta?

–Te contestaré bien.

–¿Me quieres?

–Te deseo.

–¿Nada más?

–A mí me es imposible sentir otra cosa.

–Entonces, tú no tendrás celos de ese hombre.

–¡Yo qué voy a tener! ¡Los celos son propios de burgueses y de esclavos! Los hombres libres no sentimos esa enfermedad.

–¿Por qué me has dado en el auto un bofetón al nombrártelo?

–Porque me has dicho que era tu propietario. ¡Eso sí me irrita! ¡Pero no por el amor que te tenga! Con una mujer que me fuera indiferente me pasaría lo mismo.

– ¿Me has dado en la boca nada más que por eso?

– ¿Te parece poco?

– Yo no he debido venirme de Barcelona.

– ¡Romántica!

– Bueno; lo puedes tomar como quieras; ten cuidado de que yo no te vea con ninguna mujer, porque la mato. Ya te dije que yo era una leona para querer. Te quiero pisándolo todo. Esta es la primera vez que quiero en mi vida. En ti tiene principio y fin mi amor. ¡En ti, en ti! Me da lo mismo que tú me quieras o no. ¡Serás mío porque a mí me da la gana! ¡No serás de otra! ¡No! ¡No! ¡No! ¡Sí, ríete! ¡Estás gozando! ¿Verdad? ¡A que doy ahora mismo aquí el escándalo más grande que se ha dado! Conmigo no se puede jugar, nenito. Es mucho lo que yo me he estado resistiendo. Y ahora va a salir aquí todo. ¡Conque me deseas! ¡Tú no tienes celos! Pues los tuyos y los míos los tengo yo. ¡Me puedes! ¡Me puedes!

Y rompió a llorar.

Él sonreía, flemático.

Amalia puso un codo en la mesa. Vuelta de espaldas al salón, descansó la frente en la mano.

Toda su fiereza de momentos antes se transformó en una timidez de mendiga.

La metamorfosis de la neurótica avasallaba de erotismo al poeta.

Sonaba el jaz-band.

—¡Tengo miedo! ¡Tú me has dado algo para ponerme así! Di: ¿qué me has dado? ¡Yo era valiente, y ahora soy cobarde!

Temblaba, encorvada, con las manos en la frente.

Él sonreía, flemático.

De súbito, llevóse la servilleta a los ojos y se los enjugó.

—¿Es que estoy yo loca? ¡No hay en el mundo una mujer más valiente que yo! ¡Te juro que no me has de volver a ver más!

—¿A que no te vas?

—¡Para siempre!

Se levantó y echó a andar.

El poeta quedóse sentado.

Desapareció Amalia.

Pasábanse los segundos.

El poeta se impacientaba.

Quería salir tras ella, pero su orgullo no le dejaba.

Su pensamiento le decía:

—¡Se ha ido! ¡Se ha ido! ¡En mi vida he tropezado con otra! ¡Es la mujer de mi luju-

ria! ¡Sin ella no podré vivir! ¡No debo perderla! ¡No debo perderla! Si no llego a tiempo de echarle mano en la puerta, me iré a la pensión a esperarla. ¿Y si no va, y manda a recoger sus cosas para no encontrarse conmigo? ¡La he perdido para siempre!

Fué ella primero en aparecer que él en levantarse para salir en su busca.

– Vengo por un guante que me he dejado.

– Estará por el suelo.

– ¡Si sabes que es mentira, que no vengo por ningún guante! ¡Cómo me has ganado la mano, ladrón! ¿Por qué me has dejado que me vaya? ¿Por qué no has salido en mi busca? ¡Te voy a tirar un plato a la cabeza a ver si te estremeces!

Habíase sentado y clavábale con ira las uñas en un muslo.

Él, sin poderse dominar, le agarró una muñeca. La miró con descaro, diciéndole entre dientes:

– Te voy a arrancar de un mordisco los labios.

– A que no.

– Dime quién es ese Raimundo.

– Un hombre que te mataría si nos viese.

– ¿Y dejarías que me matara?

– ¡No te burles, que sí que te mataría! ¡Es

un avaro de los más grandes que hay en el mundo! Por un céntimo asesina a su padre. A fuerza de robos y de sordidez ha hecho millones: ¡un burgués de los que a ti tanto te gustan! Pero, tratándose de mí, el oro se le olvida. Yo soy el tesoro que más codicia. A su mujer y a sus hijas las tiene en el campo viviendo como mendigos. Y en mí se gasta todos los miles de duros que yo quiero. ¡Es riquísimo! Un naviero bilbaíno. ¡Ya verás!

– ¿Joven?

– ¡Ca! ¡Un señor de cerca de sesenta años!

– Y ¿cómo quieres tú a un tío así?

– ¡Qué voy yo a querer! Era yo muy chica cuando le conocí. Era amigo de mi padre.

– Pero ¿tú no eres de Barcelona?

– Sí; es que este hombre casi siempre ha estado en Barcelona.

– ¿No te da miedo de que pueda asomar?

– Está en Londres desde unos cinco o seis días antes de conocerte yo a ti. ¡No me hables de él! Otro día te contaré toda nuestra historia. Únicamente lo que yo quería es que supieras mis relaciones con él. Quiero serte tan fiel que no te puedo ocultar nada, nada. ¿Quieres llevarme, antes de que nos recojamos a casa, al Palacio de la Música?

Se detuvo un automóvil a la puerta del Palacio de la Música, y se apearon el poeta y Amalia.

– Lo menos estarán a la mitad de la película, Luis.

– ¡Qué importa!

– Vamos a ver primero qué ponen. Si no me gusta, no entramos.

– ¡Oh, insoportable! ¡Una película de Mussolini! ¡Vente, vente, que esto no es para nosotros!

Y, agarrándola de una mano, echó a andar Gran Vía adelante.

Llegaron a la calle de Alcalá, e impulsado por su hábito cotidiano, se metió en el café Savoia.

– ¿Para qué me traes aquí?

– Están mis amigos.

– Andrés Lara, sastre de príncipes. Lorenzo Moreno, Jesús León, escritores. Ricardo Prieto, poeta. Víctor Pereira, pintor portugués, emigrado por los últimos acontecimientos de su país. La señorita Amalia.

Les cedieron el sitio de preferencia en el diván.

Cuando Amalia y el poeta salieron del café, eran cerca de las tres.

Ya en la puerta, dijo ella:

—Luis: vámonos a Recoletos a esperar a que salga el sol. ¡Hace una noche que da miedo la cama!

—Lo que quieras.

Les despidieron maliciosos los amigos y quedáronse solos.

Ya por la calle del Barquillo, el poeta se detuvo, preguntándole:

—¿Qué pretextos son los que estás dándome toda la noche retardando el ir a casa?

—No, nenito. Esto no es ningún pretexto. Es de verdad, es que me ha dado deseo de ver amanecer. Al café hemos entrado por ti. En él es donde casi nos hemos pasado la noche.

—¿Por qué dijiste en el Nacional que querías ir al cine y no nos fuimos a casa?

—¡Tengo hoy deseos de ver amanecer!

—Todas estas son excusas para que me desespere y te deje.

—¡No necesito de esas artes para desprenderme de ti si quisiera! ¡Tú sabes que soy muy clara!

—¿Y esta mañana cuando llegaste?

—Quería decirte antes lo de Raimundo.

—¡Me lo podías haber dicho esta misma mañana!

—¡Una cosa así no se dice cuando se quie-

re decir! ¡Yo no sabía cómo lo ibas tú a tomar! ¡Y si te perdía!

– Pero si tú estuvieses apasionada por mí, un capricho como ese de ver amanecer, ¿lo ibas a preferir a estar en mis brazos?

– ¡Tú no sabes las cosas de las mujeres! ¡Nosotras dejamos lo que más nos gusta para lo último!

Pasaron todo Recoletos sin hablarse.

Ella habíase quitado el sombrero y lo llevaba en la mano.

Al llegar a la plaza de Colón, él dijo:

– Vamos a volvernos.

– No. Llegaremos al Hipódromo.

– ¡Al Hipódromo!

– ¿Vas muy cansado?

– Con este calor es imposible andar.

– Nos sentaremos en ese banco.

– Eso es muy incómodo. Vente, vamos a buscar unas sillas a la obscuridad de un árbol.

– ¡Quiero que sea en ese banco! ¡Ay! ¡Qué caprichosa estoy esta noche!

– Te habrá embarazado Raimundo.

– ¡Qué asco!

Se sentaron en el banco.

Amalia dió una carcajada.

– ¿Estás loca?

– Puede.

– ¿De qué te ríes?

– ¡Estoy muy nerviosa! ¡Echaría a correr y me pondría a morderles en los troncos a los árboles!

– ¡Has venido de Barcelona chiflada perdida! ¡Qué bestia estás esta noche!

– Oye: ¿me habré transformado en una bestia? ¡Tengo en mí todos los deseos de ellas!

– ¡Revuélcate ahí en la tierra!

– ¡Me revolcaría! ¡También iría como dándole coces a todos los que quedan sentados en las sillas!

– ¿Sabes que me estoy contagiando de tu bestialidad?

– ¡Qué gusto! Pero ¿por qué me dices eso?

– Porque también me liaría a darles coces a toda esa gente.

Ella le cogió de las manos mirándolo con insolencia.

– Estás ardiendo – dijo él sonriéndose.

– ¡Cómo te estás dominando! ¡Has de ser tú el que dé el primer beso! ¡Desde esta mañana en la estación estás aguardando a verme con el juicio perdido! ¡El hombre ha de ser siempre el primero en decir: no puedo más!

– ¡La mujer!

–¡El hombre!

–¡La mujer!

–¡Bueno! ¡Bien!... ¡La mujer! ¿Me vas a dejar que haga todo lo que yo quiera? Anda, dame gusto en todo. Dame palabra de que no te vas a enfadar.

–No me enfado.

–¿Y te vas a estar quieto?

–Pero ¿qué vas a hacer?

–¡Estoy muy caprichosa! ¡Estate quieto, monín!

–Me voy a estar quieto.

–Mira: ahora tú eres la mujer y yo el hombre. ¡No te lo quites, no te lo quites!

Amalia había cambiado de sombrero con el poeta.

–Dame el bastón para parecer más hombre.

Comenzó a pasear por delante de él.

Silbaba, dándole vueltas entre sus dedos al bastón.

Luis la miraba. Una sonrisa lúbrica se le desbordaba por los labios como un abanico de agua salido de una gárgola. Con el sombrero de ella en la coronilla permanecía mudo e inmóvil enfermo de una parálisis de voluptuosidad.

En un ademán donjuanesco, llevándose las

manos a la cabeza, dijo ella en tono declamatorio:

–¡Señora doña muerta de mi vida! Señora: ¡resucita y ven a tu galán y entiérralo a besos!

–¡Te ha hecho gracia la frase del portugués!...

Y Luis, levantándose, la estrechó en sus brazos.

Habíanse olvidado de que estaban en la calle.

No pasaba nadie. Algunos autos cruzaban en todas direcciones.

—¡Aprieta y párteme en dos!

–¡Estás muy bien con ese sombrero!

–¡La mujer ha de ser la primera en besar! ¡Dame un beso en esta mejilla y ábreme una llaga!

La suspendió, diciéndole:

–¡Te voy a llevar así hasta casa!

–¿Por qué no hiciste esto esta mañana cuando me bajé del tren? ¡Cuánto has necesitado! – musitó ella, entornando los ojos.

–No puedes más ¿verdad?

–¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Y Amalia temblaba entre sacudidas, acostada en los brazos del poeta.

Aquellas carcajadas insolentes no se callaban en su boca.

Él le daba besos frenéticos en los ojos.

Las carcajadas de Amalia ponían les a los árboles las hojas de punta.

Él se rindió de besar y sus brazos se negaron a soportar por más tiempo el peso.

Ella había quedado muda y jadeaba.

El banco les recibó como la barra de un trapecio a dos clowns.

Los dos apenas quedaron sentados, arrojaron al suelo los sombreros.

Amalia reclinó la frente en un hombro de Luis:

– Nenito, llévame a casa.

– Esperaremos que pase un taxi.

– ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Hubiérase dicho que del banco salía una mano haciéndole cosquillas en los costados a Amalia.

De repente se levantó. Cogió el sombrero del poeta y le clavó una pierna hasta la rodilla. Simultáneamente, con la otra pierna, hizo lo mismo con el suyo.

– ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

El poeta se levantó, agarrándola por los brazos.

– Llévame a casa, nenito.

Colgada al cuello de él, lo besaba y lo besaba.

– Por allí viene un auto. Quítate eso aros de las rodillas, que se va a figurar el chófer que estamos borrachos.

Cuando el sereno les abrió la puerta, amanecía.

Comenzaron a subir y a subir escaleras.

Las ansias de llegar no dejaba a la fatiga montarse en las espaldas de los amantes.

Ya en un rellano de los últimos, Amalia se detuvo.

– ¡Qué guapo eres!

– ¡No gastes tiempo! ¡Sube!

– ¡Ha llegado lo que yo he estado evitando desde que te conocí!

– ¡A la fuerza!

– ¡A la fuerza! ¡No te lo niego!

– ¿Y si yo ahora no quisiera?

– ¡Tienes que querer! ¡Estás rabiando tanto como yo!

– ¡Sube!

– ¿Y si yo ahora no quisiera?

– ¡Sube! ¡Mira que va a ser aquí, en ese suelo!

– ¡Anda!

– ¿Aquí?

– ¡Sí!

– ¡Puede pasar alguien!

– ¡Nos tendrá envidia!

Estaban junto a una ventana.

La claridad era bastante.

Enfrente había un solar y se veía horizonte largo.

– ¿No subes?

– ¡Ha de ser aquí!

– Pero ¿lo dices de verdad?

– ¿Es que puedo yo ahora mentir? ¡Ha de ser aquí! ¡Porque no me da deseo de que nos abracemos para tirarnos por la ventana y que sea por el aire!

– ¡De esa forma va a ser!

Y fué a estrecharla entre sus brazos, loco de erotismo.

– ¡Aguarda, amor mío! Déjame así... un poco más – le tenía agarrado el mentón y con la otra mano le mesaba los cabellos –. Prométeme una cosa, para que seas ya mi amor perfecto.

– ¿Qué me falta?

– ¡Lo que puedes tener si quieres! ¡Prométeme que lo tendrás!

– ¡Habla!

– ¡No quiero que escribas más! ¡No quiero que seas poeta! ¡No quiero que le hagas gozar a la gente con tu trabajo! ¡Oye, Luis: yo odio a la humanidad más que tú! ¡No hagas más que daño, daño! ¡Eso es lo que yo hago hace mucho tiempo!

– ¡Sube!

– ¡Será aquí, pero ahora cuando yo quiera, cuando te vea perfecto para mi gusto! ¡Todo el placer que tú puedas dar ha de ser para mí sola! ¡Todo el que pueda salir de mí será para ti! ¡Déjate de revoluciones y de literatura! ¡Yo quiero que seas ladrón! ¡Sí, ladrón; que robes! ¡Yo he vivido mucho tiempo de eso! ¡Ay, vida mía! ¡Da mucho gusto robar! ¡Yo he vivido en casi todas las capitales de Europa desvalijando burgueses! ¡Dime que tú también te vas a hacer ladrón!

– ¡Sí, me voy a hacer ladrón!

– ¿Y matarás?

– ¡Mataré!

– ¡Pero nada más que a mujeres, porque a los hombres los mataré yo!

Ya las últimas palabras las balbuceaba entre los brazos del poeta.

– ¿Matarás muchas mujeres?

– ¡A todas! Y tú, ¿matarás muchos hombres?

– ¡Hasta que quedes tú solo en el mundo!

Ella hablaba embozada en la boca de él y él en la boca de ella.

XI

Ni Amalia mataba hombres ni el poeta mujeres. Ni tampoco robaban.

Todo el frenesí homicida que se les desencadenó en la madrugada de la primera cópula fué un bloque afrodisíaco que cayó sobre ellos, aplastándolos contra el rellano de la escalera.

Muertos los dos por un accidente de erotismo, sus espectros eran los que andaban por el mundo.

Dos mangas de vapor, de magnetismo opuesto, emanadas del charco de sangre de sus cuerpos rotos, eran Luis y Amalia.

Siempre que se ponían en contacto, se condensaban en una nube furiosa.

Relámpagos rojos serpenteaban por la piel de ambos a las garfadas de sus manos coléricas.

Truenos de insultos salían desgarrados de las bocas de la vesánica pareja.

Todo era motivo de lucha encarnizada.

Cuando sus manos se cansaban y la garganta se les enronquecía, dábanse mordiscos en silencio, pero en un resuello salvaje.

Entonces llegaba la rendición, y la mujer caía de rodillas a los pies del hombre.

Hacía de sus brazos un anillo y se lo ceñía a las piernas, lamiéndole los rasguños sangrantes de las manos:

—¡Perdóname, perdóname! ¡Quémame las uñas! ¡Coge tierra de las calles y ciégame la boca! ¡Sácame los dientes poco a poco, con un destornillador, como si fueran tuercas! ¡Hazme todo lo que quieras, que yo lo aguantaré! ¡Puedes hacerme lo más horrible! ¡Hombre, hombre, hombre! ¡Nadie puede contigo! ¡Qué indómito y qué fuerte eres!

Él daba un respiro grande, tragándose casi todo el aire de la estancia.

—¡Quita de aquí, puta!

Y con un empellón en la frente la rechazaba.

Amalia quedaba tendida en el suelo en una mueca suplicante.

El poeta crecía hasta duplicarse de tamaño, y tomaba las líneas de una escultura helénica.

–¡Qué tía más asquerosa eres! ¡Sal ahora mismo de aquí! ¡Que te tiro por la ventana! ¡Sal, sal, y que no te vuelva yo a ver más!

–¡No me eches! ¡Yo no puedo vivir sin ti! ¡Perdóname, perdóname! ¡Quiero quedarme ciega de castigo!

Y se arrastraba, ondulando, por las losas, y llegaba a las plantas de la efigie estatuaria.

Besábale los zapatos.

Dirigíale él una mirada de desprecio.

Ella, en una contracción de nervios, quedaba rígida, acostada boca abajo en el suelo y con el mentón sobre la puntera de los acariciados zapatos.

Si se hubiese medido la largura de cada uno de los amantes en esos instantes, ni un milímetro habría habido de diferencia.

Iguales, iguales.

–¡No me babees los zapatos, que me vas a ensuciar y voy a quedarme pegado al suelo!

–¡Písame la cabeza y verás cómo no me revuelvo!

Quedaba desarticulado aquel ángulo que por unos segundos habían formado los amantes: ella tirada en el suelo, conteniendo el llanto en un gesto idiota, y él sentado en la cama, revisándose las heridas.

Amalia ya no podía más y estallaba en un llanto de vencida.

Luis, a la música del dolor suplicante, se erguía piadoso, encorvando la espina para consolar a la débil hembra:

– ¡No llores, Amalia! ¡Ya sabes que cuando te oígo llorar me desarmo! ¡No me gusta verte llorar, nena!

Y la acariciaba.

– ¡Somos unos locos! ¡Tanto como nos queremos! ¡Oh, qué pena que nos mortifiquemos así!

– ¡No sufras, tonta, que esto ya no nos volverá a pasar más!

– ¡No nos volverá a pasar más aunque tú me des cuchilladas! ¡Yo, mientras, te besaré las manos!

– ¡Qué mujer tan enorme eres!

– ¡Tú sí que eres un hombre!

Arrodillábase él y ella se le colgaba al cuello.

Besos en los ojos le daba Luis a Amalia, bebiéndole las lágrimas.

Ella suspiraba en la máxima fragilidad femenina.

Él comenzaba a acariciarle el lomo como a un gato y ella se descolgaba, se descolgaba hasta dar suavemente con la cabeza en

el suelo, y estirábase en contorsiones lúbricas, al tiempo que gritaba entre hipos de llanto:

—¡Ay, qué alegría! ¡Qué alegría! Lo que me haces gozar, amor.

Él pronunciaba frases salvajes de erotismo, en una locura furiosa, estrujándola entre sus brazos.

Íbanse abrazados al lecho y venía la posesión reconciliadora.

Una, dos, tres, cuatro, cinco y hasta seis luchas al día con todos sus tiempos.

Pasaban los meses en ese batallar.

El poeta comenzó a toser y sus ojeras a descolgarse como vientres grávidos.

Y Amalia iba, poco a poco, tomando aspecto de alimaña de cementerio.

XII

Amalia y Luis continuaban viviendo en la misma pensión, cada uno en el cuarto que tenían al instalarse.

Transcurrió más de un año desde la tarde en que se vieron la primera vez en el comedor.

Una mañana le dijo Amalia al poeta:

– Ha llegado la hora de que me demuestres lo que me quieres.

– ¡Siempre con bobadas!

– No son bobadas. Es una cosa muy seria para nosotros; Raimundo está al llegar de un momento a otro. Mira.

Y le alargó una carta.

Luis cogió con menosprecio el papel y se puso a leerlo.

– Bueno.

– ¿Qué piensas que hagamos?

– ¿Cómo que qué pienso que hagamos?

– ¡Sí! Una vez que esté él aquí, nosotros no podremos continuar de esta forma en que estamos. Él tomará un piso para vivir conmigo. Como lo teníamos antes de irse a Londres.

– ¿Qué más da? Tú vendrás todos los días a verme a casa.

– ¡Si él me deja! Es un tío que no me deja ni a sol ni a sombra.

– Sabéis muy bien vosotras burlar a los cabrones cuando queréis.

– ¡Válgame, Luis!

– Pero ¿qué quieres que yo haga?

– Eso no soy yo quien te lo tiene que decir. ¡Si tú me quisieras!

– ¡Mataría al tío!

– No es necesario matarlo, sino hacer lo que se debe hacer.

– ¿Qué crees que debemos hacer? Di tú.

– ¡Eso, tú!

– A mí no se me ocurre nada.

– Necesito más.

– ¿Para qué?

– Para ver lo que soy para ti.

– ¡Tú eres tonta!

– Y claro que soy tonta; si no fuera tan

tonta, no me hubiese entregado a ti, que no tienes corazón para querer.

– Pero tengo...

– Sí... ¡Me haces gozar con locura! ¿No es eso lo que quieres decir?

– ¿Es que es mentira?

– ¡Qué va a ser mentira!

– ¡Entonces!

– Pero eso no me basta. Yo tengo otras ansias que no me satisfacen con el placer que me da tu cuerpo.

– ¡No me busques por el romanticismo, porque te aborrezco!

– ¡Parece mentira que seas un poeta y no tengas sensibilidad nada más que en la carne!

– ¡En tratándose de mujeres nada más!

– ¡Bien que hayas sido así para las demás mujeres! ¡Pero para mí!

– ¡Tú! ¡Que me abres más el apetito! ¡Que me gustas más que todas las mujeres del mundo! ¡Hasta si quieres me pones voraz! Pero otra cosa no. Estoy inmune para sentirla.

– Pues yo, eso y lo otro. Y es menester que tú seas para mí lo mismo.

– ¡Yo qué voy a ser!

– ¿Tú es que no puedes querer?

– ¡Yo te he dicho mil veces que entre la

mujer y el hombre no hay nada más que sexo!

– ¿Y el amor?

– ¡El amor es de idiotas!

– Entonces yo soy idiota.

– ¡Tú verás!

Estuvieron unos minutos en silencio.

Ella, dándole a él una palmada en un muslo, le dijo mimosa:

– Pero ¿es de verdad que te da lo mismo que venga Raimundo?

– ¿Me va a comer?

– No es que te vaya a comer, pero nos separa. ¡Ya va a ser muy difícil el podernos ver!

– ¡Oh, esas citas clandestinas, burlando a los cabrones, me encantan! ¡Precisamente es un panorama el que se nos presenta que me enloquece! ¡Oh, y tratándose de un burgués como el que tú me tienes pintado! Déjalo que venga, que lo sacaremos muchas noches en mitad del campo a que le rasque a la luna con las puntas de los cuernos.

– ¡Qué tristeza me da oírte!

– ¿Le tienes lástima?

– ¡Sabes tú que no es eso! Tú no debes dejar que ese ogro vuelva a tocarme. Debes quererme para ti solo.

– ¡Pero si ese tío va a ser nuestra espuela!

—Para andar yo a tu lado no necesito ninguna espuela. Al contrario, lo que tengo es que frenarme.

—Pero ¿qué es lo que quieres?

—Estar siempre a tu lado. ¿Por qué no buscamos un cuarto, aunque sea modesto, y vivimos como es debido?

—Casados.

—A nuestra manera, sí. ¿Por qué no?

—Mal camino has emprendido.

—¿Por qué, vida mía?

—Porque me estás hablando de una cosa que me da náuseas. ¿Yo viviendo maritalmente? ¿Yo también acaparador de las pasiones de una mujer? ¡Eso está bien para Raimundo, pero no para mí! ¡Yo soy anarquista, y los anarquistas vamos contra los monopolios! Deja que Raimundo se posesione otra vez de ti, que yo te revolucionaré contra él.

—¡Qué gusto tienes!

—Tú misma has dicho que es tu propietario.

—Pero no quiero que siga siéndolo.

—¿Es que deseas inscribirte a mi nombre?

—¡Tuya!

—¡No quiero que sea nada mío! ¡Ni yo quiero ser de nadie!

– ¡Yo soy tuya y tú eres mío!

– ¡Pero sin monopolizarnos! ¡Mientras nos reclame nuestro instinto! Tú eres el perfume y yo soy el olfato. Corre una brisa que te trae a mí y yo te aspiro. ¿Quién puede imponerle al viento siempre la misma dirección? ¿Quién es capaz de obligarme a que me guste estar siempre oliendo el mismo aroma? Deja al burgués que te aprisione. ¡Déjalo, que mientras se lleva su mano a la nariz para absorberte, tú te escaparás para filtrarte en mi olfato ávido! ¡Déjalo que engañado huela a su propia carne!

– ¡Ni verlo quiero!

– Pues no lo veas más. Si vuelves a él, debe ser por tu voluntad.

– Pero hemos de irnos a vivir juntos. Debemos vivir con arreglo a lo que somos el uno para el otro.

– Eso, no. Tú vuelves a él o no. Lo que tú desees. Pero sin ningún compromiso por mi parte. Ni siquiera te aconsejo una cosa ni otra. Tú haz tu voluntad. Es más: si tú una vez que él esté aquí deseas no verme a mí más...

– ¡Es horrible oírte expresar así! ¡Esto es asesinarle a una! ¡Calla, calla! ¡Tú eres un hombre sin sentimientos!

–¡A ser libre le llamas malo!

Enmudecieron unos segundos.

–Pero ¿es posible que no me quieras?

–¡Si te quiero, Amalia!

–¡No comprendo tu cariño!

–Te quiero como hermana mía que eres en la vida. Como hermana que lleva un año en la mayor intimidad conmigo. ¡Puede que tú seas el ser que yo más ame!

–¡Qué alegría! Ahora es cuando estás hablando lo que sientes ¿verdad? Lo que has estado diciendo antes era para hacerme padecer.

–Con tanta sinceridad he estado hablando antes como ahora.

–No te entiendo.

–Yo siento dos pasiones hacia ti: la del sexo y la humana. Yo, humanamente, deseo tu bien. Me alegra tu felicidad y me apena tu infortunio. Y en cuanto a la otra forma... tú sabes... ¿Para qué explicártelo?

Y terminó las últimas palabras con una sonrisa.

–¿No te importa que yo viva con otro hombre?

–¡Como si quieres vivir con cincuenta! ¡Como si no quieres vivir con ninguno!

– Yo no soy así para ti. Yo no podría verte al lado de otra mujer.

– Pues no me has visto desde que nos conocemos porque no he coincidido sensualmente con ninguna. Pero tú libre, y yo también. La simpatía de nuestro sexo no nos puede encadenar el uno al otro. ¡Precisamente es contra lo que más voy de esta sociedad. ¡Que asco de tanto prejuicio estúpido!

– ¿No dices que por otra parte me quieres como a una hermana?

– Te lo he dicho y es verdad.

– Pues los hermanos también viven juntos. Tú estás muy delicado, Luis; necesitas mucho mimo. Mañana voy a salir en busca de un cuarto para instalar nuestro hogar de hermanos.

– Te lo digo claro: si quieres que te abandone, insiste en eso.

– Te prometo que no te molestaré más.

– Vete y déjame ahora que tengo que escribir un artículo.

– ¿Me das un beso?

– Toma. Te veo desconocida. Eres otra esta mañana.

– ¿Cómo me encuentras?

– Muy extraña, Amalia, muy extraña.

–Qué, ¿no ves lujuria en mí? ¿Es eso quizá?

–Estás muy apagada. Estás idiota.

–¡Qué lástima de tesoro que haya sido hecho para caer en el fondo del mar!

–¿Qué estás diciendo?

–Que en mí hay un tesoro de amor tan puro como lo haya tenido la primera mujer, y se ha caído en el mar de tu incomprensión.

–¿Metáforas también?

–¡La pena que tengo, que me hace más poeta que tú!

–¡Para poeta me basto yo! ¡Si dejas de ser la mujer carnal que has sido siempre y te transformas en poetisa, me parece que te vas a hacer muy antipática a mi sexo y te va a repeler!

–¡Eres muy egoista!

Y salió de la estancia sin poder dominarse el llanto.

–¡Está enamorada! ¡Está enamorada como una mujer vulgar! ¡Me va a ser imposible poder soportarla!

Cogió la pluma y sobre una cuartilla escribió:

«¿Adónde va Inglaterra?, por León Trotsky».

XIII

¿Volvería Amalia?

La indiferencia con que despidió el poeta a su amante, ya para reunirse a Raimundo el día que éste llegó a Madrid, comenzaba a picarse de unos puntos rojos: a su corazón, semejante a una bola fría de metal bruñido, iban naciéndole siemprevivas de fuego.

La herrumbre de la inquietud le asaba los nervios.

¿Volvería Amalia?

¿O quedaría para siempre en las zarpas del plutócrata?

A la estación.

De la estación al hotel.

Del hotel, cuando se pasasen unos cuantos días, al cuarto lujoso en una de las calles más aristocráticas.

Pero ¿a qué hotel?

¿Qué número tendría la casa del cuarto elegido?

Y ¿en qué calle estaría?

No tuvo el poeta interés de enterarse de ello.

De la despedida hacía horas.

Un apretón de manos.

Un beso de ella a él en la frente.

Un beso de él a ella en una mejilla.

Una sonrisa de Amalia en la puerta al ir a salir.

—Ya sabes; todos los días me puedes encontrar aquí de tres a cinco.

—¡Ya veremos cuándo puedo hacer alguna escapada!

Y la puerta se cerró, quedando Luis en su cuarto.

Sintióse como satisfecho con la ida de Amalia.

Era mucho lastre en su carrera aquella mujer.

Iba poco a poco absorbiéndole las energías físicas y embargándole tiempo.

Por su causa, encontrábase anémico. Apenas leía, sus artículos eran menos y sus relaciones no se ensanchaban.

Por ese camino no llegaría a ser el hombre célebre de sus sueños.

Habíase rendido al sexo como un morfinómano al veneno, como un alcohólico al aguardiente o como un jugador a la ruleta.

Era un vicioso común, preso de su grosera pasión como una piltrafa en la boca de un perro.

¡Él con aquella mentalidad, con aquella ambición y con aquellos bríos sin temores!

¡Siempre mirando a una brújula que le señalaba hacia una cumbre de inmortalidad entre los inmortales!

¡Qué año!

Pero los tirones de la solapa al hombre que marcha de prisa a un lugar, reteniéndolo, son el aguijón que lo excita a acelerar el paso para que no se le haga tarde.

No se había perdido nada: el poeta tenía alas de anemodromo y tanta ambición como sed los desiertos.

Vióse redimido del vicio, libre de aquella ancla de sensualismo trágico, fundida con hierro de pirata, y sonrió triunfante.

Pero no tuvo el joven luchador ni un pensamiento de reproche para Amalia.

Una sombra de indulgencia proyectó sobre ella, disculpándola.

La joven también había sido víctima del sexo, retenida en su camino por la tiranía del vicio.

Ella no había estado en menor peligro.

Su fuerza era la juventud, la belleza y la sagacidad, y habíansele resentido bastante.

Amalia era un genio de cortesanas de gran mundo, y estuvo enganchada en las redes idiotas de las mujeres de hogar pobre.

Ella y él habíanse libertado de la vida humilde, y cruzarían vertiginosos por su destino como balas de egoísmo: él, taladrando corazones de envidiosos, y ella, de plutócratas.

Gratitud a aquel gran Raimundo era irremisible tenerle, porque había entrado en los amantes como un exorcismo en un maleficio.

Un año transformados, por la magia del sexo, en un gallo y una gallina entre las tapias de un corral y consumiéndose bajo el sol de la lujuria.

Las pupilas de los ojos de Amalia tornarían a ser cumbres de colinas cubiertas de bandadas de cuervos inquietos, y las de Luis, cumbres de colinas cubiertas de bandadas de águilas al echarse a volar.

No es que ya no fuera a volver la joven al cuarto del poeta a besarle la boca para caer heridos en el lecho.

Amalia y Luis retornarían a entrevistarse, pero no como las aves mancas de estercolero en que habían estado encantados, sino restituídos a su natural condición de aves de cielo, picoteando unos minutos en la carroña en un descenso al fondo de un barranco, ebrios de aire puro del espacio.

Y después, cada uno por su horizonte, a batir las alas, parecidas a velas de balandros del mar del infinito, a darle un picotazo en la punta de la nariz al sol.

Con la esencia de esas ideas estuvo Luis unas cuantas horas, después de la despedida de Amalia, fortaleciéndose el espíritu para continuar con más ahinco su ruta de elegido.

Estaba satisfecho consigo mismo, porque su convicción de librepensador no se había menguado.

El sexo sí había tenido poder para fascinarle y herirle la materia, pero al amor le fué imposible enfermarle el alma.

«El amor a la humanidad por igual y las cópulas libres»: llevaba grabado en su interior, y la inscripción permanecía incólume.

Si no hubiera sido así, en el instante de irse Amalia él la habría detenido.

«El amor a la humanidad por igual y las cópulas libres»: seguía siendo el lema del poeta, cada vez con más firmeza.

Su corazón fué, en la despedida, una bola fría de metal bruñido.

Pero lo mismo que el metal es atacado por el óxido y se salpica de puntos rojizos, el corazón del poeta quedó sembrado de siempervivas de fuego.

Todo el día lo pasó sereno, en una dulce satisfacción. Estuvo sometido a prueba y quedó de manifiesto que su moral era de ácrata puro.

Pero llegó un instante en el que la nerviosidad le hizo sentir ansia de tener a su lado a Amalia.

El instante fué éste: deseó fumar y no le quedaban pitillos.

Pensó tocar el timbre y mandar a buscarlos.

Se arrepintió, ya con el dedo en el botón.

¿Quién le traería el tabaco?

¡Cualquiera, menos Amalia!

Por primera vez, hacía ya varios meses, tendría que fumar pitillos sin que se los entregara Amalia.

Era capricho de ella comprar en persona todo el tabaco que consumía el poeta.

Lo mismo hacía con los cuellos, corbatas, calcetines, y, en fin, con todo lo que él gastaba.

Hasta al sastre le acompañaba, eligiendo los géneros y las hechuras.

Le era imposible al poeta seguir escribiendo.

O fumaba, o el artículo quedaba parado en aquella línea.

Tiró la pluma sobre la mesa.

De la frente se ladeó el mechón.

Su mirada se dirigió a los cristales.

La tarde era gris y la noche la cogía a puñados para almacenar en su seno cenizas y esparcirlas cuando el sol la incendiara en la aurora.

A la estación.

De la estación al hotel.

Del hotel, cuando se pasen unos cuantos días, al cuarto lujoso en una de las calles mas aristocráticas.

Pero ¿a qué hotel?

¿Qué número tendrá la casa del cuarto elegido?

Y ¿en qué calle estaría?

El poeta no sabía más porque no le había interesado saberlo.

¿Volvería Amalia?

Y con los ojos fijos en las láminas de plomo que semejaban los cristales de la ventana, experimentó zozobra por aquella indiferencia con que la despidió.

Mentalmente recriminó su proceder:

—¡La he perdido!

Y se retorció en contorsiones de coraje y pena.

—¡No la volveré a ver más! ¡Con mi conducta he matado su amor! ¡He tirado un tesoro a la bóca de un lobo! ¡Mi egoísmo estúpido, mi egolatría fanática me ha secado el espíritu! ¡Sí, sólo soy un hervidero de sensualismo! ¡Yo no tengo alma ni aún para los ideales sociales! ¡Mi huída del romanticismo me ha llevado a ser prisionero de una cueva de carne! ¡Soy un esclavo! ¡Yo que he de ser un hombre libre como me creo! ¡La libertad está en ser la mayor cantidad de alma y yo soy una maza de carne de vicio!

Y el reproche fundido en una aguja íbale bordando a taladros con esos conceptos el cerebro.

Pero no era un arcano saber en qué hotel se hospedaría Amalia.

Seguramente en la misma pensión podrían decírselo.

Tocó el timbre.

Acudió Sol.

—¿Tú sabes adónde se ha mudado la señorita Amalia?

—No.

—¡A algún sitio habrá dicho que le lleven el equipaje!

—Se lo llevó ella en el automóvil y no dijo nada.

—¿Quieres traerme una cajetilla de tabaco?

—¡Qué preguntas tiene usted!

—Toma. Que te la den igual a esta funda.

Cuando la criada salió, Luis púsose a pasear. De tan nervioso no pensaba.

Volvió Sol.

Cuando se quedó solo encendió un pitillo.

Más le hubiese valido no fumar.

Honda melancolía le embargaba en las primeras chupadas.

Sentóse otra vez en la silla.

Llegaba en aquel instante a un estado de alma insólito en él.

Hubiérase dicho que fumaba opio, porque comenzó a soñar.

Repantigado, con las piernas cruzadas, ex-

pelía el humo viéndolo lamer los cristales ya del color del agua marina.

Las volutas se le hicieron una pareja de personajes: Amalia del brazo de Raimundo.

Marchaban hacia delante por una galería de arcos y arcos dándole a él la espalda.

Pendían lámparas de muchos brazos cuajados de luces, que eran los propios ojos del poeta en un parpadeo de dolor.

La pareja iba riéndose a grandes carcajadas.

Tras ellos caminaba un enano, como los bufones de los reyes antiguos, besando las huellas de la joven.

Era el corazón de Luis disfrazado de juglar de amor.

Amalia y Raimundo, volvían la cabeza, lo miraban lanzándole un chorro de risa como el del agua de las mangas de riego.

No pudo soportar por más tiempo al fantasma y encendió la lámpara para echar un telón de luz sobre aquel escenario de aire, cristal y humo.

Tiró el pitillo.

Parado en el centro de la estancia se puso a pensar.

—¡No vuelve! ¡No vuelve! ¡Y a mí qué me importa que no vuelva! ¡Mejor!

Hubiérase dicho que su cerebro era una mano, sus pensamientos piedras, y su pecho una cisterna en la que estaba envasada su alma.

La mano tiraba piedras a la cisterna y el agua se rizaba en ondas circulares; la dureza de su pensar abríale anillos de ternura, circundándolo.

Rememoró el instante de la despedida:

—¡Iba muy satisfecha!

Recordó el sonido que hicieron los pasos de la joven al alejarse por el pasillo:

—¡Andaba contenta deseando llegar a él!

Se ladeó el mechón.

—¡No vuelve! ¡No vuelve! Pero ¿es esto amor? ¡Yo no estoy enamorado! ¡Qué idiotez! ¡Esta zozobra que experimento es el cauce interrumpido de un hábito! ¡Mañana ya no interviene ella para nada en mi vida y se acabó!

Abrióse la puerta.

—¡Hola, Ángel!

—Te traigo una sorpresa.

—¿Qué traes?

—¿A que no sabes quién está ahí?

—¿Amalia?

—¡Mira!

Apareció un hombre con un recio abrigo

gris y un sombrero ancho de fieltro negro.

Llevaba la cabeza rapada, una gran barba y unas gafas de cristales muy negros.

Ángel cerró la puerta.

Luis lo miraba extrañado.

Ángel, decía:

– ¡Abrázalo, Luis! ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji!

El desconocido permaneció inmóvil en el centro de la estancia.

Hubo unos segundos de gran embarazo para el poeta.

El actor se frotaba las manos.

– ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji!

El barbudo llevóse los dedos a las gafas y las desmontó de la nariz.

– ¡Roca!

– ¡Luis!

Y los dos camaradas quedaron atados por la cuerda de un abrazo.

La mano de la alegría les lanzó a los ojos un puñado de tierra y las pupilas rezumaron lágrimas.

El actor mirábalos de pies a cabeza, también con tierra en los ojos en sacudidas nerviosas, como si alguien le hurgase en el ombligo.

– ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji!

Se separaron.

– ¿Desde cuándo está usted aquí?

– Llegué esta mañana, pero me ha sido imposible verles a ustedes antes.

– Póngase las gafas, no vaya a entrar alguien. ¡Ese párpado es un delator terrible!

– ¡Sí, guarde ese párpado! ¡Qué pronto va a llenar todos los periódicos del mundo! ¡Y los museos! ¡Y hasta se harán insignias de él y las llevarán en la solapa los hombres! ¡Y tu retrato también, Luis! ¡Y el mío! ¡Somos algo extraordinario!

Roca, dándole al actor una palmadita en el hombro, le dijo:

– ¡Qué Caminos éste!

– ¿Ha venido usted directamente de París? – preguntó el poeta.

– Sí.

– Este viaje será...

– Para darle desenlace a nuestros trabajos. Ya sabrá usted cómo está esto... No falta más que... – y pasóse la yema del dedo pulgar por la del índice – y eso lo tengo.

– ¡Éste no sabe nada! ¡Ya no se puede contar con él! ¡En sacándolo de Amalia, está perdido!

– ¿Y el viejo Salcedo? – interrogó el poeta.

– ¡Fuerte! ¡La emigración lo ha puesto más joven!

– ¿Hace mucho que no lo ha visto usted?

– Lo veo todos los días. Ayer estuvo en la estación a despedirme. Me dió un abrazo para ustedes. ¿Y nuestros presos?

– ¡Yo me estoy las tardes enteras con ellos! ¡A éste es al que se le pasan los meses sin verlos!

– No le haga usted caso.

– Póngase usted el abrigo y el sombrero, y vámonos a cenar. Es tarde, y tenemos que hacer mucho esta noche.

Ya en la calle, dijo el poeta:

– Iremos a un sitio reservado. ¿Dónde te parece que vayamos, Ángel?

– ¡Ahí mismo, a Spiedum! – se adelantó en decir Roca.

– ¡Eso está muy descarado! Sería para matarse el que le echasen a usted mano – insinuó el poeta.

– ¿Quién puede conocerme?

– ¡Ah! ¡Eso nadie!

– ¡Vamos a Spiedum! – alentó Caminos.

Cruzaron la vía.

Al entrar al café, el poeta murmuraba al oído de Roca:

– Verdaderamente, este cinismo es el que nos ha salvado siempre.

XIV

El regreso de Roca de la emigración fué un lenitivo para el dolor del poeta.

Embargado, desde que se levantaba hasta acostarse, en conspirar, apenas si se acordaba de Amalia.

Algunas veces le sorprendía el recuerdo de ella, y pensaba:

– ¡Ya decía yo que no volvería! ¡En cuanto se ponen en contacto con el dinero, no se acuerdan de nadie! ¡Es su talismán! ¡Mejor que no me moleste! ¡Esto está terminado!

Se pasaron unos ocho días de la despedida.

Una tarde, ya anochecido, el poeta salió de Negresco y se dirigió a la pensión a escribir una proclama.

Sobre su mesa de trabajo encontróse esta tarjeta:

«Lo que más me ha seducido siempre de ti ha sido tu varonil personalidad en todos los órdenes, y comienzas a perderla, faltando a tu palabra. He venido a verte a las tres, y a las tres no te he encontrado. Si te interesa verme, espérame a las ocho.

Amalia.»

¿Quién comenzaba a perder las características que habían tenido en el idilio de aquel año?

¿La hombría de él, o la feminidad rendida de ella?

Al poeta, con la tarjeta a la vista, le pareció que Amalia no era la misma.

Encontró en su contenido una gran firmeza, y pensó:

– ¡Ya no sigue entregada a mí! Se ha recobrado a sí misma. Ha vuelto a ser la que yo conocí la tarde de *Caminantes*, de Lidia Seifulina. Ella es de ella; yo soy mío. Me reta a luchar. ¡Quizá desee la venganza del servilismo que ha padecido! ¿Merece la pena darle la cara? Lo digno de mí es la indiferencia. Yo no peleo, pero no huyo tampoco. Tengo que escribir una proclama; me pongo

a escribirla; si llega antes de que yo salga, que llegue.

Y se puso sobre las cuartillas.

Llegó Amalia antes que el poeta terminase su trabajo.

–Mira; las ocho menos un minuto –entró diciendo, al tiempo que enseñaba su reloj de pulsera.

Él dejó la pluma, y le contestó fríamente:

–¡Hola!

–Bien se conoce que falto unos días de su lado. ¡Está usted perdiendo formalidad, caballerito!

Hablaba con un tono frívolo, sin precedente en ella.

Él se puso a mirarla.

Nunca la había visto tan elegante, tan maquillada, ni con aire tan falso.

–¿Estoy guapa? ¿Te gusto? He engordado dos kilos desde que salí de aquí.

¿Para qué negarlo?

La transformación que se advertía en la joven, le llenaba de palpitaciones el pecho a él.

Amalia daba la idea de una colina fértil, prado inagotable, y transformada en un abismo de imposible.

Él, sin quitar los ojos de ella, pensaba:

—¡Ha sido mía! Siempre ha estado entregándose, hasta hartarme. ¡Oh! ¡Ahora eres la mujer falaz, que en cada beso dejas un vacío! ¡De carne preciosa, te has convertido en vorágine sepulcral!

Amalia parecía una sufrida mujer de hogar bañada en las calderas diabólicas de Satán.

Aquel contraste envenenaba al poeta.

—Me voy. Tú estás escribiendo y además es muy tarde para mí. Raimundo me espera en el Palace para cenar. Después tenemos que irnos a la Ópera. Bueno, adiós, guapo. Mañana vendré ¿eh?, a las tres, ¿no es esa la hora? Mañana me estaré más tiempo a tu lado. ¡Y no seas malo! ¡Conque hasta las tres!

Y se dirigió a la puerta para irse.

—¡Ah! ¡Se me olvidaba darte un beso! ¡Perdóname, rico! ¡Aquí!

Le posó los labios en la frente y desapareció.

El poeta quedóse confundido ante una entrevista así.

Pensó saltr y retenerla de un brazo para hacerla volver al cuarto.

¿Qué manera había tenido de hablarle?

¿Qué significado tenía el irse sin que él pronunciara una sola palabra?

¿Qué afectación de cocota de cretinos era aquella?

¿Qué clase de beso le había dejado en la frente que bullía como una lombriz de hielo?

—¡Yo no debo mostrarle preocupación ninguna por su conducta actual!

Y sintiendo no tener virtud para estrujar al tiempo y reducir a un minuto las horas que mediaban entre el presente instante y las tres de la tarde del día siguiente, metió la pluma en el tintero.

Tan puntual como el sol en salir, fué Amalia en llegar al cuarto del poeta.

—¡Hola! ¿Eres tú?

—Si no te agrada mi visita, me marcho. A mí no me recibas con ese desprecio. ¡Se ha terminado el tiempo de los tontos!

—Siéntate, mujer, siéntate.

Amalia se quitó el sombrero y el abrigo y los dejó sobre la cama.

—¿No me preguntas cómo me va con mi nuevo marido?

—¡Con tu viejo dirás! Viejo por su edad y viejo porque ha sido anterior a mí en conocerte.

—Parece que hablas un poquitín picado.

–Celos.

–¡Mira! Quién sabe. De todo lo que se burla uno en este mundo se gusta más adelante.

–Me has cogido hoy de buenas; te voy a seguir la corriente. ¿Cómo te va con tu Raimundo? ¿No es Raimundo como se llama?

–Así se llama. Pero habla usted con mucho retintín. Está usted muy chancero.

–Es la alegría que tengo de verte feliz al lado de tu amor.

–¡Oh, mi amor! ¡Lo adoro!

Y se llevó las manos al corazón en un gesto cómico.

–¡Te noto cambiada, Amalia! ¿Qué te pasa?

Y la cogió violentamente de un brazo, transformando la expresión de su rostro de irónica en grave.

–¡Deja, hijo, que me haces daño!

–¿Por qué estás tan esquiva?

–No me gusta que me apreses así. ¡Te pones muy bárbaro!

–¿Por qué has estado todos estos días sin venir?

–¡Toma! Porque no he podido. ¿No ves que no soy libre?

–¿Y por qué no lo eres?

– Porque soy mujer.

– A ver, explícame eso.

– ¡Pues claro! Nosotras en esta sociedad que tú tanto aborreces, no tenemos otra carrera que ser la mujer del hombre. No podemos emanciparnos económicamente y prescindir de vosotros. Yo no soy rica. Tuve dos caminos: el del corazón... o el del estómago. Tú me has ordenado que vaya al del estómago.

– Mucho has aprendido.

– No te debe extrañar. No sé más que lo que tú me has enseñado.

– Pero de todas formas, eso que has dicho antes son excusas.

– ¿Excusas?

– Sí. Aunque no hubieses vuelto a Raimundo, tu pensión no se hubiese quedado sin pagar.

– ¡Ah! ¡Eso, no! ¡Estás tú muy equivocado! ¡Yo soy mucho para ser tu querida! ¡Yo soy un capricho de mucho precio! ¡Con amor, cosiendo tu corazón al mío, como yo barro y engrueso! ¡Para alimentar con mi cuerpo la lujuria de un hombre, necesito muchísimo dinero! ¡Soy carne de mucha categoría! ¡Aún Raimundo... que es un gran millonario!... ¡Lo mismo que tú sueñas con ser

el líder de una dictadura obrera, yo sueño con ser querida de un rey! ¡Y es porque los dioses no sé que se regalen con esas cosas!

—¡Si te cotizas!

—¡Oh, mucho! ¡Pues en más estimo mi alma! ¡Por eso te la he ofrecido a ti y no a ningún otro hombre! ¡A ti, a ti sólo, Luis! ¡Porque eres el más poderoso, cerebralmente, que hombre he visto en el mundo! ¡Y detrás de mi espíritu iba mi materia y todo! ¡Mi vida entera! ¡No la has querido! ¡Seguramente es que la estimas en poco! No quieres de mí nada más que mi carne, y como eso se compra con dinero, tú te has quedado para las sobras. Y eso, porque mi alma se la roba al amo y te echa algunas piltrafas. Pero créeme, Luis, después de haberme serenado, te lo agradezco. Estamos así mejor. Toda mi vida le he tenido miedo a enamorarme. Era un asunto malo para los dos. Has hecho muy bien con despreciarme. ¡Libre tú y libre yo, y a volar! Si ahora lo desearas tú, yo me negaría. ¡Gana mucho dinero y entonces me haré tu querida y dejaré a Raimundo! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Cuando seas dictador de una República, tendrás altura para comprarme! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

– ¿Te vas a reír de mí? ¡Di! ¿Te vas a reír de mí?

Y la agarró de una muñeca, apretándole, apretándole, hasta hacerle daño.

– ¡Abusas porque soy una mujer y no hay nadie presente que pueda defenderme!

– ¿Me amenazas con tu viejo?

– ¡Más fuerza tiene que tú! ¡Si luchasels, te vencería!

– ¡Te desprecio!

Y la rechazó de un empellón.

Ella, llorando, se acurrucaba pusilánime en la cama, descansando la cabeza en la almohada.

– ¡No llores, Amalia, no llores!

Amalia lloraba más.

– Si no me provocaras... Anda, sécate los ojos.

Al mismo tiempo le acariciaba la cara.

Ella le agarró la mano y llevándosela a la boca se la besó acelerando el lloro al tiempo que suspiraba:

– ¡No puedo más! ¡No puedo más!

La mirada de él penetró en el escote en hueco y se detuvo con fijeza en un seno interrogándole con vehemencia:

– ¿Qué es eso?

– ¿Qué?

–¡Esto!

Cogió un pellizco de su piel para hacerle subir:

–¿Esto?

–¡Sí! ¡Eso!

–Pues ya lo ves, un chupetón de él. ¡Es tan ansioso!

–¡Asquerosa!

–No comprendo por qué te pones así. ¿Es que acaso te van a morder ahora los celos?

–¡A mí!

Tomó el sombrero y el abrigo de ella y abriendo la puerta los arrojó al pasillo.

–¡Hale! ¡Hale! ¡Fuera, fuera! ¡Y no vuelvas aquí más!

Y la echó de la estancia a empujones.

Cerró la puerta con llave.

Cuando ya se quedó solo...

Da cierto pesar decirlo, porque la complexión moral del poeta se resiente.

Cuando ya el poeta se queda solo... llora.

¿De celos?

¿En qué se queda tu ética renovadora de hombre dominador de las pasiones brutales de la vida?

¿De qué lloras, hombre moderno?

–El que llore no significa que yo sea un ancestral. ¡En los tiempos venideros también

llorarán los hombres! ¡Aunque no sea más que de la vergüenza de haber sido lo que fueron! ¡Mi ética sigue férrea! ¡Yo sigo amándome a mí sobre todas las cosas, y después a la humanidad por igual! ¡Esto que yo siento no son celos! ¡Celos yo! ¡Esto que me provoca las lágrimas son mis nervios, mi neurastenia, que se expansiona así!

El poeta hablaba en voz alta, parado junto a la mesa, rígido, con los músculos en tensión, sujetándose el lloro.

Su cólera lo fundía en inflexible y frágil materia, que al haberlo azotado un huracán, lo hubiera tronchado.

XV

Las ocho de la noche.

Al Divino Cordero lo estaban trasquilando los ángeles: anillos de nieve caían del cielo a la Puerta del Sol.

Brazos con arados invisibles, labraban el asfalto levantando terrones: los automóviles, los coches, los tranvías y las personas circulaban en un loco movimiento.

Una mano etérea tiraba semilla de oro: las luces de los vehículos parecían llegar de lo alto y brincar sobre la turbulenta besana.

Hombres y mujeres, miseria y lujo, debilidad y fuerza, imbecilidad y talento, fealdad y belleza; todo se choca, todo se cruza, todo se abraza y da volteretas en millones de bloques en el vientre de Madrid a esa hora..

Los ampos anillos de nieve del Cordero

iban, con ligereza, haciéndose vil barro bajo las plantas de los hombres y las ruedas de sus coches.

Los fulgores de las doradas semillas perdían su brillo y su color blondo y tomaban un moho rojizo al vapor del hervidero humano.

Cesó de nevar.

Luis Morata desembocó de Preciados.

Marchaba de prisa: su bastón al brazo, el sombrero calado, el cuello del gabán subido y las manos en los bolsillos.

Se detuvo indeciso unos segundos.

Necesitaba cruzar la plaza.

Fué a intentarlo, pero un guardia de a caballo lo echó atrás con el gesto.

Un rayo de protesta salió de su mente y, zigzagueando por su cuerpo, se hundió en la tierra, perdiéndose.

Era necesario esperar.

Sonó un pito, y Moisés, vestido de guardia, con un hueso de José en la mano, partió las aguas de automóviles.

Entonces, el vulgo entró por medio de la mar en seco, teniendo las aguas, como muro, a su diestra y siniestra.

El poeta aprovechó el milagro y, haciéndose también él un pelo de aquel rabo de plebe, pasó a la orilla de enfrente.

Subió por Carretas.

No había andado la mitad de la calle, cuando oyó que chistaban a su espalda.

Deseó volver la cabeza, pero temió equivocarse.

Podía ser a otra persona, o una burla callejera.

Chistaban y chistaban con insistencia.

–Quizá sea a mí– y volvió la cabeza.

Su amigo Sita trotaba por el arroyo sesgando la acera.

–¡Si anda usted de prisa! ¡Usted ha sido el último en atenderme! ¡He revolucionado a toda la calle!

–Siempre cumpliendo con su misión de agitador.

Sita hizo una mueca de tristeza.

Se estrecharon las manos.

–¿Qué hay, amigo Sita?

–¡Muchas ganas de verle!

–Sí que hace tiempo que no nos vemos. ¿Dónde ha estado usted?

–En el extranjero con asuntos. Llegué hace unos días de Italia.

Luis sacó pitillos.

Mientras Sita encendía, el poeta lo estuvo observando.

Hacía más de cuatro meses que no se veían.

Le pareció al poeta que su amigo pasaba por una lamentable situación económica.

A pesar de la noche de frío, iba sin abrigo.

Vestía un traje raído, gris, con una patina de mugre. Sobre los zapatos, de agrietado charol, veíansele unos botines glaucos. Las manos las llevaba al amparo de unos guantes de gamuza enfermos de ictericia. Encollerado con una bufanda blanca, no enseñaba indicio alguno de camisa. Su ojo derecho, tras la tapia de cristal de un monóculo, semejaba un garabato de tinta trazado por la mano de un niño. Un sombrero duro, de color de agua de avenida, de los que usan los lores ingleses para las carreras, era la cúpula de aquella rotonda humana.

Lo torturaba la avidez de fumar, pero chupaba el pitillo con elegante displicencia.

Se imaginó Luis que Sita no llevaba ropa interior y que el traje y la bufanda sólo cubrían la carne.

Pero él, con su continente de poderoso gentleman, despreciaba al frío.

—¡Tengo unos negocios formidables, amigo Luis! ¿No decían ustedes que hasta que no hubiera dinero era imposible la revolución? Pues va a haber dinero para cien revoluciones. Pronto, muy pronto, tendré la sa-

tisfacción de ofrecérselo a mis leales camaradas.

Y dábase con un junquillo golpecitos en la rodilla con gentileza.

– Conque los asuntos marchan bien ¿eh?

– ¡Estupendamente! Pero ya sabe usted: yo nunca seré un tirano de proletarios. Usted sabe para lo que yo quiero el dinero.

– ¡Yo le conozco a usted, amigo Sita!

– ¿Hacia adónde va usted, Luis?

– A la calle de Atocha. ¿Y usted?

– Nada. A dar un paseo. ¡Hace una noche tan hermosa! Las noches de nieve son encantadoras para mí; son, además, tan serenas y tan templadas que me molesta el abrigo. Yo, cuando nieva, salgo siempre así: a cuerpo.

– ¡Está usted hecho un chaval!

– Mis sesenta no los cambio por algunos veintiocho. Y no va por usted.

– Aunque fuera. Usted es más fuerte que yo.

– Bueno, no quiero entretenerle más. Lo he parado para preguntarle por nuestras cosas.

– Parece que se han puesto mejor.

– ¿Sí?

– ¿No sabe usted que ha llegado su amigo Roca?

– ¿Cuándo?

– Hace unos días.

– ¿Dónde se le puede ver?

– Vaya usted a casa, mañana, a las doce.

– ¡Qué alegría me ha dado usted! Hasta mañana.

– Oiga usted, Sita: yo tengo que saldar con usted una cuenta.

– No sé a qué puede usted referirse.

– Sí; yo le debo a usted diez duros.

– Usted está equivocado, Luis. Está usted confundido. Seguramente será a otro.

– No, no estoy confundido. Recuerdo perfectamente que es a usted. Fué una tarde, unos tres o cuatro días antes de dejar de vernos, cuando se los pedí.

– Tengo la seguridad de que está usted en un error.

– ¡Qué gran acreedor es usted! Lástima que no fuesen así todos. Tome. Hoy no voy a poder darle nada más que cinco; otro día le daré los otros cinco.

– No; guárdese ese billete. Usted está equivocado.

– Si no lo toma usted me molesto; voy a creer que quiere usted perdonármelos por lo bien que le van los asuntos. Tome usted.

– Lo tomo; pero le hago constar que no

recuerdo que me deba nada. Lo guardaré para devolvérselo el día en que usted salga de su equivocación.

Y se metió el billete en un bolsillo del chaleco.

– Bueno, hasta mañana – dijo el poeta al tiempo que le alargaba la mano.

– Hasta mañana – balbució Sita.

Y su monóculo se desplomó de su ojo al pecho, seguido de la cinta, como un cometa de cristal de rabo negro.

– ¡Salud!

– ¡Salud!

Apenas se separaron, Sita limpió con un delantero de la chaqueta dos lágrimas que llevaba el monóculo, y el poeta paróse, confuso, ante Amalia.

– Yo no sé pasar por tu lado sin saludarte, Luis...

– ¡A mí no me tienes que dirigir para nada la palabra!

Y echó andar calle arriba.

Amalia lo seguía casi rozándole.

– ¡Me vas a dejar!

Volvieron a estar parados frente a frente.

Sita tenía razón: la temperatura, a pesar de la nieve, era templada, agradabilísima,

casi calculada para darles a los cuerpos sensación fresca de placer.

—Te digo en serio que no quiero verte más, Amalia.

—Yo no te hubiese molestado si no me hubiese encontrado así contigo.

—Te haces cuenta de que no me conoces.

—Hay cuentas que no se pueden hacer.

—Pues te las haces, porque otro día te hago un gran desprecio.

—Toda nuestra relación amorosa está bien que haya terminado. Tiene a la fuerza que ser así. Pero como tú eres un hombre humanitario...

—¡Claro que lo soy! Pero humanitario en el sentido perfecto que ordena la razón de la Naturaleza, no un humanitario al uso, echador de mendrugos a viles desdichados.

—Yo no soy un mendigo que vaya a pedirte una limosna. Yo sé bien la grandeza de tu humanidad.

—Es que también hay mendigos espirituales.

—Pero no soy yo quien entiende de limosnas de ninguna clase. Tú le has dado vida a mi alma y no puedes abandonarla. Me has hecho sensible a muchas cosas y necesito de ti. Pero para nada que se refiera a pasión

amorosa entre hombre y mujer. Eso ha terminado entre nosotros. Te reclamo... Yo no sé cómo explicarme y sé bien lo que quiero decirte, pero no tengo conceptos. ¡No puedo! ¡No puedo! Además de la locura amorosa de mujer a hombre que tú me diste, hay otra cosa dentro de mí hacia ti... ¡Yo te admiro y te quiero, pero sin erotismo ninguno! ¡Hoy no noto otra influencia tuya sobre mí que la de tu talento! Algunas veces me parece que me estoy poniendo loca. Creo en ocasiones que soy dos mujeres: una, la de siempre, la que tú conociste y que después has tratado, y otra, una nueva, a veces triste y a veces irascible, que odia este mundo y ansía el nacimiento de otros. ¡En esta última mujer soy solamente espíritu! ¡Y eres tú el que lo has engendrado! ¡Es tu hija, tu hermana! ¡Esa mujer es la que te reclama y tú no puedes volverle la espalda!

—Estás llamando la atención de la gente. Todo el mundo se nos queda mirando.

—¡Lo que te importa la gente! ¡A mí nada! ¿Ves a todos esos que pasan? ¡Pues ninguno me importa lo más mínimo! ¿Qué te apuestas a que me encaro con ellos increpándolos?

—No seas bruta.

—Qué juicioso te vas haciendo.

–¡No me excites, porque te agarro de los tobillos y comienzo a apalearlos contigo como si fueses una vara!

–¡Tú, no, nenito; tú, no! ¡Yo no quiero que a ti te pase nada! ¡Yo, yo, yo voy a insultarlos! ¡Ellos tienen la culpa de todo lo que a mí me pasa!

El poeta se quedó atento, examinando a la joven.

Nunca la había visto de aquella forma.

Sobre su melena recortada, el tul de un velo.

Un abrigo castaño de pieles.

Medias de un gris obscuro.

Zapatos negros de tafilete con hebillas de bronce.

El rostro sin maquillar.

Los labios, exangües.

Las cejas, arqueadas, más gruesas, semejantes a rabos de gatos a los cuales hicieran zalemas.

Los ojos... no parecían los de ella. Aquel negro intenso de sus pupilas había desaparecido. Más claras, como si se hubiesen desteñido por el lloro, miraban faltas de expresión. No eran pupilas de ojos; eran dos gotas de aire de un crepúsculo que dilataban, dilataban su borde en una ansia infinita, atraí-

das por el magnetismo luminoso del sol.

–¡Tiene expresión de orate! –pensó el poeta.

Ella seguía extendiendo sus ojos hacia lugares muy remotos.

–¿Estás enferma, Amalia? –apresándola por una muñeca–. ¿Qué te pasa? ¿Tú sufres? ¿Por qué sufres tú?

Estaban en el portal de una casa y atraían la curiosidad de los transeuntes que pasaban junto a ellos.

–¡Yo no quiero que sufras! ¿Soy yo la causa? ¡Dímelo! ¡Dímelo! ¿Es que yo soy el imposible de tu amor? ¡Es verdad, Amalia, no puedo amarte de la manera que tú quieres! ¡No puedo! ¡No puedo! ¡Es irremediable! ¡Si tú tienes poder, transfórmame, porque a mí, a pesar que me he esforzado, me es imposible hacerlo! ¡Si estuviera en mi mano! ¡Pero la complexión de nuestros seres es de un fatalismo ciego! ¡Es imposible que yo pueda moldearme a tu pasión! ¡Yo no puedo darte mi vida! ¡Pero soy capaz de darte mi muerte! ¿Ves? ¡Mi muerte sí puedo ofrecértela! ¡Si quieres me mato ahora mismo! ¿Quieres? ¿Quieres que me acueste debajo de un tranvía de esos?

–No, no. ¡Vive, vive! ¡La muerte es de

cobardes y tú y yo somos valientes! ¡Vive, aunque no puedas amarme, que el sufrir por ti es preferible a la alegría que les dan todos los hombres a sus idolatradas mujeres!

Y al mismo tiempo le acariciaba un brazo y sonreía melancólica.

–Aquí estamos muy mal. Vamos a entrar a Pombo.

–¡Las nueve! ¡Cómo se pasa el tiempo! ¡Bueno estará Raimundo! ¡Me voy, me voy! ¡Otro día nos veremos!, ¿sabes? ¡Hoy me es imposible estar más tiempo a tu lado! ¡Vaya una bronca que me va a echar! ¡Con el genio que tiene! ¡Voy a coger un taxi! ¿Para qué me has entretenido tanto? ¡Ahora yo pagaré las consecuencias!

Hablaba violenta, como ante el temor de un castigo inminente.

El poeta, en silencio, la observaba apenado.

Le chistó a un auto.

–No, no. Despídelo tú. Dile que se marche. ¿No ves? ¡Lleva franja amarilla! ¡Yo quiero irme en uno que la tenga azul!

El poeta le dijo al chófer que se fuera.

–¡Verás a la hora que voy a llegar esta noche a casa! ¡No pasa ninguno de los que yo quiero!

–Va camino de la locura. ¡Qué fuerza de sugestión tan extraordinaria va adquiriendo! – pensó el poeta.

–Me voy a tener que ir en un tranvía. Nada, nada, no pasa ninguno.

–Esa indecisión en sus actos y en su manera de sentir, que ora parece que me idolatra y ora da la sensación de que ni siquiera existo para ella, me envuelve y me subyuga. ¡No puedo remediarlo! – se decía con la mente.

–Vamos, vamos a la Puerta del Sol. Allí tomaré un tranvía.

Y, cogiéndolo de una mano, tiró de él.

Luis dejábase arrastrar con deleite.

Ya en la esquina del Ministerio de la Gobernación, Amalia gritó:

–¡Eh! ¡Eh!

Un taxi con franja azul se detuvo ante ellos.

Amalia abrió la portezuela y se metió ligera.

Arrellanándose en un ángulo, dijo:

–¿No subes?

–¿Yo?

–¡Claro! ¡Me irás a dejar sola!

El poeta quedóse perplejo con el pie en el estribo, pensando:

–¡Ésta es capaz de presentarse conmigo

delante del tío! ¡Según le dé! ¡Su vesania lo mismo la puede llevar a la audacia de más peligro que a la cobardía más ridícula!

– ¡Serás capaz de no acompañarme! Sube, nene. No me dejes sola. Tengo mucho miedo. Llévame hasta la misma puerta.

Luis sentóse al lado de Amalia y cerró la portezuela.

– Al paseo de Rosales y pare en la esquina de Urquijo.

El automóvil partió.

Todo nevado.

En el cielo no había ni una nube: raso, raso.

La luna estaba redonda y el aire era del color de las aguas del Nilo.

La luna corría, seguida por dos luceros.

El paseo de Rosales veíase solitario y ampo.

Núcleos de miriadas de luces se divisaban allá en el horizonte. Hubiérase dicho que eran grupos de hombres que, con cerillas en las manos, buscaban en el suelo valentía.

Sita estaba en lo exacto. La nevada no daba frío: su aliento se filtraba en los po-

ros con la misma sensación que el sedante mentol.

En la misma esquina de Urquijo, el poeta pagó y el automóvil desapareció.

–No hemos debido dejar el auto. Debimos habernos ido a la pensión. ¡Qué necesidad tienes de darle explicaciones!

–Sí, sí, Luis. No cuesta ningún trabajo quedar como es debido. ¡Además, se trata de un hombre que no lo conozco de ayer! Yo, esta noche, se lo digo todo, y mañana a unirme contigo para siempre. ¡Qué alegría! ¡Por fin!

–Tú no te separas ya esta noche de mí.

–No me exijas que quede como una golfa. Las cosas bien hechas siempre resultan mejor.

–¿Y si el tío se pone posma?

–¡Que se ponga! ¡Se va a tirar de los pelos! Lo que me gustaría que tú pudieras ver la escena.

–¿Por qué no le despides de él por carta?

–No me gusta que me aconsejes que haga cosas feas. ¿Por qué por carta? ¡Cara a cara! ¿Es que acaso le tengo yo miedo?

–Bueno. ¿A qué hora le espero?

–No sé a qué hora decirte. Si tú no estás cuando yo llegue, te aguardo. Pero ¿esto es

verdad o es un sueño? ¿No te arrepentirás, vida mía?

–¿Tú crees que yo soy hombre que se arrepienta?

–¡Perdóname! Tú nunca dejas de ser un hombre perfecto.

–¡Amalia!

–Te tiembla la voz. ¿Qué te pasa?

–Que te quiero.

–Lo dices con pena. ¿Es que te pesa?

–No, pero me asombra.

–Ya sé que era muy difícil el que tú amaras a una mujer.

–Difícil no: imposible.

–Ya ves qué mérito tengo. ¡Qué fuerza!

–Más que tú te crees.

–¿Y te disgusta amar a una mujer así?

–A mí lo que me disgusta es hacer cosas en contra de mi deseo.

–Y esto, ¿es en contra de tu deseo?

–Es mi plena voluntad. Soy la antítesis de mi pasado. Antes, todos los cuerpos de las mujeres y ni una sola alma. Hoy, tú, tú sola. Únicamente tu alma. Y tu cuerpo también, porque es ánfora de tu espíritu.

–Yo en mujer y tú en hombre, éramos iguales. Tú, cuerpos de mujeres, y yo, carteras de hombres.

–¡Tan fríos y ahora dos llamas en medio de esta nieve!

–¡Tú me prendiste fuego!

–¡Y tú me has incendiado!

–Tenía frenesí por no ser más el instrumento de la anormalidad del poeta, sino su ideal.

–Eres digna de ser la compañera de un poeta. ¡Te lo has ganado, Amalia!

–¿Cuál es el aliento de tu vida?

–Tú.

–¿Y la revolución? ¿Y la igualdad de los hombres?

–¡Eso nunca puede borrarse de mí!

–¿Por qué optarías en un momento decisivo? ¿Por ellos o por mí?

–Por ti.

–Tengo ganas de llorar, pero no puedo. Estoy como idiota. De tanta alegría todo me da lo mismo. ¿Sentiré el frío de la nieve?

Tendióse en el suelo.

–¿No es con nieve con lo que conservan las carnes para que no se corrompan?

–Levántate.

–Déjame, que estoy muy a gusto. Cuando me muera mandas hacer un ataúd de nieve y méteme en él. Todos los días quiero que vayas a verme y me beses en los ojos.

Se puso en pie.

Reclinó la frente en un hombro del poeta y estalló en un llanto.

– ¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa?

– Déjame llorar, déjame; me estoy acordando de cuando yo era niña. Cuando yo era niña era muy romántica. Me enamoraba hasta de los troncos de los árboles. Y mantenía conversaciones amorosas con ellos. Recuerdo que una vez cortaron uno que por ese entonces era mi novio y me costó muchas lágrimas y estar sin comer y triste bastante tiempo. Después vi la vida y me hice lo que era.

– ¡Lo mismo que yo, Amalia!

– Y hoy noto que vuelvo a ser otra vez niña.

– También estoy experimentando en estos instantes la misma sensación.

– ¿Tú?

– Sí. Todo mi romanticismo de chico, ahora mismo está acudiendo a mí.

– ¿A ver? – cogiéndolo del mentón –. Déjame que te vea los ojos a la luz de la luna. Algo pueriles los tienes. Pero no del todo. Dan fogonazos de vez en cuando. No los tienes serenos. Mira: no los tienes así como yo.

– Se te han puesto más claros.

– ¡Hasta que tú no los tengas así! ¡Pero yo te los pondré! Bueno, me voy, que ya son cerca de las once. ¿Dónde pensará Raimundo que estoy?

– Pero ¿te acuerdas de ese ente?

– ¡Ibas a tener celos!

– Yo no puedo tener celos, Amalia. Los celos los sienten los que se obstinan en que se les ame a la fuerza. Los celos son pasión de bárbaros o mendigos. Yo no soy ni una cosa ni otra. Yo no puedo amar nada más que a lo que a mí me ame. Los celos son falta de estimación propia. ¡Y yo me idolatro! Porque yo me adoro a mí mismo, he llegado a amarte a ti, porque amas a lo que yo amo tanto. ¡Ese ha sido el milagro por el que yo he llegado a amar a una mujer! ¡Y la querré mientras ella me quiera! ¡Ni un instante más!

– ¡Que no te descubran las mujeres, porque te van a querer todas eternamente! ¡Las mujeres queremos que sea el hombre un dios, y como la mayoría son unos avaros, o unos mendigos, por eso los aborrecemos y los engañamos! ¡Yo te descubrí y dije: seré de él y él mío!

– ¡Sí! Yo soy el que te dice ahora que te vayas a decirle a ese imbécil que tú amas a

un hombre y que no quieres su dinero y que a él lo desprecias.

–¡Pienso decírselo todo!

–¡Escúpele en la cara!

–Dame tú un beso.

Se estrecharon en un abrazo y sonaron besos.

–¡Hasta mañana, frenesí mío! –gritó Amalia.

–¡Hasta mañana!

–¡Espérame y no salgas!

–¡Te esperaré!

–¡Hasta mañana!

Y Amalia desapareció por una esquina.

Sólo el poeta entre la nieve.

En el cielo verde la luna corría.

Los grupos de hombres, con las cerillas en las manos, buscaban y buscaban coraje allá en el horizonte.

La Tierra no era la tierra, ni la nieve era nieve: era un monstruo que galopaba, cubierto de espuma, desbocado por el infinito, y el poeta, su jinete.

XVI

Aguardaba el poeta a Amalia.

Las horas transcurrían.

¡Nunca llegaba!

El poeta pensaba:

–¡Mucho tarda!

Y era verdad que la joven tardaba mucho.

Solamente salió Luis de su habitación para comer.

Intentó varias veces escribir un artículo y no pudo.

Ya anochecido, unos minutos después de alumbrar en el cuarto la lámpara, se abrió la puerta y, por fin, llegó Amalia.

Desfallecida se echó en la cama.

–¿Por qué has tardado tanto? ¿Qué te pasó? ¿Y tus maletas?

–Déjame unos instantes, Luis. Ahora te contaré. ¡Mi sino fatal! ¡Mi sino fatal!

Y atronó la estancia con su llanto.

– ¡Habla, habla! ¿Qué te sucede?

– Luis – agarrándole una mano y mirándolo con ternura –, Luis, vida mía: si ese bestia de Raimundo se metiese contigo, tú no le harías caso y lo despreciarías ¿verdad? Dame tu palabra. ¡No creo que tú te pongas a pelear con él!

– ¿Por qué me dices eso? ¡Explícate, explícate pronto!

– No, Luis. No te pongas así tan violento.

Ella se incorporó, sentándose.

– Estás muy pálida. Algo te ha sucedido con ese canalla. ¿Qué es esto, Amalia?

– Nada, nada – subiéndose el cuello del abrigo –, si no es nada. Déjame. Estate quieto.

– ¿Quién te ha hecho estos arañazos?

– Si no es nada.

– ¡Quítate el abrigo!

– ¡No, que tengo frío!

– ¿Frío? Si está la calefacción encendida. Apenas si se puede respirar aquí.

– Pero yo estoy destemplada. Debo tener fiebre.

– ¡Quítate el abrigo!

– Cuando te vea tranquilo. Mientras estés así tan furioso, no.

—Bueno. No seas tonta y haz lo que te digo, porque me irrito más.

—Voy a quitármelo.

—¡Anda y no gastes tiempo!

—Prométeme que tú no harás nada.

—¡Que te lo arranco a pedazos!

Se despojó de las pieles.

—Y ¿cómo has consentido que te ponga así de cardenales los brazos?

—Tranquilízate, nene.

—Dame las señas de la casa.

—¡Tú no sales de aquí!

—¡Verás cómo yo doy con él!

Se fué a la percha a por el sombrero y el abrigo.

Ella corrió a la ventana y, abriéndola de par en par, gritó desencajada:

—¡Si sales, me tiro a la calle a estrellarme!

Él se contuvo.

—¡Cierra la ventana!

—Deja el sombrero y el abrigo en la percha.

—¿Por qué tienes ese miedo?

—¡Porque si te ve, te mata! Me lo ha jurado.

El poeta sonrió, flemático:

—Buen atemorizador de mujeres se conoce que es.

–No seas tonto, que te mata. ¡De verdad que te mata! ¡Tú no lo conoces! Tranquilízate. Él también ha llevado lo suyo. Por cada cardenal y cada arañazo que él me ha hecho, yo a él cuatro o cinco. Toma esa silla y óyeme. Tú no puedes disponer de tu vida, porque es mía. Es mi tesoro y yo no puedo perderlo, porque terminaría con el mundo. Verás cómo todo se arregla y somos los seres más felices. ¡Nos lo merecemos y hay una Providencia que premia! Anda, siéntate, que voy a contártelo todo.

Él se sentó en la cama, y ella, con la llave, cerró la puerta y se la guardó en el pecho.

–Cuando llegué, anoche, me lo encontré furioso –comenzó a decir Amalia, sentándose junto al poeta–. ¡No te das idea! Le dije sin ambages el motivo de mi tardanza y mi decisión de abandonarle para unirme a ti. ¿Tú has visto...? ¡Si no hay nada con qué compararlo! Se puso hecho un loco de atar. Tocaba con las manos al techo. Púsose a dar vueltas. Y, encarándose conmigo, empezó a increparme. Dijo que él mandaba en mí, que era mi amo por voluntad mía o por fuerza suya. Yo traté de irme, pero se me echó encima. Luchamos, y yo saqué esto y él tambien llevó lo suyo.

–¿Y las maletas?
–¿Qué maletas, nene?
–Las tuyas.
–Allí.
–¿No te las ha dejado sacar?
–No lo he intentado.
–¡Estás idiota!
–Pero ¿para qué las iba a sacar?
–¡Tú estás tonta!
–¡Si me he de volver a ir allí!
–¿Que te vas a ir otra vez con el tío?
–Sí, nene; para que no te mate.
–¡No seas ridícula!
–¡Cuando yo te lo digo!
–¡Bueno, tú estás para no hacerte caso! Tú estás obrando en estos momentos bajo una influencia extraña. ¡Pero qué miedo es ese!
–¡Si me quedo contigo te mata! ¡Que te mata, nenín, que te mata! ¡Cuando no me quedo aquí! Déjame unos días, que yo le daré solución a esto. Pero hoy es imposible lo que queremos. Vendré todas las tardes a verte para combinar un plan. Él me deja salir por las tardes con una señora que tiene en ella absoluta confianza. Yo le doy dinero... y me aguarda en Madrid-París.

– Pero ¿es posible que vuelvas otra vez a su lado?

– Tu vida vale todos los sacrificios.

– Amalia, no seas niña. Esa bestia no mata ni a una mosca. Un hombre de esa posición no se expone a nada. ¡El dinero hace muy provocativos a los hombres, pero muy cobardes!

– Tienes razón, pero este es un caso aparte. Ya te he dicho muchas veces que significo para él más que el dinero. ¿Qué haría un cobarde avaro si le fueran a arrebatar la bolsa? ¡Moriría antes! ¡Y mira que esos tíos son cobardes! Yo soy su tesoro predilecto. Ya me lo dijo anoche: que no le interesaba el que yo le quisiese o no. Que lo que le importaba era que yo fuese suya. Y que para eso se bastaba él. Sí, como un emperador que por la fuerza de su ejército domina sus estados, a pesar del odio de sus súbditos. ¡Es inhumano! ¡Se ha dado cuenta de mi idolatría por ti y me amenaza con tu muerte! ¡Y te mata! O tú... matarlo a él. Y esto tampoco es solución. Espérate unos días y yo lo arreglaré sin quebrantar nuestra felicidad. ¡Unos días no van a ningún lado! ¿Verdad? ¡Tanto como me cuestas no voy a exponerme a perderte por unas horas de im-

paciencia! ¡Cuánto trabajo me vas a costar!

Y con las dos manos le mesaba la cabeza, al tiempo que le besaba la frente.

–Me tienes asombrado, Amalia. Diríase que te deleitas en crear dificultades para unirte a mí. ¡Tu amor es patológico, es patológico!

En vano pudo el poeta convencer a Amalia a que se quedase.

Ella se horrorizaba ante el peligro de que le pudiera pasar algo a él.

Todo estaba dispuesto a arrostrarlo antes que su Luis riñese con el obstinado Raimundo.

Ya, viendo que era imposible retenerla, le dijo:

–Bueno, lo que quieras. Si es tu voluntad... Ya sabes que yo no soy hombre que quiere las cosas a la fuerza.

–Es mejor así como lo vamos a hacer.

–¡Haces de una brizna una montaña!

–Mañana, espérame a las tres.

Se despidieron: él muy secamente y ella entre mimos y promesas de solución.

–¡Es un caso patológico! ¡Es un caso patológico! – se decía Luis, dando grandes zan-

cadas por la estancia, cuando se quedó solo.

De pronto se detuvo y púsose a reflexionar:

—Es absurdo el miedo de esta mujer. Tan cínica y tan brava como ha sido siempre.

Súbitamente le vino a la memoria la frase de Amalia: «Sí, como un emperador que por la fuerza de su ejército domina sus estados, a pesar del odio de sus súbditos.»

—¿No es también un caso patológico la cobardía de los súbditos al emperador? ¡Todos esclavos de uno! ¡Todos sujetos de las muñecas por el fantasma de la muerte! ¡Somos un símbolo! ¡Somos un símbolo! ¡El fantasma de mi muerte hace de Amalia un estado de esclavos que lloran por su libertad y del canalla plutócrata un emperador! ¡Es ridículo, pero el horror a mi muerte se ha apoderado de ella, y mientras no comprenda que es un recurso supremo del avaro que defiende su tesoro, será así, porque la mente enferma de Amalia así lo quiere!

Y el poeta hablábase a sí mismo y se paseaba a grandes zancadas por la estancia, persiguiendo a un espectro: su ideal social y el amor a Amalia, convergentes en un punto.

XVII

Todas las tardes sobornaba Amalia a su señora de compañía.

La dejaba en Madrid-París y ella se iba al cuarto del poeta.

Raimundo siempre estaba ocupado en sus asuntos.

Amalia no veía otra solución que la de marcharse al extranjero.

Constantemente le suplicaba:

– Debemos irnos a París. ¿Por qué no te decides?

– ¡Pero yo qué voy a huír de ese idiota!

– Sí. Será todo lo idiota que tú quieras, pero es un bárbaro que nos tiene separados.

– Porque tú quieres.

– ¡Yo qué he de querer, Luis!

– ¡A ver!

– ¡Porque veo que nos rompe nuestra felicidad! Por muy insignificante que sea un hombre, puede hacerlo. Bastantes veces me ha dicho que yo, si quiero, le quito su dicha, pero que él nos la quitaba a nosotros. ¡Y lo hace, Luis! ¡Y lo hace! Está acostumbrado a que todas las cosas le salgan bien, y cuando ve que se le tuerce una... enloquece. ¡Y más tratándose de mí! Hay que tener mucho cuidado con él, porque es un tío sin entrañas. En sus comienzos creo que mató algunos hombres y pagó para que los mataran. ¡Sí, cuando fué contrabandista!

Charlaban y charlaban, siempre sobre el mismo tema.

A Amalia, todo el tiempo que estaba en el cuarto, notábasele sobresaltada temiendo ver aparecer a Raimundo.

Podía haberla seguido y presentarse de improviso ante ellos.

Pasada una media hora de conversación, tomaban el sombrero y el abrigo y se iban a la calle.

Entraban a un café a merendar o tomaban un taxi para irse a las afueras.

Al poeta le sublevaba ocuparse del despreciable plutócrata, pero eso era la obsesión de ella.

Su dignidad no le dejaba suplicarle a la joven ni precisarla por la fuerza con este dilema: «O él o yo».

El poeta no claudicaba en sus procedimientos de libertad, pero sufría.

Su Yo sobre el universo manteníase erguido, embozado en su espíritu.

XVIII

El poeta, impulsado por el amor a Amalia, poníase en ocasiones a meditar sobre la conveniencia de emprender la marcha a París.

No era ninguna locura.

El director del gran diario, en el que él colaboraba, le había ofrecido mandarlo de redactor a allá.

Le seducía la idea de firmar sus crónicas desde la capital francesa.

Allí había también muchos camaradas conspirando por la causa.

Tenía, además, ambición de ver traducidos sus libros ya publicados.

Soñaba con propalar por el mundo su arte.

Casi, casi el irse a París era su deber de luchador.

La política también se lo aconsejaba: des-

pués del último intento monetario de Roca, no se podía trabajar con eficacia nada más que desde el extranjero.

Amalia llevaba en ella todos los resortes de la fama del poeta.

Ahora sí que con sus terribles amenazas, Raimundo era el hado venturoso de los amantes.

Si no hubiese sido por el codicioso plutócrata, Amalia nunca hubiera pensado en llevarse al poeta a París.

Y sin ese afán de la joven, al artista habríasele pasado el tiempo sin hacer proyectos para traspasar la frontera.

Raimundo era el pegaso de la gloria del poeta.

Seres que surgen en la vida de los hombres, que influyen inexorablemente para hundirlos o colocarlos como astros en el cielo.

No era tan malo Raimundo. La fuerza que lo impulsaba sí que era malvada, pero el efecto que producía en la pareja no podía ser más loable.

Por él habíanse purificado.

Por él, Luis llegaría raudo a la máxima fama.

Por él sus nombres serían inmortales. Quedarían en la posteridad consagrados

santos de amor: una pareja de sátiros convertida al platonismo. Y Luis trabajaría eternamente con Lenín en el laboratorio donde se construyen los hombres, buscando la fórmula de lanzarlos a la vida iguales.

¡Todo por Raimundo!

Pero el poeta no lo estimaba de ese modo.

Él consideraba a Raimundo un canalla que habíasele atravesado fatalmente en su vida.

—¡Si no fuera por ese tipo repugnante, me iría a París! ¡Es lo que me conviene! ¡Por estos escrúpulos míos no me voy! ¡A mí me parece que huyo de él! ¡No! ¡No me voy! ¡Cómo me ha complicado la vida ese canalla! ¡Hasta este amor de ceguera que yo tengo hoy por Amalia, estoy por pensar que tiene gran influencia él! ¡Es ridículo lo que a mí me pasa! ¡Lo odio, lo odio! ¡Esto va a terminar con coger a ese tío del cuello y ahogarlo!

Y, después de pensar eso, entornaba los ojos y veía una amazona con una enorme espuela cabalgar por una cuesta arriba. La amazona era Amalia; el caballo, sangrándole los ijares, él; y la espuela iba repujada con caras gemelas de un ser desconocido.

—¡Esa espuela es el viejo! ¡Esa espuela

es el viejo! ¡Mi espuela de amor! ¡Mi espuela! ¡Mi espuela!

Pero el poeta revolucionario, a pesar de tener cabeza de tigre, no podía doblar el cuello y darle una dentellada en el talón a Amalia, al tiempo que de un bote la desmontaba para salir corriendo libre.

¡Su amor era ya frenético, amor de enfermedad, amor fronterizo al borde del abismo por donde se desploma para perderse el Yo!

XIX

Al despedirse un día, concertaron ir a la tarde siguiente a la exposición de un pintor amigo, que iba a hacerle un retrato a Amalia.

El poeta se puso a escribirle a un camarada político, de Lisboa, mientras esperaba a Amalia.

Terminó la carta y eran más de las tres.

Encendió un pitillo y comenzó a hojear un libro.

Las tres y cuarto y sin abrirse la puerta.

Levantóse nervioso y cepilló el sombrero.

Casualmente vióse en la luna del armario y no le gustó el nudo de la corbata. Lo deshizo y lo volvió a hacer.

Nada; no le gustaba.

Sacó una corbata y se la puso.

Al zapato del pie derecho le advirtió la

sombra de una grieta y se calzó otros flamantes.

¡Qué pulcritud en el vestir le asaltó de repente al poeta!

Sus fibras se agudizaron en un instante, hasta tal extremo de exactitud de estética ordenada, que todo lo vió feo, viejo y mal colocado.

Los libros, los cuadros, las sillas, todo lo que tenía la estancia, hasta las almohadas, lo revisó, dándole la más rigurosa simetría.

¡Él, tan libre, tan bohemio, que ante las cosas uniformadas se le trastornaba el juicio!

Pero ese espíritu rutinario sólo le duró unos minutos.

Se aceleraron sus nervios, enfureciéndolo.

Dióle un tirón a la corbata, ladeándosela.

Los zapatos tropezaron con algo que los desolló.

Rascóse la cabeza, enmarañándósele el pelo.

Las cuatro.

¡Amalia no llegaba!

Abrió de par en par la ventana.

Triste, la volvió a cerrar.

Se asomó al pasillo y escuchó.

No andaba nadie.

—¡Ya no viene!

Púsose el abrigo y el sombrero.

—¡Me voy!

Despacio, despacio, daban las suelas de sus zapatos en el suelo al irse, como si sus pies hubiesen sido unos aldabones que llamaran en la puerta de la pena para que saliera Amalia.

XX

¿Qué sería de Amalia?

La joven había desaparecido para el poeta.

Todas las tardes la esperaba una hora, dos y hasta tres.

Algunas veces se imaginaba que el viejo plutócrata la había secuestrado.

Imposible saber nada de ella.

Había recorrido casi todas las calles cercanas al paseo de Rosales preguntando, pero nadie pudo darle ni un relámpago de oriente.

Pasábanse los días y el poeta enfermaba de tristeza.

¡Era un ruiseñor sin hembra!

El semblante se le puso dulce, sus ademanes melancólicos, y no parecía el hombre moderno de años antes, sino un poeta de novela del siglo XIX.

A las tres de la tarde todo lo abandonaba para ir a aguardar a su Amalia.

Hubiérase dicho que era un astro, con un rumbo fatal, que pasaba por su cuarto a esa hora.

XXI

Transcurrió un mes sin presentarse Amalia.

El cuarto del poeta estaba sin nadie.

Sobre la mesa de trabajo, un reloj marcaba las tres menos cinco.

Algunas losas tenían sol, sol de un día de primavera templado.

La ventana, de par en par, era la boca, abierta, de la estancia, y tragaba aire luminoso y alegre.

La aguja larga del reloj llegó a las doce: las tres.

Las tres y un minuto.

Se abrió la puerta y penetró el poeta.

Iba ceñudo el hombre.

Se despojó de sus prendas de calle.

Dió unos cuantos paseos.

De súbito, arrimó el oído a la puerta.

– ¡No es ella!

Siguió paseando.

– Si la viera aparecer la estrecharía en un abrazo y, únicamente, a trozos podrían separarla de mí.

En el fondo, el poeta, siempre había sido nihilista.

La revolución, como martillazos para esculpir la humanidad perfecta, había sido un arte al que él se había abrazado para pasar flotando por la vida.

Pero sus entrañas eran nihilistas: el mundo es un cáncer que le ha salido a la Nada, y la verdad está en estirparlo.

Convulsiones y convulsiones sociales vendrán, y el Odio, la Injusticia y la Pena, eternamente, seguirán dominando, aunque con distintos trajes y modalidades.

Algunas veces se le ocurrió asomarse a la verdad y tuvo que cerrar, horrorizados, los ojos: no había virtudes ni pecados, no había bueno ni malo, todo era convencionalismo de los hombres para pasar la vida.

Todo era igual.

Él y el idiota que le vendía, por las noches, los pitillos a la puerta del Savoia, idénticos.

En ocasiones así enjuiciaba.

Esa tarde también se le ocurrió asomarse a la verdad.

No se pegaron sus párpados con la cola del horror, como otras veces.

Abriéronse más y más.

Sus pupilas se hundieron por un mundo trasparente, como aire puro en una esfera de cristal incoloro.

Su mirada no encontró límites y huía y huía de él en busca de la presa de un color.

–¡La verdad! ¿En dónde están los fantasmas de la vida?

–Los de tu vida en ti. Y los de los demás hombres en cada uno de ellos –le contestó una voz desde lo más interno de su ser.

–En mí no hay nadie más que Amalia.

Cerró los ojos para apartar de sí a la verdad.

Su mirada tornó a ver las cosas de la estancia.

–¡Nada hay ahí; todo está en mí!

Sintió frío y cerró la ventana.

En un instante, su rostro pareció un fruto al que unas manos lo mondaran.

Sí; había unas manos en la estancia que le quitaban de la faz tiras de tristeza.

Sonreía con sonrisa de niño, estremecido

de placer al contacto de los dedos que lo despojaban de la pena.

De un rincón salían unos brazos que se alargaban, se alargaban hasta llegar a él.

– ¡Amalia!

Y se dirigió al perchero.

Un kimono de Amalia, a grandes ramos de colorines, pendía.

Lo acarició de arriba abajo.

Alzó una punta para ver el reverso.

Sobó la tela como para saber su calidad.

Miró en su rededor.

¡Nadie!

Y ¿qué significaba que hubiese estado allí una muchedumbre?

¿Qué les importa a los hombres libres la gente?

¿Qué valor tiene el juicio ajeno en los seres de espíritu emancipado?

Lo que se hace es porque se desea, y lo que no se hace es porque se desprecia o es indiferente.

Siempre obró también así el poeta.

Cuántas veces, en medio de la calle, le agarró un seno a alguna mujer que le gustó.

Su desaforada lujuria se lo ordenó, y él lo hizo sin hacerle caso a los transeuntes.

En esta hora, su espíritu le pedía incrustar-

se un fantasma de tela, y se lo incrustaba aunque aquella estancia se hubiese convertido en una plaza pública.

¿Romántico?

No: ¡ultramoderno!

¡Sí!

¿Quién podía reírse?

El que le demandaran sus nervios la risa.

¡Que se riera!

Lo mismo que él se obedecía a sí mismo, que el otro también se obedeciese.

¡Cada cual autómata de su resorte!

¡Bailarines sueltos girando sobre el peón de su instinto!

Ya el comunista le pareció un hombre reaccionario, esclavo, arcaico.

¡Lo moderno era la anarquía!

—¡Hombres: dad y dad vueltas sobre la púa del trompo de vuestras pasiones! ¡Aún en la comunidad social, sed solitarios ciegos los unos para los otros! ¡Apenas si tenemos ojos para vernos a nosotros mismos! ¡Yo, por mi parte, así lo hago! ¡Desde este instante ya no os veo más a ninguno!

Pareció decir eso en un oleaje la sangre del poeta.

Descolgó el kimono y lo acostó en sus brazos.

¿Habíase puesto loco?

¡No!

¡Hacía libremente lo que sentía!

– Amalia, Amalia – dijo con voz dulce.

Levantó los brazos hasta hacerle rozar al kimono con su nariz.

Aspiró y aspiró.

¡Aún tenía la tela reminiscencias de Amalia!

¿A su carne?

¿O a su perfume?

A su carne perfumada.

Hubiérase dicho que ella en materia vital estaba allí palpitante.

Parado en el centro de la estancia, parecía un sacerdote de una religión ignota oficiando.

Como si recordara, escondió las niñas de sus ojos tras la tapia de la frente y afiló su rostro con un gesto de acecho.

Temblaron sus labios en una cosa que parecía sonrisa, y besó la reliquia.

– ¡Genio! ¡Genio! ¡Genio de mujeres! ¡Contempla la labor que has hecho conmigo! ¡Mírame! ¿Te acuerdas de aquel Luis de antes? ¡Mírame hoy! ¡De repugnante carnívoro me has hecho olfateador de un alma! ¡De peña con abrojos, aire! ¡Tuya es la magia de la maravilla!

Estrujó el kimono contra su pecho y le dió centenares de besos.

–¡Soy gran poeta! ¡Todo mi sensible espíritu huye de ideales sociales y se yergue en una tromba que es el pedestal tuyo! ¡Y te levanto y te levanto hasta el infinito!

Se acercó a la cama. Puso al kimono extendido sobre ella.

¡El poeta habíase puesto loco!

No obedecía a una conducta definida.

Ráfagas de veleidad le hacían titilar como a una llama el viento.

Montó en su nariz las gafas del sensualismo.

Sus ojos ya no eran gotas puras de agua transparente cayendo sobre el espíritu amado, como en momentos antes, sino dos moscardones que zumbaban para posarse sobre la carne.

–¡Ahí están sus senos!

Y con sus manos le dió unas unturas a la tela en el lugar que coincidían sus pechos.

Se le enrollaron los labios y se hurgó con el dedo meñique un oído.

Sintiéronse pasos en el pasillo.

Hubiérase dicho que el sonido de los pasos lo producía una bomba aspirante de atracción inexorable: los cabellos, los ojos,

los brazos, hasta la ropa del poeta, se le despegaban para chapuzarse en aquella manga de imán que arrancaba de afuera.

Estuvo en esa actitud escuchando unos instantes.

—¡Amalia!

Abrió la puerta.

Pronunció una blasfemia.

De un portazo volvió a cerrar.

Viósele la cólera en el rostro.

Cogió el kimono de una punta y lo arrojó despreciativamente a un rincón.

—¡No quiero nada tuyo! ¡Desde este instante te olvido para siempre! ¡Mañana no habrás existido para mí! ¡Ni aun tu recuerdo me quedará! ¡Mujer fatal! ¡Mujer fatal! ¡Mis ideales! ¡Mi arte!

Tomó del suelo el kimono.

—¡Para la trapera! ¡Para la trapera!

Al mismo tiempo lo hacía jirones.

Cuando lo despedazó, sentóse en una silla y se puso a fumar.

Se pasaron diez minutos.

La estancia estaba en penumbra.

El poeta se levantó pusilánime.

Despacio, se aproximó a los jirones del kimono.

Uno por uno, con la máxima ternura, los

fué tomando y colocándolos en la cama.

En tinieblas la habitación era semejante a un bloque de pez.

Ni cama, ni mesas, ni sillas; ni al poeta, ni a nada se veía.

Negrura, negrura.

Y de aquella negrura brotaban besos, y un lloro remiso.

XXII

– Mira, Rodrigo: aquella ventana con luz debe ser el cuarto de Luis.

– Sí, su cuarto es.

– Estará trabajando.

– O pensando en Amalia.

Caminos y Rodrigo, sentados en la terraza del quiosco de horchata de la plaza del Callao, charlaban, destilando sudor al cálido aliento de una última noche de la primavera.

– ¡Un hombre tan moderno! – decía Caminos.

– ¿Y qué tiene que ver que sea moderno?

– Lo digo por esa manera tan sentimental, tan apasionada, de enamorarse.

– ¿Es que el corazón de un hombre es como un zapato, que varía de horma según las modas?

–¡De eso sabes tú que no vas a convencerme ahora! Estamos perfectamente de acuerdo tú y yo.

–Luis es un hombre moderno, modernísimo: un hombre del día. Y seguirá siéndolo. Es hombre moderno en aquello que se puede ser: en gusto estético, en costumbres, en ideas sociales y en todas las cosas que evolucionan con el tiempo. Pero.. en el amor, Ángel, ¿quién puede hacer tales o cuales siluetas con ese cordón misterioso que saca a los seres de la Nada a la Vida? ¿Quién puede hacer con él perfiles de figurines? Si ni siquiera lo vemos, ¿cómo vamos a poderlo coger para destacar contornos de monigotes, que den una pauta de estilo a nuestro capricho?

–Pero su situación me da pena.

–¿Por qué?

–Hombre, ¡porque sí! ¿A ti te agradaría que te pasara lo que a él?

–Lo deseo. Yo ansío encontrar una mujer que me impresione, como ha impresionado Amalia a Luis.

–Esta noche te ha dado por ahí. A ti no hay que hacerte caso. Nunca te he oído dos opiniones iguales. Yo estoy enamorado. Yo quiero mucho a María Fernanda. Es la mu-

jer que tú sabes que estoy buscando toda mi vida. ¡Ella me dará mis hijos! Ella me corresponde y somos mutuamente felices. ¡Así es una dicha ser prisionero del amor! Pero como lo es el pobre Luis: loco por una mujer que le desapareció y que la espera y nunca llega... ¡Vamos, hombre, eso es espantoso!

—Precisamente por eso es por lo que me gustaría encontrar una mujer como Amalia.

—¿Por qué?

—Porque lo ha enamorado y después se va y no vuelve, diciéndole en la huída: aunque no me veas, desde el misterio cada día te querré más. ¡Amalia es la mujer del amor perfecto! ¡Es la mujer que da la esencia sublime del amor! ¡El delirio de la fiebre! Y en cambio, entierra el hollejo. Y a ti te dará tu María Fernanda ese hollejo: los hijos, el tedio de su persona, constantemente a tu lado, las molestias domésticas y todas las plagas conyugales. ¡Quizá te hagas un tripudo burgués! Y la extraordinaria Amalia, a Luis, fantasmas impalpables de ensueños. ¡Cada día lo hará más poeta! Le depurará más su persona; en fin, lo...

—Tú siempre con tus terribles sofismas.

—¿Es que las últimas crónicas de Luis no valen más?

—¡La última era formidable!

—¡Entonces! ¡En cambio, tú cada día estás más torpe! ¡Te sientes dichoso! ¡No hay nada más que dolor! ¡Dolor, Ángel!

—No sé cómo te las arreglas que siempre acabas convenciéndome.

—Sí, te convenceré mucho, pero sigues aferrado a tu María Fernanda.

—¡La quiero!

—¡Ya te aburrirás de ella y tendrás que soportarla! Eso es lo terrible de las mujeres que se entregan en cuerpo. ¡Nada de materia, Ángel! Hay que buscar mujeres que no den más que espíritu. Mira yo: a todas las mujeres que simpatizan conmigo las poseo en alma. Ya te lo he hecho observar muchas veces en un café, en un paseo o en cualquier otro sitio. ¿Las has visto estar allí, pegadas en cuerpo al hombre, y escapárseles el espíritu y acudir a fundirse con el mío? ¡Tú las has visto!

—¡Ji! ¡Ji! ¡Ji!

—¿No es cierto lo que te digo?

—¡Sí, hombre! ¡Te he visto hacer esas faenas muchas veces!

—¿De quién era esa mujer?

—¡Tuya, hombre! ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji!

—Con todas las mujeres que son polos

magnéticos míos establezco corriente. Y brota chispa de amor. ¡Todas son mías y yo de todas! Deja a los rematantes de las carnes que paguen caro su arbitrio: con los hijos, con la oficina, con las impertinencias del histerismo, con las exigencias de la coquetería, con los celos y con el robo de sus codiciados cuerpos. ¡Déjalas que paseen del brazo por los bulevares con ellos! ¡Hazte amador de espíritu! El amor es luz, y para ser de su reino, tienes que hacerte sombra. Lo mismo que para las mujeres soy para la Naturaleza. Dicen que ser moderno es ser materialista. Esa es la fórmula que ha tomado hoy de los yanquis la mayor parte del mundo. «¡El hombre práctico», Ángel! ¡El idólatra del Oro! ¡Oro para adquirir cosas y recrearse en la vida! ¡Oro para dominar la Vida! ¡Nada de ensueños! ¡Nada de idealidades! ¡Las plantas de los pies muy pegadas al suelo! ¡Las manos muy abiertas, siempre haciendo presa! ¡La mirada hacia abajo, que es donde está la realidad, labrando la tierra con las pestañas! ¡Actividad, educación de ademanes, hielo en el pecho, traición en el semblante, adulación en la lengua y una máquina de calcular en el cerebro! ¡Y Oro, Oro! No puede ocultarse, Ángel, que la fórmula nace de los yanquis:

hombres que acaban de salir de las selvas. El sentido que ellos tienen de la vida, y que le están infiltrando a gran parte del mundo, es el que tenían los hombres primitivos: voracidad de materia. ¡Qué sabían ellos de espíritu! ¡Si el espíritu es la experiencia del hombre sobre la tierra! El hombre debió nacer sin alma, o rudimentaria como la de las bestias: afán de vivir, afán de vivir. Y el afán de vivir les hacía agarrarse a la tierra. Y del luchar y el luchar, les fué naciendo el alma: ciencia de vida. La fórmula yanqui es el ronzal que tira del hombre hacia la tierra para que muerda la grama y retorne a ser otra vez bestia. ¡Es la vuelta de la humanidad a su cueva de salida! Y a eso le llaman hombre moderno: ¡hombre de las cavernas! ¡Espíritu, Ángel, espíritu, que es la sabiduría de la materia en su largo estudio de dolor sobre el libro de la tierra! El espíritu es la espuma de vanguardia que lleva la corriente de la Vida. Hazte una burbuja de ella y serás siempre hombre del último instante. Posesión y Libertad son las metas hacia donde corre el hombre. Pobreza y Esclavitud son las matrices de su salida. Por el alma, el hombre va aprendiendo a poseer y a liberarse: va asesinando el instinto que es el que agarra la ma-

teria, se esclaviza y nunca se adueña de ella. El alma no apresa nada, todo lo posee y vuela libre. Lo mismo que hago con las mujeres hago con la Naturaleza. Todo lo que me agrada de ella lo poseo: le pido el espíritu, ella me lo da y yo le entrego el mío. ¡Hasta la inmortalidad la resuelves con el espíritu! No me refiero a esa inmortalidad estúpida, ultraterrena, sino en la misma vida: a todo hombre le es dable hacer algo extraordinario, sea lo que sea, para quedar eternamente de contemporáneo, en espíritu, de todas las generaciones.

—¡Eres todo cerebro, Rodrigo!

—¡La pena es tener este cuerpo y no ser una impalpable gota gris, para flotar por la vida, posarme en todo y correr libre!

—Tenías razón en todo lo que has dicho de la influencia yanqui. Pero contra ellos está el Oriente. ¡Todo ideal! ¡Avance hacia la redención!

—¿Ves?: porque son los que más aprendizaje llevan de hombres.

—¡Hay que seguirlos, Rodrigo!

—¡Hay que seguirlos, Ángel!

—¡Con los mayores bríos!

—¡Con el sacrificio! Y volviendo a nuestro querido Luis, que es por quien han salido

esas reflexiones. Como hacía unos días que no lo veía, estuve a visitarle. No estaba enfermo como me figuraba. ¡Me admiro oírle! Me estuvo hablando de la clase de amor que él siente por Amalia. De un amor genial, eterno. Quisiera que lo hubieses oído. Me enseñó un kimono rasgado que tiene de ella... Otro, al sentirlo expresarse con la tela en la mano, lo hubiese tomado por un loco, pero a mí me pareció un elegido de amor. ¡Qué Amalia, qué Amalia!

—¿Vamos a subir a ver si quiere dar un paseo?

—No hay quien lo saque de su cuarto. ¡Y hace bien! ¿Para qué?

Ángel y Rodrigo enmudecieron.

Y miraban y miraban a la ventana iluminada del fraternal amigo.

XXIII

–Una señora pregunta por usted, don Luis.

–¿Una señora? – interrogó el poeta, levantándose de la silla.

–Sí. Dice que desea verle.

–¿Es la señorita Amalia?

–No, señor. Es una señora ya de edad.

Frunció el ceño.

–Pregúntale qué es lo que desea.

Al instante volvió la criada diciendo:

–Viene de parte de don Rodrigo.

–¿De parte de Rodrigo? Qué extraño. Que pase.

–¿El señor Morata?...

–Yo – contestó secamente.

–Mucho gusto.

– Puede sentarse.

– Sí, me voy a sentar. Es largo lo que tengo que hablarle.

– Usted dirá. ¿Viene usted de parte de mi amigo Rodrigo Ronza?

– Perdóneme usted que me haya valido del nombre de su amigo para introducirme... Yo, francamente, le digo que ni siquiera tengo el gusto de conocerlo.

– No comprendo la necesidad de emplear ese ardid para llegar a mí. ¡No me confunda con un personaje político, señora! En este cuarto puede entrar todo el mundo, aun sin permiso.

– ¿Esa amplitud la hace usted extensiva también a las mujeres?

– Bueno, dígame, señora: ¿qué es lo que usted desea? Sinceramente le digo que su visita me resulta extraña.

– Le ruego que no se moleste. Desearía que me contestase a esa pregunta.

– ¿A qué pregunta?

– A lo de si no le tiene usted puesto el veto a las mujeres para que penetren aquí.

– No sé qué sentido darle a su pregunta, pero me parece...

– Nada que pueda mermar la consideración que usted merece. Deseo saber, porque

es el objeto de mi visita, si esa puerta está abierta a las mujeres.

–Pero ¿por quién me toma usted?

–Por un hombre muy hombre. Tengo las mejores referencias de su hombría.

–¿Se ha prestado usted a una broma de mis amigos? ¿Quién es usted? ¡Perdóneme que no la tome en serio!

–Hace usted mal, porque yo en estos instantes represento una cosa muy seria para usted: creo yo. A no ser que me hayan equivocado.

–¿Quién la manda a usted?

–No puedo decírselo, mientras no me conteste a la pregunta que le he hecho. Obedezco a unas órdenes severísimas. Si se obstinara usted en no contestarme, tendría que marcharme. Así se me ha exigido y yo lo he prometido. Le parece raro, y yo lo comprendo que así sea...

–Bien; pueden entrar todas las mujeres que quieran. ¿Es eso lo que usted deseaba que le dijese? Es muy peligroso el hacerme caer en la tontería, le advierto a usted.

–¡Por Dios, hombre! ¡No me haga tan cínica!

–Ya sabe usted lo que deseaba. Ahora, hable.

– Veo que no necesitaba usar del nombre de su amigo para verle a usted.

– Ninguna, absolutamente.

– La persona que me manda, se ha equivocado. Ella creía que se negaría usted a recibirme.

– ¡Pero si yo no la conozco a usted, señora!

– Ella se imaginaba que al enterarse usted que una señora deseaba verle, sospecharía usted que vendría de su parte y que no la recibiría.

– ¿Quiere usted terminar?

– ¿Se acuerda usted mucho de Amalia?

– ¿De Amalia?

– ¿La ha olvidado usted? ¿Está usted muy enfadado con ella por su desaparición?

– ¿Viene usted de parte de Amalia?

– Sí, ella es la que me manda.

Enmudecieron unos segundos.

– ¡Qué mal se ha portado Amalia!

– Al parecer, sí. Pero cuando sepa usted la causa, la disculpará.

– ¡Despedirse hasta el día siguiente, y no volver más en mes y pico!

– Amalia no se encuentra en Madrid desde esa fecha. Y, además, está enferma.

– ¿Que está enferma? ¿En dónde se en-

cuentra? ¿Qué le pasa a mi Amalia? ¿Qué ha hecho ese cafre con ella?

—Tranquilícese usted, señor. Lo que tiene es cosa sin importancia: un poquitín delicada nada más. ¡Sufre nostalgia por su Luis!

—Cuéntemelo usted todo, señora.

—Para eso me manda ella. ¡A ver si terminan ustedes ya de sufrir! ¡Tanto como se quieren! Parecen ustedes dos chicos.

—Yo, por mi parte...

—¡Y ella, hombre, y ella! ¡Lo está deseando!

—Pero cuénteme todo lo que le pasa.

—A Amalia le ha sido imposible volver, porque se fué a Barcelona el mismo día en que estuvo aquí.

—Y ¿por qué no me dijo nada? ¡Yo no sabía nada de ese viaje! ¡Ni una carta siquiera!

—¿Sabía ella, acaso, que se marchaba? ¿Le ha sido posible escribir? ¡Qué poco sabe usted las cosas que pasan! ¡Amalia es una mártir! ¡Pobre chica!

—Estoy decidido a todo para que termine esta situación nuestra.

—¡Claro, hombre! ¿Qué necesidad tienen ustedes de estar así? ¡Sean ustedes felices! ¡Cuántos quisieran!

—Pero ¿qué le pasa a Amalia?

–Voy a contárselo. Usted estará enterado que desde que ella le dijo a Raimundo que lo abandonaba para unirse a un chico de quien estaba locamente enamorada, le puso una señora para que le acompañara a todos sitios.

–Sí.

–Esa señora es una servidora. Usted sabrá también que mientras ella estaba aquí, yo la esperaba en el bar de Madrid-París. Yo tengo una chica de la edad de Amalia, que suele ir a esas horas allí y con ella me estaba.

–Todo eso lo sé.

–Pues esa última tarde que estuvo aquí, a los diez minutos de dejarla yo, se presentó Raimundo en el bar. ¡No puede usted figurarse cómo iba! Nos había seguido y vió toda nuestra maniobra: cuando nos separamos en Madrid-París y después a ella al entrar aquí. Yo le di una excusa. Le dije que ella andaba con una amiga por la sección de calzado... un pretexto para salvar mi complicidad. Así nos convenía a las dos. Él me dijo que Amalia me había engañado, porque la había visto entrar en una casa de la Gran Vía. Yo me fingí indignada y pude hacerle creer que le era leal. No quiero acordarme de cuando llegó Amalia. ¡Qué tragedia, Dios mío, qué

tragedia! Para terminar: aquella misma noche salimos precipitadamente para Barcelona. Ni siquiera me despedí de mi hija. Apenas tuve tiempo de hacer la maleta. ¡Una locura! ¡Una locura!

–¡Es idiota esta Amalia! ¡Pudo escupirle y venirse aquí a buscarme!

–La pobre chica quiere evitar que Raimundo se meta con usted. Le ha hecho creer que si lo abandona, él lo mata a usted... ¡Y yo creo que sí! ¡Raimundo es terrible! ¡Hay que conocerlo! Yo sé muy bien quién es. ¡Era tan amigo de mi marido, que en paz descanse!

–¡Qué estupidez!

–A todo está dispuesta, antes de que a usted le pueda pasar algo. ¡Pobre chica! Se horroriza ante la idea de un peligro para su Luis. ¡Bien le ha trastornado usted el juicio!

–¿Cuándo han llegado ustedes?

–¡He venido yo sola! ¡Ellos dos están aún allá!

–¿En Barcelona?

–Sí.

–¡Pues esto se ha terminado! ¡Mañana mismo tomo el tren y se la arranco! ¡Habrá que ver la vida que le estará dando! ¡Y tengo yo la culpa! ¡La tengo yo; yo solo! ¡No debí

hacerle caso! ¡La tarde que se me presentó apaleada, yo no debí dejarla salir! ¡Pero esta manera de pensar mía! ¡Es necesario ceñirse a la vida! ¡La realidad, la realidad! ¡Cuánto trabajo me está costando aprender! ¡Los ideales son una cosa, pero la vida es otra!

Y el poeta, mientras hablabla, se paseaba nervioso por la estancia.

—No se ponga así, señor. Tranquilícese, tranquilícese. A Amalia no le pasa nada. Está muy bien tratada. Ella tiene mucho talento y sabe muy bien confiarlo. ¡Hoy él está encantado con ella! La lleva a todas partes, la compra trajes, joyas, lo que quiere.

—¡Canalla! ¡Sabiendo que esa mujer lo desprecia! ¡No puede darse un ser con menos dignidad! ¡Hay que acabar con ello! ¡No les interesa el cariño de ellas, sino la posesión, la propiedad material de sus personas! ¡Es un asco! ¡Hay que verlos por ahí con sus queridas como si llevaran un perro, un caballo o un automóvil! ¡Oh! ¡Ya no tienen freno en la ambición; quieren apoderarse de todo! ¡Pero el caso de éste, es el más abominable, el más indignante! ¡Saber que una mujer lo odia y que idolatra a otro hombre, y aferrarse a ella como una lapa! ¡No la puede sujetar con el oro y recurre a la amenaza de

matarle su cariño! ¿Y tan tonta está Amalia? ¡Cómo se estará riendo de nosotros esa bestia! ¡Me da vergüenza de mí mismo! ¡Oh! ¡Qué trance más ridículo me está haciendo pasar ese miedo idiota de Amalia! ¡Bien está abusando el canalla de la neurastenia de ella! ¡Pero mañana va a ver ése!

– ¡No se presente usted, por Dios, allí!

– ¿Cómo qué no? Deme usted las señas.

– Perdóneme, pero no puedo dárselas. Además, aunque se las diera, no lograría usted nada. Ella, en esa forma que usted dice, no lo seguiría. Sería capaz de quedarse abrazada a él, diciendo que a usted lo odiaba. Le teme muchísimo a la revancha de Raimundo. Tenga usted mucho cuidado con lo que hace, porque está dispuesta a todo ante el pánico de que a usted le pueda suceder cualquier cosa.

– ¡Si yo fuera un hombre de artes viles, le diría a usted ahora que si dentro de esta misma semana no se me presentaba, yo me suicidaba! ¿No podría yo valerme de ese procedimiento?

– ¡Claro!

– Si lo que teme es mi muerte, ¿a ver qué iba hacer?

– Pues venirse corriendo a sus brazos.

– Pero yo, señora, no engaño.

– No hay necesidad de nada de eso. Ustedes pueden darle solución y ser el uno para el otro. Cuando usted se serene, yo le diré todo lo que me ha dicho Amalia.

– Hable usted – se volvió a sentar en la silla –. ¡Estoy dispuesto a todo! ¡Lo que ella quiera; pero que se acabe esto!

– Muy bien, muy bien. Ella no le ha escrito a usted en todo este tiempo... ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Para hacerle sufrir más? ¿Para que usted hubiese tomado un día el tren y hubiera dado un escándalo? Mejor ha sido así: que no supiera usted en dónde estaba. Pretextando venir a ver a mi hija, me ha mandado para que hable con usted. Le hemos hecho creer a Raimundo que mi Sole estaba grave.

– Bueno, ¿y qué le ha dicho a usted Amalia?

– Que se decida usted a marchar a París.

– ¡Pero es absurdo!

– ¿Qué más le da a usted? ¡Usted en todas partes vale! ¡Y en el extranjero más que aquí! ¡Saben apreciar mejor a los hombres! ¡Y no hay tanta envidia! Porque en un pueblecillo no se van ustedes a meter. Por eso ella elige París, porque no quiere tampoco cortarle

a usted la carrera. ¡Al contrario, lo que ella quiere es verle en lo más alto! ¡Si usted la oyera hablar de su Luis! ¡Es un encanto de chica! El caso es salir de aquí de Madrid... Ella lo que quiere es evitar todo tropiezo con Raimundo.

—¡Nos iremos a París!

—¡Qué alegría va a llevar cuando se lo diga!

—A París... O donde quiera. Dígale que me da lo mismo que nos vayamos a una aldea. Que no se fije para nada en mi porvenir. Que mi porvenir es ella. ¡Ella! ¡Ella! Que lo que yo no quería era darle la menor importancia a ese animal. ¡Me subleva esa tontería! Una vez dispuesto, me da todo lo mismo. ¡Hasta desaparecer para siempre en el anónimo!

—¡Si ella le oyera a usted!

—¡Dígaselo, dígaselo de mi parte! ¡No me interesa nada más que ella! ¡Mi Amalia, mi Amalia!

—No sé cuál de los dos se quieren ustedes más.

—¡Es única en el mundo mi Amalia! ¡Y hasta si se fija uno en el mismo temor tan pueril que le arrastra a que hagamos esta ridiculez, se ve lo extraordinario de su espíri-

tu! ¡Ella, una mujer tan brava! ¡Está loca mi Amalia! ¡Así la quiero yo, loca, loca! ¡Qué asco si fuera una mujer normal!

Se había vuelto a levantar y hablaba y hablaba, mesándose con nerviosidad la cabeza.

—Usted recibirá una carta con instrucciones. Esté usted preparado. Ella le dirá dónde tienen que verse ustedes.

—¿Le va usted a escribir? Mejor es que yo lo haga ¿eh?

—No, ¡por Dios! Voy yo a Barcelona.

—¿Cuándo?

—Mañana mismo.

—Pues mientras recibo noticias, arreglo mis asuntos.

—Muy bien. Me voy, porque es muy tarde—dijo, levantándose—. Ya sabe dónde tiene una amiga: Engracia Navas.

—Luis Morata...

Se estrecharon las manos.

El poeta abrió la puerta.

Otro saludo, y la señora salió.

XXIV

La noche entera se la pasó Luis filosofando para justificar su decisión.

Como menos importancia se le daba a Raimundo era no dándole ninguna.

No irse a París por ciertos escrúpulos deseándolo, era hacer del plutócrata un potro de castigo sobre el que se sentaba a sufrir.

Lo despreciaba y con el desprecio construía su martirio.

No era táctica de hombre libre.

Él se consideraba dinamita de prejuicios, y resultaba que su conducta seguida lo había cuajado en simiente de ellos.

Su afán era negarlo e inconscientemente huía de él viéndolo a sus pies como a una sima de ridículo por la que le ruborizaba sumirse.

Su amplio talento, que casi siempre le puso de camino una llanura sin límites, en esa ocasión lo había encajonado en un barranco.

¡Había que salirse!

«El hombre libre no entiende de ridículos ni de ninguno de esos temores que plagan las almas de los seres con destino de vencidos. Darles realidad a todos los propios deseos con el hecho es la fórmula de los fuertes. Mi deseo es Amalia, y yo voy a ella sin darle existencia a vanos fantasmas. ¡He estado idiota! Desde el primer instante debí irme a París con ella.»

Entraban por la ventana los primeros claros del alba cuando el poeta reflexionaba así.

Quedóse dormido y se despertó a las nueve.

Pidió el desayuno.

Hacía un gran calor, y la ventana con persiana estaba abierta.

Había terminado de tomarse el café y saboreaba un pitillo acostado en la cama, sin cubrirse con otras ropas más que con el pijama.

Pensaba en su viaje a París.

¡Qué abrazo le daría al venerable Salcedo!

El formidable Roca otra vez se encontraba allá después de su último intento, y trabajaría con él hasta triunfar.

Había cruzado unas cuantas cartas con Barbusse y le satisfacía estrecharle la mano y ser su leal camarada.

Sería presentado en el grupo *Clarté* y colaboraría en la humanitaria revista.

En busca de ayuda para su causa, viajaría por el Norte de Europa, hasta traspasar las fronteras de Asia.

¡Lo que amaba esos países!

Y siempre al lado de su Amalia, como esas parejas de emigrados políticos que él había conocido y que le fueron tan simpáticas.

¡Qué bella vida vagabundear por el mundo junto a su Amalia!

Miró a América, a los mares, a África..., al globo, y le pareció la Tierra pequeña como una cuartilla de las que él llenaba en un instante.

Seguía fantaseando Luis, estimulado por el humo del pitillo.

Sintióse feliz, dichoso.

Sus ojos eran dos focos de luz ultravioleta que traspasaban las capas de la Tierra, su frente una hélice que revolucionaba todo el aire del espacio, y su pecho un motor, que de tan grande su fuerza resultaba inverosímil.

La Tierra era un juguete, y se astiaría de darle vueltas y vueltas.

Se remontaría al mundo sideral a posarse en los astros, como un abejorro que libara en unos claveles de luz que se levantaran de un macizo cubierto de césped de tinieblas.

Tenía colaboración periodística y liquidaciones de su libros suficientes para no preocuparle el punto económico.

–¡A París! ¡A París! –gritaba su corazón en rápidas palpitaciones.

–¡A París! ¡A París! ¡A Pa!...

No pudo la entraña terminar el latido y quedó inmóvil, muda, a la influencia del asombro.

Habíase abierto repentinamente la puerta, y Amalia, en carne vital, devoraba a besos al poeta.

–¡Encanto! ¡Ceguera mía! ¡Frenesí! ¿Qué puedo decirte? ¡Tengo muchas cosas aquí en el pecho, pero no sé darles nombre! Te has quedado delgadito. ¡Lo que debes haber sufrido! ¡Perdóname, locura! ¡Lo que se te han ahondado los ojos! ¡Estás más pálido! ¡Niño, niño mío! ¿A ver la expresión de las pupilas? ¡Ya! ¡Ya las tienes, ya las tienes serenas, ya las tienes de gran amante! ¡Aquella noche de Rosales cuando te las miré a la

luz de la luna, no! ¡Aquella noche no! ¡Aún me dabas miedo! ¡Aquella noche eras todavía tuyo! ¡Tú te engañabas en creerte que eras mío! ¡Yo sé leer muy bien en los ojos de los hombres! ¡Ahora sí! ¡Ahora estás por completo entregado a tu Amalia! ¡Ríete, que somos los tiranos de la dicha!

La joven, vertiendo lágrimas, gritaba entre besos y besos, al tiempo que acariciaba con sus ágiles manos todo el cuerpo del poeta.

–Pero ¿no estabas en Barcelona?

–¡En Barcelona! ¡En Barcelona!

–Eso me dijo la señora que me mandaste anoche.

–¿Doña Engracia?

–Sí.

–¡Qué bien lo ha hecho! ¡Tiene mucho talento!

Luis habíase incorporado y Amalia estaba ya sentada también en la cama.

–¡No te entiendo!

–¿Quién entiende a una mujer enamorada?

–¡Es necesario que te dejes entender por mí!

–Bueno, ahora te hablaré y lo comprenderás todo. Repíteme lo que le dijiste a doña Engracia.

– No lo recuerdo.

– ¡Pues yo sí me acuerdo muy bien! ¡Y no se me borrará nunca!

– Si lo sabes, ¿por qué necesitas su repetición?

– ¡Porque sí!

– ¡Ya creía que te había perdido!

– ¡Tantas veces he temido yo perderte!

– ¡Pero anda, dime todo lo que hablaste anoche con doña Engracia! ¿Me habrá mentido?

– Según... No sé.

– ¿Que tu porvenir era yo?

– Sí.

– ¿Que por mí estabas dispuesto a todo?

– Sí.

– ¿Que hasta en una aldea te meterías conmigo?

– Sí.

– ¿Que renuncias a tu persona y en tu corazón solamente existo yo?

– ¡Tú! ¡Tú! ¡Y nada más que tú!

– ¡Por fin me quieres tanto como yo te quiero! ¡Qué decepción, qué pena el día que te di la noticia de la llegada de Londres de Raimundo! ¡Cuánto trabajo y cuántos dolores me has costado, niño mío! Tú no eres de carne ni de huesos. ¿De qué eres tú, nenín?

¡Qué piel tan suave tienes! ¡Tesoro, tesoro! Eres mío, mío, para mí nada más. ¡Cuántos mimos necesitas! ¡Estás muy delicadito! ¿Has sufrido mucho?

Habíale echado las manos por los hombros, y mientras hablaba, restregaba su faz contra la del amante bañándolo de lágrimas.

Él, aletargado en un sudor frío, apoyaba su cuerpo en el de ella.

Algunas veces, tras enormes esfuerzos, podía decir:

– Tonto, tonto.

– Me duele mucho la cabeza – dijo por fin Amalia.

Con las dos manos le cogió la cara y la acostó en las almohadas.

– ¡Te excitas tanto! – pareció pronunciar él.

– ¿Me moriré ahora?

Sonrió Luis.

– ¡Porque tú no te mueres! ¡Tú no te mueres! ¿Verdad que tú no te mueres, nene?

Se encogió de hombros él.

– Esto que tengo ahora es mucha dicha para mí. ¡Mi sino fatal! ¡Mi sino fatal! ¡Verás cómo ahora me muero! Yo no puedo tener tanta felicidad como se me presenta. Mi camino era aquel, ¡aquel! Qué miedo me diste

cuando te vi la primera vez. ¡Si después de conocer yo esto tuviera que agarrarme a aquello! ¡No! ¡No! ¡Me mataría antes! Pero esto que estoy diciendo es la alegría que me hace desvariar ¿verdad? Nosotros no podemos separarnos nunca ¿eh? Nuestra vida está clara: siempre juntos y queriéndonos, queriéndonos. Pero, oye, nenito, qué miedo le tengo hoy a la muerte. ¡No se me va de la cabeza! Como es la única que nos puede...

Y prorrumpió en un llanto clamoroso.

—No te martirices así. ¡Nosotros le podemos a la muerte! ¡Ella sobre lo que triunfa es sobre la vida! ¡Nosotros somos más que la vida!

—No, no. ¡Que yo me muero! ¡Que yo me muero! ¡Me lo dice mi cabeza, me lo dice mi pecho!

Lloraba y lloraba, su cuerpo daba sacudidas.

Él la acariciaba.

Quedaron los dos acostados en la cama; cada uno en un extremo.

Boca arriba miraban al techo.

Sobre la blanca sábana sus cuerpos eran dos signos, unos vocablos cifrados.

Estos:

•Cansancio, dolor, placer, límite de un es-

fuerzo supremo, logro de una utopía; ¡por fin!, ¡por fin!»

Continuaban acostados.

Todo el tiempo habían permanecido en silencio: una media hora.

No se notaba que se hubiesen movido: la misma posición.

Únicamente, ella había cogido una mano de él y, puesta sobre sus senos, la acariciaba.

—Amalia.

—¿Qué quieres?

Hablaban sin cambiar la postura.

—Cuéntame todo lo que has hecho en el tiempo que no te he visto.

—Estudiar, estudiar.

—No bromees: de verdad, ¿qué has hecho?

—Esto.

—¿Y qué es?

—Pues esto: el que nos veamos los dos así como estamos. Me voy sintiendo contenta. Se me está quitando el pesimismo. ¡Son los nervios! Yo lo comprendo que me pongo muy antipática. Me estoy quedando tranquila, muy contenta. Es que después de sufrir

mucho, al llegar la dicha se presenta destrozándole a una toda el alma.

–Dime cuándo has llegado de Barcelona. ¿Hiciste el viaje con doña Engracia?

–¡Barcelona! ¡Barcelona! Pero... si yo no he estado ahora en Barcelona, nenín.

–¿En dónde has estado?

–No he salido de aquí, de Madrid.

–¿Y por qué me dijo esa señora que estabas en Barcelona?

–Fueron órdenes mías.

–¡No entiendo esos embrollos!

–Los vas a entender, porque te los voy a aclarar.

–¡Anda, explícame!

Hizo Amalia un movimiento y quedó acostada de lado, frente al poeta.

Comenzó diciendo, a la vez que le acariciaba el rostro:

–No he salido de aquí en todo este tiempo. ¡Verás qué alegría tan grande te tengo guardada! ¡Vas a ver quién es tu Amalia! ¡Ahora sí que me vas a querer! ¡Cuando tú te enteres de todo! Si no he salido de aquí, tonto. Estos días que llevas sin salir es natural que me haya sido imposible verte, pero he sabido constantemente de ti. ¡Tengo un servicio muy bien montado! Pero mientras has

estado saliendo a la calle te he visto todos los días. ¡Cómo marchaba detrás de ti sin que tú te dieras cuenta! ¡De todo esto que te voy a contar harás una novela! ¿Verdad que harás una novela?

– Sí, anda, sigue.

– Vamos a ver: si se hubiese muerto Raimundo ¿qué?

– Pero ¿estás loca, Amalia?

– No sé. Déjame y no me interrumpas. Tú, calladito. Después hablarás lo que quieras. Tú deja que yo te diga y te diga. Te extrañará muchísimo, pero aguarda que termine y te lo explicarás todo, todo. Mírame bien, Luis. Así. Raimundo no ha muerto, pero tampoco vive. ¡Cómo va a vivir! ¡Si no ha nacido! Tenemos que ir un día a casa de algún pintor amigo tuyo para que me haga el retrato de Raimundo.

– ¡Tú estás loca! ¡Tú estás loca!

– ¡Raimundo! ¡Raimundo! ¡Todo te lo debo: me has dado a mi Luis! Sí que me harán un retrato de él. Lo pintarán como yo diga: un señor gordo, con mucha tripa... un tipo así como el señor Sita. Le pediré al señor Sita el favor de posar para que me hagan el cuadro. ¡Claro que variándole algo la cara! No es necesario mucho. Conque en

lugar de chato le pongan una narizona, ya está. Lo pondremos en el gabinete, encima del sofá. Y un letrero encima que diga: «La espuela.» Tú lo bautizaste. Recuerdo que cuando yo te enseñé la carta en que me avisaba que salía de Londres, tú exclamaste: «¡Pero si va a ser nuestra espuela!» Raimundo ya no se llamará más Raimundo: «La espuela». ¿Eh? ¿Qué te parece?

– No sé, no sé. De esa forma que tú te estás expresando, se expresan también los borrachos. Si no te conociera, Amalia, creería que después de haber estado toda la noche bebiendo por los cabarets, te habías presentado aquí borracha. Son incomprensibles tus palabras.

– Pero ¿no has caído todavía?

– Me tienes aturdido, Amalia; me tienes aturdido.

– Pobrecito niño mío. ¡Tanto como sabe! – le mesaba la cabeza –. ¡Tanto como tienes aquí metido! – cogiéndole el mentón y mirándole a la cara –. Pero ¿es de verdad que no lo adivinas?

– Te digo que no entiendo, Amalia.

– ¡Pues que todo es mentira! ¡Alégrate, nenito! – le daba abrazos y besos –. ¡Ponte muy contento, que todo ha sido una fábula!

– ¿Qué es lo que ha sido mentira?

– ¡Pues todo, todo! ¡Lo de Raimundo, lo de Barcelona; en fin, todo, todo!

– ¿Mentira?

– ¡Mentira! ¡Que yo lo he sacado de aquí – se dió una palmada en la frente – para que fueses mío!

– ¿Y las cartas que tú recibías de Londres?

– Una amiga que yo tengo allí que me las mandaba. El hijo de doña Engracia las escribía, y yo las mandaba allá y luego las recibía.

– ¿Y los golpes que trajiste aquella tarde?

– ¡Yo, yo que me los hice! – gritó, dándose fuerte con una mano en el pecho.

– ¿Con quién has estado viviendo este tiempo que hace que te fuiste de la pensión?

– Con doña Engracia.

El poeta enmudeció y se advertía en él que rememoraba.

– ¿En qué piensas?

Y ella, al tiempo que le preguntaba, le dió un beso en la frente.

– En nada, no pienso en nada.

– ¡Que no piensas en nada! ¡Si esta cabecita no para nunca!

– Oye: aclárame lo de aquella noche que me encontraste en Carretas y que, después

de muchas extravagancias tuyas, nos fuimos en un taxi a Rosales.

–Yo iba siguiéndote desde que saliste de aquí. Te vi hablar con el señor Sita y fingí tropezarme contigo...

–¿Tú vives por Rosales? –interrogó él, de repente, cortándole la palabra a la joven.

–¡Yo qué he de vivir! Doña Engracia tiene el cuarto en la calle de Hermosilla.

–Entonces... ¿por qué me llevaste allá?

–Cuando desaparecí por aquella esquina ¿recuerdas?

–Sí.

–Pues tomé otro taxi y me llevó a Hermosilla.

–¿A qué fuimos a Rosales?

–Pensé que sería un escenario muy hermoso para mis planes de aquella noche. Me acordé de la nieve y de aquel horizonte que se domina.

–¿Por qué te negaste a venirte conmigo ya para unirnos? Estaba tan dispuesto como hoy. ¿Por qué aquellas impaciencias, aquellos temores...? ¡Cuánto sufrimiento me hubieras evitado con no haberte separado, habiéndote vuelto conmigo! ¡Tanto como yo lo deseé!

–No tanto como tú te imaginas.

–¡Como ahora!

–¡Ca, Luis! Hoy eres otro.

–¡El mismo!

–No. Te observé los ojos a la luz de la luna, y en ti estaba potente tu egoísmo. ¡En esa noche eras tú para ti, ante todo! Mira cómo hasta ahora no has estado dispuesto a marcharte a París o donde sea. ¡Por encima de todo, tú! Le he temido siempre mucho a tu Yo. Hoy, tú soy yo, y yo tú. ¡Hoy es el día!

–Entonces nuestro viaje a París...

–¡Mi última prueba! ¡Si aquel día que te dije en este mismo cuarto que venía Raimundo y que debíamos tomar un piso, no te hubieses expresado en la forma que lo hiciste y nos hubiésemos ido a vivir a nuestro cuartito! ¡Fué mi primera prueba! ¡Te quería yo mucho para vivir de aquella forma!

–¡Eres admirable, Amalia!

Y le besó la frente.

–¿Estás contento?

–¡Siento en mí una cosa rara, extraordinaria! Descansa tu cabeza aquí en mi pecho.

Acababa Amalia de echarse de la cama, y ante la luna del armario se puso a peinarse.

Luis permanecía acostado.

–¡Qué hora se nos ha hecho! ¡Fíjate, va a dar la una y media! Estará la pobre de doña Engracia esperándome. ¡Ellos que comen a la una!

–¿Por qué no has venido dispuesta a comer conmigo?

–¡No tengo ganas de cafés ni de restoranes, hijo! ¡Me dan asco! Hasta que no comamos en nuestro pisito, no como contigo. ¡Tengo tanta gana de que hagamos nuestra vida!

–Me encanta oírte, Amalia.

–¡Pues claro! –poniéndose el sombrero–. Bueno, ¿adónde vamos a buscar cuarto?

–Dedícate tú a buscarlo.

–Yo quiero que vayamos los dos.

–Si ha de ser a tu gusto... Ve tú sola. Yo estoy muy ocupado. Que no suba de treinta duros ¿eh?

–¿Tanto?

–Menos, una choza.

–Modestito. Los hay a cien pesetas que son monísimos. ¡Para nosotros dos! Cuando tengamos hijos, buscaremos uno mayor. Entonces tú ganarás más.

–Elígelo a tu gusto.

–Esta tarde me echo a buscar.

– Así lo encontrarás esta tarde misma.

– ¿Cuándo nos vemos?

– Cuando tú quieras.

– Mañana vendré a despertarte, ¿le parece?

– Bien.

– Hasta mañana.

Tuvieron una despedida frenética de cariño, y Amalia desapareció.

XXV

Dos veces diarias iba Amalia mientras buscaba cuarto a ver al poeta: una por la mañana y otra a la tarde.

Como era ya por principio de verano, salían a pasear algunas noches hasta las altas horas.

Así estuvieron unas dos semanas.

A Amalia le era muy difícil encontrar por las cien pesetas su piso soñado.

Ni los de treinta duros le satisfacían.

Por chicos no los despreciaba, pero ella y él querían que tuviese baño.

Él, para decir la verdad, iba perdiendo la gana de alquilar cuarto.

El poeta no acertaba a saber lo que quería.

El ansia de caminar por el mundo no se le borraba.

En Madrid, todo lo que creía que podía hacer, lo tenía hecho.

Era preciso andar por nuevos horizontes.

Por la literatura comenzó a sentir tedio.

A Amalia empezaron a inquietarle las pupilas del amado.

– ¿Qué te ocurre? Te noto una cosa muy rara. Parece como que estás metido en un calabozo y que con los ojos tratas de hallar una salida. ¡Me das mucho miedo! ¿Qué te ocurre?

Constantemente le hacía esas preguntas ella a él.

– Nada; que soy un espíritu que no se conforma. Siempre me ha sucedido lo mismo. Pero ahora más que en toda mi vida. Ansío una cosa, la persigo mucho tiempo, y cuando la logro ya me es imposible soportarla.

– ¿Te pasa eso conmigo?

– ¡Ya veremos cuando vivamos juntos! Hoy no puedo decirte.

Ella se callaba porque temía ahondar más, pero su corazón recibía un mordisco de pena.

Amalia, exhausta de tanto esfuerzo, ya era un monigote de papel mojado en lágrimas.

Por la menor cosa poníase a llorar y a llorar.

Sentía miedos pueriles. Hasta le era impo-

sible permanecer sola en una habitación.

No tenía potencia para nada.

Amalia estaba enferma, enferma del alma, sin el menor aliento para hacerle oscilar a la hebra humana más sutil.

No podía vencer resistencias.

Sus grandes energías, las recias llantas de acero de sus ruedas, de tanto rodar cuesta arriba, cuesta arriba, hacia la meta, habíanse gastado y los rayos se quedaban hincados en el suelo.

No podía caminar.

Únicamente en brazos y con muchos mimos le hubiese sido posible mantenerse en la cumbre de su victoria.

Los dos amantes necesitaban hablarse algo que las palabras no encontraban en el fondo de cada uno de ellos, pero que latía oculto con deseos de manifestarse.

Él, decir.

Ella, preguntar.

En ese estado pasaron casi las dos semanas y sin dar con el piso, viendo cómo se levantaba entre ellos el fantasma de un tabique opaco que crecía, crecía a los tirones de los minutos.

XXVI

No había duda, Amalia y Luis tenían los espíritus enlutados.

Alguien se les había muerto y sufrían su ausencia.

A ella y a él se les aparecía de vez en cuando el espectro del difunto.

Pero ninguno de los dos se revelaba la sombra de ultratumba y la ocultaban en el mayor secreto.

Como el agua para los juncos, era necesaria para el amor de la pareja aquella vida apagada.

Seca el agua, se agotaron los juncos.

Muerto... Raimundo, el caballo, aquél que veía Luis, se entregó en la carrera, y el jinete, desvalido en el suelo, suspiraba reclinado en la grupa.

¡Y el espectro de la espuela rodando por los corazones!

XXVII

Cuando Amalia llegó a casa de Luis, éste ya se había ido...

Miró el reloj. Eran más de las seis, y él siempre se marchaba a las cinco y pico.

Se le había hecho tarde.

Era el primer día que ella se presentaba retrasada a la cita.

Le fué imposible acudir antes, porque un asunto inaplazable le ocupó el tiempo: por fin, después de quince días, llevaba en el bolso el recibo de señal de un piso con cuarto de baño.

Un poco caro costaba, pero era el ideal de ellos.

Precisaba buscarlo a él para darle la noticia.

Pensó la joven en dónde lo encontraría y no adivinó el sitio para hallarlo a tal hora.

Imposible verle ni a las seis, ni a las siete, ni a las ocho, porque no tenía punto fijo.

Precisaba esperar a las nueve a que entrara en el periódico.

Lo aguardaría paseándose por la puerta.

Amalia coqueteó un minuto ante la luna del armario y, después de leer una cuartilla medio escrita que había en la mesa, salió de la estancia para dar un paseo y hacer tiempo.

Mezclaban sus tintas en el cielo la Noche y el Día: ni azul ni negra era la masa de color.

No era gris tampoco, ni de ningún tono que tenga existencia perenne en la escala del Iris.

El aire de aquellos momentos tenía uno de esos matices de relámpago que surgen veloces, sorprendiendo la retina y que se borran para no aparecer más: una irisación de pupila; un reflejo de enramada azotada por el viento; la pincelada de una ola marina; el tinte fugaz de una montaña llovida a cierto choque de luz; la trasparencia del alma por el cuerpo en alguna de sus grandes crisis.

El aire de aquellos momentos se parecía a la sangre, de una mujer que tuviese mucha

angustia, al través de la membrana de una arteria amenazando estallar.

Los focos ya destellaban alineados a pares en la vía, como globos de buches inflados de pavo que flotaran sujetos de hilos que tuvieran unos niños jugando por parejas junto a las columnas de hierro, después de una compra de sus madres en los almacenes.

Hacía calor: la plancha celeste gravitaba sobre la tierra y prensaba a los hombres.

De por sí el anochecer era fatigoso.

Amalia iba rendida.

Paseando, paseando por Recoletos y la Castellana, llegó hasta el Hipódromo, bebióse una caña de cerveza sentada en el quiosco y después emprendió el regreso también andando.

Casi coincidió con el poeta en la puerta del periódico.

—¿Qué haces ahí?

—Te estaba aguardando. Casi no te echo mano. Por poco te me escapas. Hoy has venido antes.

—Sí, unos minutos. ¿Por qué no has estado esta tarde en casa?

—He llegado tarde: después de las seis.

—¿Qué has estado haciendo?

—Toma.

–¿Qué es esto?

–Léelo.

–Pero ¿has alquilado piso?

–Uno precioso, en la calle de Galileo. Un poquitín caro, pero lindo. ¡Con un cuarto de baño! ¡Y un despacho para ti! ¡Y una alcoba! Mira, lee aquí; ciento setenta y cinco pesetas. ¿Es mucho?

–No es regalado.

–¿Te parece mal lo que he hecho?

–No... pero... no debías haberte precipitado. Es mucho alquiler para nosotros.

–Por menos me ha sido imposible encontrar algo que se aproximase a lo que queríamos. ¡Llevo quince días que no descanso!

–Ya se te hubiese presentado alguno.

–¿Cuándo?

–Buscando, buscando.

–Es muy difícil. Lo he corrido todo.

–¡Y ahora los muebles!

–Los compramos modestitos. Y los tomamos a plazos.

–No, a plazos no quiero nada. Le tengo horror a los cobradores a la puerta.

–Pero ¿tienes dinero para hacer el desembolso de una vez?

–No: ni un céntimo. Por eso también era mejor dejarlo para más adelante.

– Bueno...

– Sí. Dentro de unos meses tengo que cobrar unas cosas de América y nos sobrará dinero.

– Bueno...

– Rompe ese recibo y perdemos la señal. ¡Por cincuenta pesetas, ni menos ricos ni menos pobres!

– ¿Es de veras...?

– ¡Claro! Debemos obrar con juicio y no como dos chicos. ¿No te parece?

– A mí... como tú quieras... pero...

Los ojos de Amalia quedaron cuajados de lágrimas.

– Pero ¿eres tonta?

– Me da mucha pena...

Y no pudo contener el llanto.

– ¡Que vas a llamar la atención! Ven – cogiéndola de un brazo la entró en el vestíbulo.

– Me duele mucho el pecho, Luis; me voy a casa a acostarme.

– Límpiate los ojos. ¡Te has vuelto más sensiblera!

– No puedo remediarlo.

– No subo al periódico. Anda, vamos a dar una vuelta.

– Bueno.

Salieron a la calle y tomaron Fuencarral arriba.

Anduvieron un buen trecho silenciosos. Avanzaban maquinalmente, sin rumbo.

Amalia no veía. Borrada su alegría en el horizonte del porvenir, sus ojos habíanse quedado ciegos. ¿Qué le importaba a ella el relieve, el color y el movimiento del mundo? Ya para siempre llevaría ante las pupilas un telón de aire, de crepúsculo, y caminaría a tientas, como por una estepa infinita con ansia de palpar su ilusión, que nunca la encontraría. Y así siempre, siempre.

Fuertes punzadas de gran dolor le golpeaban las sienes. Su pecho era un hervidero de náuseas. De tan cansados sus miembros, ya estaban insensibles.

Iba bellísima, extraordinariamente bellísima, de una belleza de misterio, y todos los transeuntes quedábanse mirándola al paso: las mujeres de envidia y los hombres de admiración y deseo.

¡Cuántos hombres de aquellos hubieran unido su vida a ella en el piso de Galileo! Unos, dando todo el dinero que se les pidiera, y otros, con los sacrificios de un mártir.

¡Pero la ceguera de Amalia le hacía cru-

zarse con ellos indiferente, sin notarlos! ¡Al que ella buscaba, mirando, mirando, no lo veía!

Luis elaboraba con el cerebro medios de expresión.

La tinta negra de la noche cubría ya el espacio.

De repente, dijo el poeta:

– ¿Adónde vamos por aquí?

– No sé.

– ¿Quieres que sigamos hasta llegar a uno de esos bares de Bilbao?

– Me siento muy nerviosa para poderme estar quieta, así sentada. Yo seguiría andando hasta caer rendida.

– ¿Quieres que te acompañe a tu casa?

– No, no. Me encuentro de una forma que me sería insoportable el techo y las paredes de cualquier estancia. Tengo ahora mismo horror a todo lo que sean habitaciones. ¡A lo mejor me da esta noche por dormir en un banco!

– En uno de Recoletos, que allí no da el relente.

– Sí, sí. No lo tomes a broma.

– Lo que te hace falta es la cama, Amalia. Se te nota dolor en la cara.

Enmudecieron.

No habían cesado de andar y avanzaban calle arriba.

Por la puerta del Tribunal de Cuentas, dijo suplicante ella, agarrándole a él una mano:

– No me hablas nada de nuestro piso.

– ¿Qué te voy a hablar? Ya está todo dicho,

– ¿De verdad?

– ¿No estás conforme?

– ¡Luis!

– Cuando tengamos dinero.

– No te enfades; yo tengo aún diez mil pesetas en el Banco de España. Con ellas podemos comprar los muebles.

– No me propongas cosas que me ofenden.

– ¿Por qué me dices eso? Entre nosotros...

– Yo pondré casa con el dinero que yo gane. Ese te lo gastas en tus caprichos.

– ¡Si entre nosotros dos no debe haber tuyo ni mío!

– No te obstines, porque me enfado.

– No quiero darte yo en la vida ningún disgusto. Pienso hacer todo lo que tú quieras. Bueno: romperé el recibo.

– De verdad que soy un hombre imposible. ¡No tengo remedio!

– ¿Por qué dices eso?

– Vale más que te marches a casa. Mañana,

cuando vayas a verme, hablaremos. Esto... necesita un remate, Amalia.

–No te entiendo, vida.

–Sí... Ahora déjame. Hasta mañana.

Ella le suplicó reteniéndolo con dulzura de un brazo:

–No te vayas. ¿Te has molestado por lo que te he dicho de las diez mil pesetas? Perdóname. Te aseguro que no ha de contrariarte nada de lo que yo te haga. Mira: si peco otra vez de imprudente, no me mires a la cara. Perdóname, perdóname.

–¡Lo que has hecho con matar tu altanería!

–Yo me encuentro como siempre.

–¿No te ves, Amalia?

–Hablas de mí como con desprecio.

–Mejor es que nos separemos esta noche, Amalia. Mi sinceridad, que no voy a poder dominar, va a ser muy cruel contigo.

–¡Si a mí no me hace daño nada que tú me digas!

–¿Ves? Esa falta de carácter, esa carencia de estimación propia... ¡No me oígas, Amalia, no me oígas! ¡Me estoy poniendo muy bárbaro contigo! Lo comprendo.

–¡Soy como antes! ¿Tú no me ves lo mismo?

– ¡Qué he de verte lo mismo! ¡Qué mal te ha sentado el tiempo que has vivido con esa doña Engracia!

– ¡Pobre señora!

– ¡Nada, estás evangélica perdida! ¡Estás para un San Francisco de Asís, pero no para mí! ¡Aquella Amalia de antes, tan irascible, tan intransigente, con un fondo de gran bondad, aquella Amalia tan intrigante, tan ágil de cerebro, tan inventora!

– La misma Amalia de antes es la de hoy.

—¡Ca!

– ¡Para ti siempre he sido la misma! ¡Por el amor de locura que te tengo, te digo que sí!

Parecía haber recobrado ella fuerzas.

– ¡Si ahora eres...!

– ¡Más sincera que antes, Luis! ¡Eso es todo! ¡Que soy francamente buena!

En él renacía su característica agresividad y buscaba conceptos para zaherirla.

– No sé si es sinceridad o lo que es... ¡Resultas con espíritu de mendiga, Amalia!

Las energías de ella fueron una falacia: el último aletazo de la muerte.

Se había erguido unos segundos, pero ya estaba encorvada, con las manos y la frente sobre el hombro del poeta, derramando lágrimas.

—Es un espectáculo vergonzoso el que estamos dando. Vente.

Y tiró de ella hasta entrar a una de las calles laterales, solitaria.

—Amalia.

—Dime todo lo que tú quieras.

Andaban muy despacio.

—Lo malo debe de evitarse.

—¿Qué deseas que evitemos?

—Yo no es que vaya a echarte a ti toda la culpa. La tenemos los dos. ¡No la tenemos ninguno! Nosotros nos hacemos daño mutuamente.

—¡Nene!

—No te empeñes en lo que no puede ser. A mí hay que dejarme por imposible. ¡Soy incapaz de amar a ninguna mujer! ¿Qué quieres?

—Está bien, Luis; si tú no puedes quererme... Yo comprendía que las dificultades del cuarto eran excusas para no irte a vivir conmigo. ¡Y sin eso!... ¡Ya me lo estaba diciendo mi corazón desde el día siguiente de volvernos a ver en esta última etapa! ¡Te conozco tanto!

Ella no cesaba de llorar.

Habían llegado a un solar y se pararon contra la valla.

– No vuelvas mañana a casa, ¿no te parece? Debemos tomar una resolución enérgica. Tú gira por allí y yo por allí, y no vernos más en la vida.

– ¡Tú, si no te es posible, no me quieras! Yo, Luis, no puedo dejar de quererte. Si yo no te viera me pondría loca, e iría tirándome a los hombres para arrancarles el cutis de la cara a ver si en alguno te descubría a ti.

– Vete a acostar y serénate. Verás cómo mañana, cuando te levantes, piensas más cuerdamente.

– ¡Dime que te he de ver todos los días! ¡Tengo una seguridad ciega en tu palabra! ¡Dime que te he de ver todos los días! ¡Me dan mucho miedo tus ojos! ¡Tienes intenciones de desaparecer para siempre de mi vista!

– ¿Qué sacas con que nos volvamos a ver?

– ¡Verte!

– No puedo engañarte, Amalia; no me busques, porque no me encontrarás.

– ¿Eres capaz de hacer eso? ¿Eres tú mi Luis?

Lo tenía sujeto de un brazo y lloraba sin freno.

– Déjame, déjame.

– Por piedad, Luis, porque te he sacrificado mi vida, no hagas eso conmigo.

–Déjame, déjame.

–¡Si yo te dejo libre! ¡Ya no es nada más que verte!

–¡Déjame! ¡Déjame!

–¡Yo no seré ningún obstáculo para ti!

–¡Déjame! ¡Déjame!

–¡Tú puedes andar con todas las mujeres que quieras.

–¡Déjame! ¡Déjame!

–¡Busca tu alegría, todos tus gustos y sé feliz! ¡Eso es lo que a mí me alegra, que tú seas feliz!

–¡Déjame! ¡Déjame!

–¡No me desprecies! ¡Si no es amor lo que te pido! ¡De eso tengo yo por ti, por mí y por el mundo entero! ¡Si no podéis tener amor ninguna criatura en el mundo! ¡Si lo tengo yo todo! ¡Os he dejado sin ninguno!

–¡Déjame! ¡Déjame!

–¡Si no es amor lo que te pido! ¡Es tu existencia, para que no se pierda esto que tengo aquí!

–¡Déjame! ¡Déjame!

–¡Si te voy a ser muy útil en la vida! Oye: cuando tú desees a una mujer, me lo dices y yo te la llevaré. ¿Quieres?

Su acento era de extraviada.

–¡Déjame! ¡Déjame!

– Oye: cuando para tus ideales te estorbase un hombre, me lo dices y yo lo asesinaré. ¿Qué te parece?

– ¡Déjame! ¡Déjame!

– ¡Te pido de rodillas poder verte todos los días!

Amalia, haciendo lo que decía, le besaba las manos a él en un baño de lágrimas.

– ¡Levántate, Amalia!

La puso de pie.

Un mutismo.

Ella quedó apoyada en la valla y él comenzó a andar.

– ¿Te vas?

Él no atendía y marchaba.

– ¡Luis! – gritó fuerte.

No hacía caso él.

– ¡Luis! ¡Luis! ¡Luis!

Avanzaba muy lentamente. A cada llamamiento de ella daba un paso él.

– Luis, Luis, Luis.

Lo nombraba más quedo.

De pronto, se paró el poeta. Comenzó a escuchar.

La voz de Amalia ya no se sentía.

Volvió la cabeza.

– ¡Amalia! ¡Amalia! ¿Estás ahí?

No contestaba nadie.

Dirigió la mirada a la valla. No se divisaba sombra alguna.

– ¡Amalia! ¡Amalia!

El silencio era la respuesta.

Precipitadamente se fué al lugar en que había quedado ella.

– ¿En dónde estás?

Tocó las tablas con avidez.

– ¡No está!

Buscó por el suelo. Miró al cielo.

– ¡Amalia! ¡Amalia! ¡Yo quiero verte! ¡Amalia! ¡Amalia! ¿En dónde estás? ¡Amalia! ¡Amalia! ¡No puedo vivir sin ti! ¡Yo me muero! ¡Amalia! ¡Amalia!

FIN

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
0000045962